

A man in a black t-shirt is shown from the chest up, holding a handgun in his right hand. He is looking to the left. The background is a dramatic scene with a large fire or explosion on the left side, creating a bright orange and yellow glow. The overall tone is gritty and action-oriented.

EL ATENTADO

SERIE DAVID RIBAS

ALFREDO DE BRAGANZA

**EL
ATENTADO**

SERIE DAVID RIBAS

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *El atentado*
© 2018, Alfredo de Braganza

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2018, Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE TERROR YIHADISTA

1

2

3

4

5

6

7

8

SEGUNDA PARTE EL AGENTE RENACIDO

9

10

11

12

13

14

15

TERCERA PARTE EL OBJETIVO

16

17

18

19

20

21

CUARTA PARTE CAZA AL TERRORISTA

22

23

24

25

26

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Sobre el autor](#)

[Otras obras del autor](#)

A Hadar, Ha'il, Aviv y Yotam.
Para Ariam y Dino, con cariño.

*Solo sé que quien se encadena está perdido. El germen de la
corrupción ha entrado en su alma.*

JOSEPH CONRAD

PRIMERA PARTE
TERROR YIHADISTA

1

El sujeto se llamaba Iván Gorostiza, de cincuenta y siete años de edad, empleado del Centro Nacional de Inteligencia (CNI). Era un hombre corpulento, de metro ochenta y cinco de altura, con cabello canoso muy corto y bastante mal encarado. Llevaba un anorak de color azul marino, abierto, una camisa marrón desgastada, un pantalón vaquero y zapatos de cuero marrón. Aquella vestimenta ocultaba a un funcionario español que había solicitado a su contacto una reunión con carácter urgente, lo que significaba que tenía información muy importante que transmitir. Era un traidor a España. Y para los agentes operativos que le seguían, no había nadie más odiado que los traidores.

Entró en una concurrida cafetería, en la que todas las mesas ocupadas. Se acercó a la barra, se sentó sobre una banqueta y pidió café y pan tostado. «Aceite de oliva», se le oyó decir al camarero en voz alta tras preguntarle, mientras manipulaba la cafetera, de qué modo quería la tostada.

Unos veinte minutos después, salió del establecimiento y caminó muy despacio por la calle Gaztambide.

A cierta distancia, y desde el interior de una furgoneta, Laura García, con un sistema informático muy sofisticado, monitorizaba y grababa sus movimientos. El organismo al que pertenecía se hacía llamar, de forma ambigua, Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia, una organización secreta constituida dentro de otro organismo, el estatal, como si de un escaparate se tratase. Vestía vaqueros ajustados y un jersey de cuello alto. Desapercibida y encajada en la cintura, llevaba una pistola de nueve milímetros. La expresión de su rostro reflejaba una atención extrema a lo que pudiera suceder; en silencio, y con total maestría, iba cambiando las imágenes en los diversos monitores. De pie, y junto a ella, estaba su superior, Goyo Lebrero, vestido pulcramente con traje, como era habitual en él.

Dirigiendo el dedo índice hacia un monitor, Laura le hacía saber a Goyo por dónde se encaminaba el traidor cada vez que este era captado por las cámaras de seguridad urbana o por las cámaras ocultas que portaban los

agentes de paisano.

Iván giró a la derecha y entró en la estación de metro de Argüelles. Pasó la tarjeta prepago por el escáner y bajó por las escaleras mecánicas. Una vez en el andén, leyó el anuncio de la próxima llegada del metro. Llegaría en unos tres minutos.

—Tiene que aparecer su contacto entre la gente —anunció Laura con la espalda rígida, cambiando la mirada de un monitor a otro.

En la imagen de una de las pantallas apareció un hombre alto caminando hacia adelante y acercándose al borde del andén. En otro monitor, que mostraba un ángulo general, se pudo ver a Iván haciendo lo mismo, colocándose a la misma altura que el otro hombre. Eran las dos únicas personas que se encontraban tan cerca del borde del andén. Lo único que le faltaba a Laura era captar el contacto visual entre los dos, y esto sucedió a los pocos segundos.

—Ahí está —anunció ella.

—Ya tenemos a nuestro traidor con su contacto —murmuró Goyo.

Laura tecleó con rapidez en la consola, pero antes de que pudiese captar el rostro de aquel hombre, el convoy llegó, salieron y entraron los pasajeros y los dos hombres, con la mirada perdida, entraron en el mismo vagón, pero por puertas distintas.

—Lo he perdido. Es alto, corpulento, con pelo castaño y traje de *sport*.

—Sin duda, extranjero. Tú sigue a nuestro hombre, que el otro equipo se encargará de abordar al contacto.

Tras una leve sacudida, el tren se puso en marcha. El supuesto contacto permanecía de pie, con una mano en la barra de sujeción. En cambio, Iván se había sentado entre dos pasajeros: un joven que escuchaba música en sus auriculares y una soñolienta mujer gruesa y africana que cerró los ojos con la intención de dar una cabezada durante el trayecto. Iván sacó su teléfono móvil con cuidado de no rozar con el codo a la señora y distraídamente tocó varias veces la pantalla táctil.

Se bajó en la siguiente parada, pero el supuesto contacto los hizo tres paradas después, en Serrano, donde cruzó los escaparates de Loewe y Prada y siguió en dirección al Paseo de la Castellana. En un momento imprevisto, un grupo de agentes de paisano le rodearon, le inmovilizaron en el suelo, le registraron, estudiaron su documentación y la cotejaron con la oficina central. Era un hombre divorciado, con tres hijos adolescentes, que se encaminaba a El Corte Inglés de Hermosilla a una entrevista de trabajo. Los agentes de

paisano desaparecieron sin dar explicación alguna ni presentar disculpas.

—Nos hemos equivocado. El nerviosismo nos ha jugado una mala pasada —dijo Laura tras escuchar por los auriculares al jefe operativo.

—¿Y dónde está ahora Iván? —preguntó Goyo.

—Dando vueltas. Da la impresión de que está esperando a alguien o algo.

Aparecía su figura en distintos ángulos de los monitores. Iba caminando muy despacio por la calle. De vez en cuando se paraba y giraba el cuello hacia atrás, intentado identificar algún rostro con el que se hubiese cruzado.

—Ha debido de pasar la información a su contacto en el vagón —dijo Goyo.

—Estudiaré muy despacio las imágenes del interior del metro. Aunque nuestro agente me ha comunicado que no ha entablado conversación ni contacto con nadie.

—No puede ser.

—Pues así ha sido.

—¿Quieres decir que un espía español se viste con ropa distinta a la que usa a diario para pasar desapercibido y se dedica a dar un paseo por la ciudad tan solo para matar el tiempo?

—A lo mejor está esperando una llamada —dijo ella observando otro monitor—. Pero él no ha hecho ninguna ni ha recibido ningún mensaje.

—A lo mejor tiene otro teléfono.

—No.

—Puede que en el vagón haya hecho a su contacto señas en código.

—No.

—Puede que el hombre se haya ido a dar un paseo para matar el aburrido sábado

—No —volvió a decir, negando con la cabeza.

Los dos miraron la pantalla. Iván se había quedado parado observando un escaparate. Se mantuvo así dos minutos.

—Puede que nos hayamos equivocado.

—No —dijo Laura en un tono más grave; levantó la cabeza y le dirigió una mirada, haciéndole saber que ya tenía bastante.

—Vale. De acuerdo. Entonces analicemos qué diablos está haciendo Iván Gorostiza, de cincuenta y siete años, veterano funcionario del Centro Nacional de Inteligencia, un sábado por la tarde, dando un paseo por Madrid y vestido con una ropa fea.

—Está siguiendo el manual.

—Estoy de acuerdo.

—Está esperando a alguien —dijo a través de un pequeño altavoz un agente de paisano que se había quedado de pie, junto a una farola, fingiendo que miraba en otra dirección.

—¿Cómo lo sabes, Alfa? —preguntó Laura.

—He visto tres veces a un coche Ford Galaxy de color azul dando vueltas a la manzana.

—Igual está buscando dónde aparcar —dijo Goyo acercándose al micrófono.

Laura levantó la cabeza y le dirigió de nuevo la mirada seria y directa de unos minutos antes.

—No, jefe. Negativo —anunció Alfa.

Laura comenzó a teclear con rapidez para identificar el vehículo entre el tráfico. Señaló una pantalla. El coche se aproximaba hacia Iván, que ahora estaba en el bordillo de la acera, al lado de una parada de autobús, simulando que miraba la información del recorrido del recorrido urbano colocada en la marquesina.

—Coge el número de matrícula —dijo Goyo a Laura— y da orden de que sigan al coche.

—Alfa, sigue al vehículo.

—Recibido.

Laura tecleó varias veces y congeló la imagen de la matrícula del Ford Galaxy.

—Voy a cotejarla con la oficina —comentó Goyo marcando el número en la pantalla de su móvil. Señalando a la pantalla, añadió—: Mejor será que te unas a él. Es la única oportunidad que tenemos de poder cogerle traicionando a su país.

Ella manipuló los semáforos en rojo, ampliando el tiempo de espera, para que les diera tiempo de alcanzar el vehículo antes de que se perdiera entre las calles de la ciudad.

En un monitor hizo su aparición una moto de gran cilindrada conducida por el agente de paisano experto en seguimiento.

—Voy para allá, Alfa —dijo Laura por el micrófono.

—Recibido.

Laura se dispuso a salir. Antes de que abriese la puerta corredera de la furgoneta, Goyo dijo con aseveración:

—Recuerda que en una situación como esta prefiero el homicidio al secuestro.

—Sí, lo sé —respondió con brusquedad.

Goyo se quitó rápidamente la americana, la dejó sobre el respaldo del asiento y se sentó frente a los monitores. A través de una cámara instalada en el casco del motorista se podía ver el Ford Galaxy, que había quedado parado en el semáforo en rojo. Al cabo de unos segundos, el vehículo estacionó unos metros más allá de la parada de autobús. Iván se aproximó, la puerta de atrás se abrió y él se acomodó en el asiento. Cuando el coche arrancó, Goyo pudo observar cómo a poca distancia se aproximaba con velocidad, pero con cautela, una segunda moto.

El móvil de Goyo vibró en su bolsillo, lo sacó y leyó el mensaje: «Vehículo registrado por la Embajada en Madrid de la República Islámica de Irán».

—Esto se está poniendo muy feo —se dijo a sí mismo en voz alta.

El tránsito peatonal era abundante a aquella hora de la tarde. El Ford Galaxy circulaba por Alfonso XII, una calle transitada que desemboca en la Puerta de Alcalá. Laura intentó figurarse la escena: Iván Gorostiza, un miembro veterano del servicio de inteligencia español estaba vendiendo información secreta a un agente extranjero aún sin identificar.

Dentro de la furgoneta, la emisión quedó en silencio; aun así, Goyo podía ver las imágenes captadas por sus cámaras. De repente, se oyó la voz de Laura.

—Creo que el conductor nos ha visto.

—Es un profesional —confirmó Alfa.

—Esto se puede poner mortalmente feo —comentó Goyo—. Tenéis orden de abatir a Iván y a las personas que estén en el interior. —Recibido —anunció Alfa.

—Recibido —dijo Laura a su vez.

El Ford Galaxy circula a toda velocidad por la calle O'Donnell cuando Laura se colocó a la altura del vehículo y giró el cuello para que la cámara adosada a su casco registrase la imagen de los pasajeros. Goyo pudo distinguir en la pantalla del monitor el rostro del acompañante de Iván. Tecleó rápidamente, congeló la imagen de perfil y la cotejó en el ordenador. El nombre que apareció fue Farrokh Jamshidi, junto a una breve descripción.

—Laura, pon fin a esto —ordenó Goyo—. El que está en el coche junto a Iván es un agente de la VEVAK.

—Recibido —dijo ella haciendo una señal con la mano al otro motorista, confirmando el método de acción.

Los tres ocupantes fallecieron antes de que el coche se estrellase contra el escaparate de una tienda de ropa. Antes de subir a la acera, el vehículo golpeó una farola, reposando por fin al impactar contra la verja cerrada de la tienda.

Según la policía, la muerte fue debida a las balas que recibieron, disparadas con total destreza siendo blancos en movimiento. La extrema puntería de los atacantes, coincidieron en sus informes, solo podía deberse a que los culpables eran asesinos profesionales contratados para tal objetivo. Balística confirmó que el armamento utilizado era de uso profesional entre mercenarios rusos y de Europa del Este.

El Ministerio del Interior, en una escueta nota de prensa, en la que alababa la trayectoria profesional y de servicio a España de Iván Gorostiza, aclaraba que el veterano funcionario se dirigía a una reunión con un homólogo iraní, y que ambos, incluido el chófer, fueron atacados antes de llegar a destino. La embajada de la República Islámica de Irán no negó esta explicación ni la confirmó, y se limitó a extender de modo oficial sus condolencias por el trágico suceso.

En los medios de comunicación, analistas y expertos en política exterior mencionaron que estaban convencidos de que el asesinato había sido perpetrado por la intromisión de la República Islámica de Irán en la guerra de Siria. El agente español habría sido confundido con un miembro del cuerpo diplomático.

Los investigadores intentaron en vano recoger las imágenes captadas por las cámaras de seguridad urbana y de la tienda de ropa. Para su estupefacción, todas aquellas cámaras tenían fallos técnicos y, por lo tanto, en sus centros de control no había nada grabado.

Quien había visto el suceso era Goyo, que de inmediato, desde el interior de la furgoneta, hizo que agentes del Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia se hicieran con todas las imágenes captadas en las calles. Minutos antes de estrellarse el coche, Goyo pudo ver en su monitor y con absoluta claridad lo que había sucedido. Fue el asesinato más perfecto que jamás había presenciado. Laura se colocó a la altura del vehículo, disparó y la bala se incrustó en el cráneo del agente iraní, mientras por el otro lado el segundo motorista efectuaba dos disparos seguidos, uno contra el español y otro contra el conductor. Segundos después de estrellarse el vehículo, Laura

se bajó de la moto y abrió la puerta derecha trasera del vehículo, mientras Alfa hacía lo mismo al otro lado, y se aseguraron de que los tres ocupantes estaban muertos. Laura registró rápidamente los bolsillos de Iván, extrajo un aparato móvil, que se guardó en el bolsillo, y los dos motoristas se alejaron rápidamente del lugar.

Según los testigos —conductores y pasajeros de vehículos y algún viandante desde la distancia—, los motoristas no se quitaron los cascos en ningún momento y solo levantaron el visor para examinar el interior del vehículo siniestrado. Uno de los dos era alto y corpulento, mientras que el otro, decían, era más delgado y de menor estatura, pero se movía con mucha agilidad. Los dos motoristas se fueron del lugar del suceso con total rapidez y no se les volvió a ver.

La Policía Nacional concluyó que solo auténticos profesionales podían haber realizado aquel crimen con total destreza.

Julián Fernández, director de aquel siniestro centro de espionaje, entraba en la moderna sala principal de operaciones. Las oficinas estaban situadas en un edificio anexo al CNI. Aun operando de forma independiente, respondía ante el ministro del Interior. Sus actividades iban más allá de las realizadas por sus homólogos del mundo del espionaje. Creado tras el devastador atentado terrorista perpetrado en Madrid el 11 de marzo de 2004, sus funciones radicaban primordialmente en proteger a España de cualquier amenaza terrorista mediante acciones que bordeaban la ilegalidad, de modo que no era una organización oficial ni conocida por la sociedad, lo que explicaba su larga y enmarañada nomenclatura: Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia.

Desde hacía algo más de diez años era el director. Vestido con traje y corbata pasados de moda, junto a su apariencia física, algo enjuto, de cabello canoso e incipiente barriga, parecía mejor predispuesto a dirigir al alumnado en una universidad.

En la sala había varias pantallas de ordenador sobre las mesas y otras de mayor tamaño en la parte superior de las paredes para el seguimiento de operaciones vía satélite o con cámaras ocultas que portaban agentes de paisano. Había una docena de personas trabajando en el descifrado de mensajes recibidos: la obtención de información era una de sus principales funciones. Se utilizaba una serie de contraseñas y claves para acceder a cualquier ordenador, tableta, teléfono móvil o cualquier otro tipo de dispositivo que utilizaran políticos, funcionarios o cualquier otro ciudadano para acceder a esa valiosa información en tiempo real. En otra sala adyacente, más pequeña, trabajaba el personal encargado de las escuchas. Y en otra se encargaban de acceder a los ordenadores de las embajadas y a los sistemas de comunicación que utilizan organizaciones como la OTAN, la ONU y los servicios de inteligencia extranjeros.

—Venga, decidme qué daño nos ha causado nuestro traidor.

—Según la información que hemos obtenido al acceder a su teléfono

móvil, ha estado pasando información a un agente extranjero —dijo Goyo, de pie junto a Laura.

Ella tecleó y en la pantalla principal de la pared se pudo ver una serie de mensajes.

—Los hemos descifrado —continuó Goyo— y mencionan la mayor Conferencia Mundial de Derechos Humanos LGTBI celebrada hasta la fecha, con la participación de importantes ponentes de todo el mundo.

—Pensamos que Iván ha podido dar detalles de la conferencia —añadió Laura girándose sobre su asiento.

—La diferencia entre los espías como nosotros y los traidores como Iván es que los espías trabajan en defensa de los intereses de su país y los traidores lo hacen por su interés personal. Esa información no es clasificada, la puede obtener un crío a través de internet. No veo el interés que pudiera tener nuestro traidor.

Goyo y Laura se miraron, antes de que ella hablase.

—No es quizá el tema de la conferencia en sí —dijo—, sino dónde se lleva a cabo. Está patrocinada por Madrid Summit, la fundación Harvey Milk, el Ayuntamiento de Madrid y la Universidad Autónoma.

—¿En el recinto del Ifema? —preguntó Julián.

—No, en el campus de la Universidad Autónoma de Madrid —respondió Laura—. La información que ha proporcionado ha sido de pases de controles y planos de acceso limitados para empleados de seguridad.

Julián se dio la vuelta y caminó de un lugar a otro cavilando la información.

—¿Por qué razón un funcionario español pasaría esa información? ¿Para causar el mayor número de víctimas inocentes posible? No era un terrorista. Ni estaba loco. ¿Qué sabemos sobre el ámbito personal de Iván?

—Iván pasaba por un periodo de depresión —comenzó a exponer Laura levantándose de su asiento, dando la espalda a las pantallas y mirando tanto a Goyo como a Julián—. Profesionalmente había caído en la desidia y desinterés absoluto por su trabajo. En lo personal, su mujer sufría de un cáncer ya avanzado. Sus hijos, ya mayores, no querían saber nada de él desde que descubrieron que había tenido una amante, que más tarde le abandonó al no querer divorciarse de su esposa. En fin, que quiso obtener una cuantiosa cantidad de dinero pasando a terceros una información que él quizá no consideraba de gravedad alguna para la seguridad de España. Lo hizo una vez sobre detalles de adquisición de material por el Ministerio de Defensa, pero

nadie supo de ello; lo hizo en una segunda ocasión pasando información clasificada sobre la labor que desempeña nuestro ejército en la coalición internacional contra el Estado Islámico en Irak, Siria y Libia, por lo que recibió en su cuenta de Andorra medio millón de euros. Entonces fue cuando lo detectamos, le seguimos y hasta aquí nos ha llevado.

—¿Quién era el iraní que iba en el coche?

—Farrokh Jamshidi, agente del VEVAK —respondió Goyo.

—¿Y por qué razón cogería el metro? Se bajó en la siguiente parada, perfectamente podría haber seguido andando. No parecía que llegara tarde a su cita, porque caminaba como si tuviera tiempo de sobra.

—Iván había estado monitorizando y analizando el desarrollo nuclear iraní —contestó Goyo—. Por lo tanto, había entrado en el radar de los servicios de inteligencia extranjeros para tentarle a vender información. Lo que supongo es lo siguiente. Él lo hace, y el agente que recibe la información clasificada en el metro va a su ordenador, consulta la información que el espía español le ha enviado, contacta con el iraní del coche y este, desde el interior del vehículo, aprueba el pago a Iván porque han cotejado la información y han de darle los cientos de miles de euros que le han prometido.

En la pantalla se vio a Iván sentado entre dos pasajeros.

—¿Sabemos con quién se vio ahí dentro? —preguntó de nuevo Julián.

—Aún no, pero estamos estudiando a cada una de todas esas personas —respondió Laura señalando la imagen.

De camino a su pequeño apartamento en el barrio de los Jerónimos, Laura hizo un juego mental. Siempre que podía viajaba en el metro, le relajaba. Leía una revista de decoración o de arquitectura, echaba un vistazo a algún periódico o simplemente se ponía los cascos para escuchar música clásica con los ojos cerrados. Sabía que si cambiaba su principal centro de atención de lo profesional a lo personal, en su subconsciente seguirían dando vueltas las piezas del rompecabezas que el traidor había creado. Quizá así consiguiera dar con alguna idea.

Había mantenido una relación con un empresario llamado Fernando, que hasta el momento había sido la más duradera y sólida de las muchas que había tenido. Le gustaba la esporádica relación, acostarse con él por las noches, en días imprevistos, con la certeza del deseo correspondido. Los

domingos caminaban por el Retiro, daban un paseo o hacían ejercicio. Había días que, por motivos de trabajo, ella no podía volver a su apartamento, y si lo hacía, era para ducharse, cambiarse de ropa y volver al centro de operaciones o coger un vuelo a la otra punta de España. Era consciente de que la relación que mantenía con él no era la de dos enamorados en edad madura.

Fernando vivía en un apartamento en Manzanares del Real, a las afueras de Madrid, y Laura le había dado copia de la llave de su vivienda. De este modo, él orbitaba entre su oficina y su casa de las afueras y esporádicamente la vivienda de Laura, a la que esperaba con la cena preparada, pero en muchas ocasiones ella llegaba a altas horas de la noche, o de la madrugada, y se deslizaba sigilosamente en las sábanas junto a él.

¿Qué sucedería si le dejaba? ¿Cómo se lo tomaría? Mal, pensaba, incluso le llevaría mucho tiempo superarlo.

Suponiendo que ella, con resignación y tranquilidad, se decidiera a formalizar la relación, tendría que pedir un cambio de departamento. Ya no estaría en el frente de batalla. Le esperaría un trabajo anodino en de un escritorio, con una pantalla de ordenador todo el día encendida, jornada de ocho horas: no habría más adrenalina, ni más operaciones de riesgo. Ya no sería la misma y su libertad se vería limitada. Él le pediría matrimonio y después ya quedaría atada a las exigencias del manual básico de vida en pareja: informar y dar explicaciones. Ella odiaba estar atada. Fernando, como todos los hombres que no quieren sentirse solos, era intensamente posesivo. Laura ya se había dado cuenta.

Le había mentido sobre su verdadera ocupación. Le hizo creer que trabajaba en el ministerio en asuntos relacionados con la inmigración ilegal. Era un departamento nuevo, le argumentó en su día: tenían que estudiar y analizar numerosos perfiles de sospechosos que supuestamente habrían entrado en España a través de mafias de tráfico de personas. Nada atractivo, con mucho trabajo extra, pero muy bien remunerado, le comentó ella una noche tras sus persistentes preguntas sobre los detalles de su vida profesional.

Llegó a casa, dejó las llaves sobre el mueble de la entrada y se tumbó en el sofá. Puso un brazo sobre su rostro y siguió cavilando. No tenía que experimentar esa nueva vida para saber lo que sucedería. Ella solo tenía que hacer un ejercicio mental para poder verse en ese prisma. Lo llamaba «ejercicios de anticipación», como hace cualquier actor profesional para meterse en un personaje ficticio. Podía visualizar cómo y a qué hora ella

llegaría a casa; él estaría esperándola, con qué ropa, qué habría en el frigorífico, las diferencias sobre qué ver en televisión, dónde pasar las vacaciones futuras y el modo de viajar, qué tipo de frigorífico comprar y qué sofá era el más ideal. Por otro lado, nunca le había gustado revelar sus gustos de lectura. Leía mucho ensayo sobre antiterrorismo, pero únicamente lo hacía fuera del apartamento, durante el almuerzo en el trabajo, en horas muertas o durante los viajes. En su casa no había absolutamente nada que pudiera relacionarla con el puesto profesional que desempeñaba.

Hacía seis días él se había marchado de viaje de negocios. Era un viaje de una semana con una agenda muy intensa de reuniones y visitas a las fábricas de varios proveedores. Al día siguiente esperaba verlo de vuelta. La última vez que estuvieron juntos presintió que Fernando quería dar un paso hacia adelante. Tuvo ese picorcillo que nunca le había fallado en sus presunciones, indicador de que él tenía una dilatada sensación de urgencia en afianzar la relación.

Era ya casi entrada la madrugada cuando se despertó y decidió darse una ducha. Mientras se desnudaba y se metía bajo el agua templada, el recuerdo por fin afloró.

Tras la reunión con Julián, estuvieron trabajando varias horas analizando las imágenes del metro y estudiando la vida personal de cada persona en el vagón. No dieron con nada relevante.

El retorno a su mente de esa investigación hizo que saliese de la ducha de inmediato, cogiera la toalla y fuese al salón, desde donde marcó en el teléfono móvil el número privado de Goyo.

—Han utilizado a Iván como cebo —dijo muy segura de sí misma.

3

El rostro de Julián adoptó un tono cadavérico.

—¿Cómo? —preguntó alzando las cejas frente a Goyo y Laura.

De pie, moviendo entre sus dedos el bolígrafo táctil de una pantalla digital, Laura respondió con absoluta aseveración:

—Nos han engañado. Hemos picado el anzuelo. Ellos saben que Iván Gorostiza era objeto de observación y seguimiento. Han ido por delante de nosotros, se han anticipado y se nos han adelantado.

—Han hecho que nuestra atención se desviara hacia la conferencia —agregó Goyo—. La amenaza está en otro lugar.

—Estoy completamente segura de que la conferencia no corre peligro alguno. La amenaza está en otro sitio. Ellos hicieron que Iván se viera con el iraní para levantar nuestras sospechas.

—Pusieron la información de la conferencia en su móvil para mantenernos ocupados con la pista falsa —aseveró Goyo—. No pasó información alguna desde su móvil, no tuvo contacto con nadie en el metro.

Los rasgos de Julián ofrecían una expresión fatalista, hundido de pronto en su silla.

—¿Queréis decir que vamos a tener un ataque terrorista inminente?

—Estoy absolutamente convencida de que se prepara algo en algún lugar de Madrid —respondió Laura.

—¿Qué ha hecho ese desgraciado y por qué razón dejó de servir a la seguridad de España? —preguntó Goyo, meneando despacio la cabeza.

—El espía traiciona a sus enemigos, el traidor a sus amigos. Ya no hay tiempo para buscar más respuestas —sentenció Julián.

Era el momento de mantener los ojos abiertos en todo Madrid a través del moderno sistema de ordenadores conectados vía satélite. Se informó al CNI, así como al presidente del Gobierno y al ministro del Interior, que organizó un gabinete de crisis con los jefes de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Julián Fernández y su equipo no tenían pruebas fehacientes que poner sobre la mesa para convencer a los incrédulos dirigentes policiales, políticos y demás miembros de la Administración. El ministro del Interior no pudo sino permitir vagamente que el Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia tomase las medidas que creyese oportunas para satisfacer sus «suposiciones», pero con la condición de que la opinión pública no fuese informada. Según el ministro, sería una imagen social catastrófica para el Gobierno crear la incertidumbre acerca de un supuesto ataque terrorista.

Zona a zona. Calle por calle. Escaneaban sin perder un minuto todos los lugares, a pie y por aire. Volaron drones sobre edificios considerados como áreas de alto riesgo de atentado, así como sobre museos, parques, lugares emblemáticos y oficinas gubernamentales. Aun así, sabían que iban por detrás y que quizá no pudieran evitar la catástrofe que se veía venir, pero sí conseguir detener o inmovilizar a los autores materiales.

Madrileños y turistas caminaban en solitario o en grupos por las calles peatonales en torno a la calle de Fuencarral, bajo el cielo soleado de comienzo del otoño. Una señora mayor, de unos ochenta años, entró en una sucursal del Banco Santander que había sido renovada hacía poco tiempo. Decorada principalmente en rojo, era más espaciosa con el nuevo diseño. Tras pasar por las anchas puertas electrónicas de cristal, la señora se acercó a un grupo de personas sentadas en cómodos sillones de estilo art decó. Frente a ellos había un empleado atendiendo a un cliente con varios sobres, y daba la impresión de que tenía para rato.

—¿Están todos ustedes esperando? —preguntó.

—Sí —dijo un joven quitándose un auricular de la oreja, mirándola de soslayo para poner de nuevo su atención en la pantalla de su móvil.

—¿Quién es el último? —volvió a preguntar.

—Yo —dijo un hombre vestido con un mono de trabajo manchado de pintura, señalándose con el pulgar.

La señora mayor soltó un bufido y miró alrededor.

—Dios santo, yo solo quiero recoger mi pensión. A ver si no me va a dar tiempo de llegar a la residencia para la comida.

—Qué suerte tiene, señora. Llega a casa y ya tiene la comida hecha —comentó el hombre con una sonrisa—. Siéntese.

—Es la compensación de vivir en una residencia para pensionistas

ferroviarios —dijo, y añadió mientras tomaba asiento—: Hijo, tanta renovación interior y solo un empleado para atender al público.

—Lo hacen intencionadamente —se apresuró a decir el joven, volviendo a quitarse el auricular de una oreja—. Es que quieren que usemos más el cajero de ahí fuera.

—En esto se gastan el dinero, señora —dijo el hombre haciendo aspavientos con una mano—. Hacen como todos los bancos, que dan una imagen de servicio al cliente que en verdad no muestran.

—Esto dentro de poco parecerá la consulta de la seguridad social —añadió la señora con tono de protesta—. ¿Han visto cuánto espacio vacío hay?

—Es para calmar la mente —respondió el joven—. Lo leí en un artículo de una revista. Los grandes espacios abiertos relajan.

De pronto se produjo una explosión.

A nadie le dio tiempo de girarse ni echarse al suelo. La detonación ahogó cualquier voz que quisiera alertar del peligro que se avecinaba. En pocos segundos, un ciclón de cristales procedentes de la ancha y acristalada entrada volaron en todas las direcciones. Un instante después, sillas, trozos de yeso, miembros humanos, cascos y prendas de ropa volaron por los aires.

Después hubo un silencio espectral, roto ligeramente por el ruido de las lejanas alarmas de vehículos y alguna sirena de incendios.

En el edificio de enfrente, donde se había producido la explosión, el espectáculo era aún más atroz.

Alertada, Laura García salió hacia el lugar acompañada por un selecto equipo de respuesta antiterrorista. Iban fuertemente armados dentro de una furgoneta que conducía a toda velocidad.

En el centro comercial vecino de El Corte Inglés, entre el polvo y el humo, dos figuras fantasmagóricas surgieron en la entrada. Llevaban pasamontañas. Caminaron por el interior sujetando un fusil automático cada uno y comenzaron a disparar a cada moribundo o persona con vida que intentaba salir de los escombros del edificio. Hubo clientes en los pisos superiores que bajaron corriendo por las estancadas escaleras metálicas. Los dos hombres levantaron sus armas. Se oyó un tableteo, como de petardos, seguido de unos gritos en árabe: *¡Allahu Akbar!*

Una cámara de seguridad urbana que aún funcionaba captó a los dos terroristas rematando a todos los viandantes moribundos y personas heridas que salían de los edificios en el perímetro de la explosión. Eran eficaces en

sus macabros propósitos y mantenían una sangre fría que solo un duro entrenamiento profesional haría posible.

Tras vaciar el cargador y volver a cargar sus fusiles AK-47, los enmascarados se dirigieron calle arriba. Un hombre con su hijo pequeño suplicó por sus vidas antes de recibir dos disparos en el pecho. La gente, aterrorizada, corría en todas direcciones.

Cuando Laura y su equipo los divisaron, salieron sin dilación de la furgoneta y fueron corriendo hacia ellos. Se inició el tiroteo, en el que uno de los terroristas cayó muerto. Laura corrió en dirección hacia la segunda persona, pero en su huida detonó un coche bomba situado a varios metros de distancia. La onda expansiva la lanzó contra el asfalto.

Luchando por arrodillarse, intentó gritar, pero no conseguía oír su propia voz ni el zumbido de los helicópteros que comenzaron a sobrevolar el área. Trató de caminar a trompicones. No fue consciente de que un agente del equipo de élite le había cogido del brazo. Sentía el cálido sabor de la sangre en su boca y un terrible martillazo detrás de los ojos. Seguía sin oír nada cuando un paramédico se abalanzó sobre ella gritando algo frente a su rostro, abrazándola por las rodillas y llevándosela a otro lugar. Solo pudo prorrumpir algo incoherente antes de perder el conocimiento.

El terrorista consiguió huir, porque al igual que la operación, la huida había sido cuidadosamente planeada. Los investigadores que acordonaron la zona en busca de pistas encontraron tan solo los casquillos de balas, que introdujeron en bolsas de pruebas. La Policía Nacional y la Guardia Civil se encargaron de controlar los accesos de salida de la Comunidad de Madrid. Habían establecido minuciosos controles de carretera, movilizado cuerpos de seguridad para patrullar la zona y mandado un despliegue de helicópteros que iban y venían por distintos puntos de la ciudad. Poco pudieron hacer, pues el huído ya había pasado desapercibido entre el caos inicial conduciendo en dirección contraria de ambulancias, bomberos y coches de policía.

Cuando el ministro del Interior compareció ante los medios por primera vez, el terrorista había cruzado la frontera y cambiado de vehículo en la ciudad francesa de Lille, y se encontraba circulando en dirección a París, con destino a algún lugar de las barriadas de protección oficial.

Laura entornó los ojos levemente y se irguió sobre la cama del hospital privado en el que había sido intervenida. ¿Y si Fernando se encontrase entre los muertos? Llamó. Tras contestar, él comenzó a hablar de manera precipitada sobre los acontecimientos que habían sucedido el día anterior en las calles del centro de Madrid tras haber vuelto de su viaje de negocios. Ella no le dijo nada acerca de su convalecencia y se excusó diciendo que tenía mucho trabajo extra durante los próximos días. Pero escuchándole en silencio, cavilaba su decisión respecto a la relación. Se sintió aliviada de que él estuviera sano y salvo, pero, para ella, la relación estaba terminada.

Durante mucho tiempo había mantenido con hombres vidas físicamente separadas. Relaciones cortas, sin previsión alguna de que durasen mucho tiempo. Cuando aquellas fugaces pasiones amenazaban con convertirse en algo más exigente, entonces tomaba la decisión de prescindir de ellas. Eran reencuentros apasionados. Fernando fue diferente, una válvula de escape a la presión que había estado teniendo en el trabajo contra el crimen organizado y el terrorismo. Cortar su relación con él, por muy doloroso que le resultara, era la única opción posible.

Comenzó a leer las noticias en su móvil. Los periódicos digitales mencionaban en sus editoriales y columnas de opinión que el atentado había estado precedido por nuevos avisos de alarma del Estado Islámico, y que por lo tanto todo había sido un fallo de los servicios de inteligencia españoles. Doscientos veinte muertos y más de cien heridos eran las estimaciones hasta ese momento del número de víctimas. Los comentarios escritos a pie de página por los lectores estaban llenos, aparte de faltas ortográficas, de insultos, mofas y ataques directos contra la policía, el CNI y la «espiocracia» española. En general, en todas las noticias, el resentimiento político persistía, y continuaría durante muchos días. El ministro del Interior había dado la cara y asumido su responsabilidad públicamente. Se hablaba de su dimisión.

Cogió el mando a distancia del televisor. En la pantalla podía oír la contundente respuesta del ministro del Interior frente a las cámaras. Prometía

a la opinión pública una respuesta rápida, se apresaría los culpables y recaería sobre ellos todo el peso de la ley para castigarlos.

—Es decir, que no haréis nada —dijo Laura en voz alta cambiando de canal.

Ahora se veía a otro político apelando al diálogo y a que no surgiera islamofobia: «Lo haremos mejor que antes. Otras fuerzas políticas en la oposición han expresado su solidaridad y predisposición a trabajar juntos por un bien común».

—Es decir, que dejaréis pasar el tiempo hasta que la gente se olvide —prorrumpió de nuevo.

La líder de un partido en la oposición fue preguntada por periodistas en los pasillos del Parlamento. Frente a las cámaras y los micrófonos pidió enfrentarse al terror con amor, porque, según argumentaba, España es un país de paz.

—Enfrentarse al terror con amor, dice esta sucia rata. Me hierve la sangre. ¿Por qué no predicas con el ejemplo y te vas a ver a los del Estado Islámico y les cuentas lo del amor? Eso sí, ve sin burka y con el rostro descubierto, a ver si te tratan con amor.

Cambió de canal. Esta vez vio a un centenar de activistas de toda ralea y condición reunidos en la Puerta del Sol de Madrid, exigiendo a la sociedad española y a los políticos que no hubiera islamofobia. También clamaron sin cesar que el islam es una religión de paz. Organizaciones radicales se unieron a ellos y todos pasaron un buen rato, sobre todo cuando comenzaron a tocar instrumentos musicales y prorrumpir con canciones protesta, haciéndose acopio de porros, cerveza y condones gratis bajo el lema «Haz el amor, no la guerra». Una señora mayor, madrileña, al ser entrevistada ante la cámara, dijo señalando al grupo: «Si eso es lo mejor que son capaces de hacer y proponer en esta situación tan difícil en la que se encuentra España, mejor que se marchen a vivir a un país de esos que tanto les gusta tomar como ejemplo, Venezuela, Cuba o Irán».

Julián Fernández abrió la puerta mientras terminaba de hablar en el pasillo con el doctor acerca del parte médico de Laura. Un par de costillas rotas, una quemadura en la espalda y el hombro derecho fracturado, le había explicado. Tras despedirse, entró en la habitación. Traía un ramo de flores. Tenía bolsas grises bajo los ojos. Estaba claro que no había pasado buena noche.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—Me alegro de que no fuera peor. Hay más de veinte personas en este hospital afectadas por la onda expansiva de esa segunda explosión. Varios agentes fueron alcanzados por la metralla.

—Fue una bomba trampa para divertir la huida.

—Sin embargo, la primera explosión fue la devastadora, dañó edificios en un radio de varios centenares de metros. No habíamos sufrido un ataque terrorista tan brutal desde los atentados del 11 de marzo de 2004. Son muchos los fallecidos. Se convirtió todo en un lugar dantesco, lleno de cadáveres y mutilados. —Mostró el ramillete de flores y preguntó—: ¿Dónde puedo dejar esto?

—Ahí, en la ventana. Le diré a la enfermera que las ponga en agua. Son preciosas, gracias. —Después de un instante de silencio, preguntó—: ¿Qué sabéis del terrorista muerto?

—Era miembro del Estado Islámico, que no ha tardado en atribuirse oficialmente la autoría del atentado. Goyo está ahora mismo trabajando en ello. Pero la única pista que nos ha dado los antecedentes de ese terrorista está en las localidades barcelonesas de Vilanova i la Geltrú y Granollers.

—De nuevo, Cataluña —corroboró ella.

—Recupérate pronto. —Señalándola con el índice, añadió—: Te quiero activa, ya.

En el Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia había una actividad constante. El personal y los responsables de la oficina de inteligencia exterior y de relaciones inter-agencias trabajaban para formular una inmediata estrategia antiterrorista.

—El nombre del fallecido es Abdul Saheb —dijo Goyo Lebrero, cuya mirada vidriosa hizo suponer a Julián que se sostenía gracias a la cafeína—. La Policía Nacional ha registrado su vivienda en Granollers y ha encontrado una amplísima gama de medicamentos, la mayoría de ellos relacionados con la disfunción eréctil y los tratamientos adelgazantes. Aún están auditándolos, pero se calcula en medio millón de unidades. Sin ningún control de calidad ni supervisión sanitaria.

—Desde luego, potencialmente peligrosos para personas con afecciones cardiacas.

—No solo eso, sino que los de laboratorio me han dicho que se

desconoce la composición de otros muchos medicamentos ayurvédicos. Tienen que hacer un análisis de cada tipo de fármaco para concluir de qué están compuestos.

Goyo sacó de un sobre varias etiquetas de fármacos, cada una de ellas dentro de bolsitas de plástico, y dijo:

—Ahora viene lo importante. Toda esta porquería procede de la India.

—¿Cómo?

Según le fue explicando, además de los medicamentos, la Policía Nacional se había incautado de cincuenta mil euros en efectivo y casi cien mil euros en *bitcoins* y había bloqueado medio millón de euros en una cuenta corriente de uno de los detenidos. Los agentes clausuraron las páginas web que funcionaban a modo de farmacia virtual y detuvieron en la operación policial a una docena de personas. La investigación dio pie a otras detenciones relacionadas con aquel contrabando en ciudades como Cádiz y Alicante. Tenían un alto grado de especialización y usaban el navegador Tor para navegar en internet de forma anónima y evitar ser identificados. Abrían continuamente nuevas páginas web que posicionaban rápidamente en los distintos motores de búsqueda. Los agentes constataron la intención de los detenidos de expandir e internacionalizar el negocio al detectar que habían formalizado contratos con empresas en el Reino Unido. Sin embargo, ninguno de los detenidos, excepto el fallecido Abdul Saheb, tenía vínculos con células yihadistas ni antecedentes criminales; eran inmigrantes contratados para trabajar en el contrabando y distribución ilegal de medicamentos

—Por lo visto, el susodicho terrorista indio —continuó explicando Goyo— compraba a una empresa india exportadora llamada Khan Enterprises Ltd., y lideraba desde Cataluña esta red de venta ilegal de fármacos a través de páginas web con apariencia de farmacias legales. Importaban desde la India hasta un centro de distribución situado en El Puerto de Santa María. Los clientes, que tenían a miles, están en su mayoría vinculados al mundo del ocio nocturno y a locales de prostitución, y adquirían el producto en la llamada DarkWeb, efectuando el pago mediante transacciones en *bitcoins*.

—Claro, con la moneda virtual pretendían ocultar los pagos monetarios y eludir la acción policial y judicial.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Si seguimos la pista de esa empresa de exportación en la India,

daremos con el autor material del atentado que escapó con vida.

—Sí, eso lo sé, pero no tenemos ningún operativo disponible para viajar hasta allí y que sepa desenvolverse con rapidez y agilidad. Laura estará de baja por unos días, si no, la recomendaría. —Le miró con seriedad, y alzando las cejas, añadió—: No estarás pensando en sacar a David Ribas de la clandestinidad, ¿verdad? No sabemos su paradero, ni nada de él desde la última misión en Fráncfort, ni siquiera si aún está vivo.

Antes de que le contestase, el teléfono del escritorio sonó. Tras mirar el número en la pantalla, Julián le hizo una señal con el dedo al aire indicándole la importancia de la llamada. Era el ministro del Interior. Descolgó y se mantuvo escuchando al político durante dos minutos escasos antes de colgar. Entonces se inclinó hacia adelante con las manos sobre la cabeza.

—Por lo visto, el ministro ha decidido, como primera represalia, señalar a esta organización por no haber previsto el atentado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Goyo observándolo con recelo, detectando la derrota en su voz.

Julián permaneció en silencio un instante con la cabeza oculta entre las manos antes de responder con el rostro crispado:

—Que prescinde de nosotros —dijo poniéndose en pie y golpeando la mesa con los puños—. Cierra el Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia. —Permaneció en silencio unos segundos y añadió—: Donde quiera que esté David Ribas, tendrá que seguir apañándose las por su cuenta.

—Si aún sigue con vida —murmuró Goyo.

Había viajado con diferentes nombres. De hecho, en su lugar de origen se le había dado por muerto hacía ya mucho tiempo y, en la India, oficialmente en la India. En su mochila de viaje llevaba una muda, una manta, calcetines y un par de botas de repuesto. Además, portaba una gran cantidad de rupias indias, en metálico, escondidas meticulosamente en su cinturón. Pero su mayor posesión era su pistola Glock, guardada en un bolsillo lateral, dispuesto a hacer uso de ella en cualquier momento. A fin de cuentas, había emprendido aquel viaje para matar.

Se llamaba David Ribas, había sido miembro del Cuerpo de Policía Nacional. Su hermano mayor, también policía, falleció en la explosión del apartamento de Leganés donde se inmolaron los musulmanes que supuestamente perpetraron los atentados en Madrid el 11 de marzo de 2004. Se dio de baja para entrar en otro departamento relacionado con la lucha contra el terrorismo. Tras un tiempo de entrenamiento en el que fue minuciosamente vigilado en la sombra, fue seleccionado como agente operativo del Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia. Fue durante un trabajo de vigilancia en Bombay donde el destino le volvió a poner frente a la lacra del terrorismo: el hotel Taj Mahal Palace, donde se alojaba con su mujer, entonces embarazada, fue asaltado por terroristas islámicos procedentes de Pakistán. Ella murió ejecutada junto con decenas de huéspedes. A él le dieron por muerto, pero su cuerpo aún con vida fue sacado del hotel y mantenido a salvo por Hassena Paskar, jefa del crimen organizado y hermana de uno de los hombres más buscados en el mundo, Dawood Ibrahim, huido de la justicia india. Desde entonces, el español había estado trabajando para ella.

Su búsqueda de una célula terrorista infiltrada en la India lo condujo en primer lugar a Cachemira, a los pueblos de las montañas limítrofes con la frontera de Pakistán. Aquel disputado territorio fronterizo era motivo de disputas entre Pakistán e India desde 1947. Un lugar peligroso, aunque él mismo se consideraba un hombre peligroso. Solía comprar ropa local y

merodeaba por las comarcas como un fantasma. Se hospedaba en hostales para mochileros extranjeros y montañistas o en centros budistas. En cualquier lugar aparentaba ser un huésped de una sola noche. Otras veces dormía a la intemperie o en cobertizos. Lavaba su muda en los ríos o en grifos al aire libre, pero la ropa que compraba en un lugar, después de hacer uso de ella, la tiraba y volvía a comprar una nueva en otro sitio. Hablaba distraídamente con los aldeanos y conversaba con los granjeros.

Un rumor le llevó a una zona de las montañas casi inexpugnable donde le habían hecho saber que entrenaba un pequeño grupo de islamistas. En otra ocasión, pasando desapercibido por la extrema vigilancia de una patrulla de soldados indios, cruzó la frontera y entró en territorio pakistaní. Pero tampoco encontró lo que buscaba.

Un día de primavera llegó al lugar donde, según le habían dicho unos aldeanos por una conmensurable cantidad de dinero, vivían las personas que buscaba. Cuando llegó, las cabañas estaban vacías y solo halló algunos trozos de madera y latas de comida. Se sentó en el suelo y comenzó a cavilar en su siguiente paso. Sabía que estaba cerca. Se puso de pie y comenzó a registrar el lugar frenéticamente. A pocos metros de las cabañas encontró trozos de cable cortado. Habían estado haciendo prácticas de explosivos. Miró a lo lejos, pensando dónde podrían haber hecho explotar un artefacto. Su instinto le llevó a una zona alejada del eco que pudiera producir en el valle el ruido de una deflagración. En el lugar había varios boquetes profundos en el suelo. Hurgó con el pie y encontró un trozo de papel entre la tierra con dibujos, líneas y números. Cogió un palo y continuó rebuscando. Al poco tiempo dio con más papeles entre colillas de cigarrillos. Contenían diagramas para construir artefactos explosivos.

David vivía en Bombay. Se relacionaba con la gente local y había estado estudiando el hindi y el marati como un niño aprende un idioma nuevo. En un principio leía libros de primaria y sus amigos indios le escribían una y otra vez en alfabeto latino el devanagari de los textos hindi para mejorar la comprensión. Había visto cómo niños de las chabolas que iban al colegio financiados por su protectora Hassena Parkar utilizaban una peculiar caligrafía. Por tanto, esos números y letras encontrados entre la tierra habían sido escritos por alguien criado en occidente, por alguien que había estudiado en inglés. No eran pastunes, ni indios, ni pakistaníes. Quizá algunos de sus acompañantes sí lo eran, un guía o un portador, pero el grupo, no.

Su búsqueda le llevó a Jaisalmer, el centro neurálgico de la zona más

occidental del Rajastán; tierra de fortalezas, de ciudadelas enclavadas en las montañas, de antiguos palacios que aún se elevan como espejismos entre los lagos y el polvo de las llanuras, muchos de ellos gracias al mantenimiento de grandes corporaciones tras haber sido convertidos en lujosos hoteles de cinco estrellas.

Atravesó una plaza llena de vacas errantes, consiguiendo llegar al centro para después avanzar peligrosamente esquivando con maestría los vehículos. Una vez que llegó al otro lado de la carretera, subió a un *autoricksaw* con un motor que chisporroteaba soberanamente. David dedujo que habría adquirido piezas de recambio en el mercado negro y no en el concesionario oficial. Una vez que visualizó por completo el entramado urbano desde la carretera, se aventuró a recorrer la ciudad a pie. Recorrió las calles empedradas de la vieja ciudad donde serpenteaban mansiones imponentes reconvertidas en hostales baratos de mochileros y hoteles con casas de fachadas intrincadamente labradas. En un hostel llamado Aravali, el conserje le habló de tres extranjeros que habían pasado allí la noche. Tenían pasaporte británico, pero eran de origen pakistaní o indio, no estaba seguro, pero de lo que no dudaba es que eran unos musulmanes con aspecto físico muy musculoso y muy serios, intimidadores, dijo. Las descripciones correspondían con las personas que él buscaba.

Sus posteriores averiguaciones le llevaron a contactar con un conductor de *autoricksaw* con un prodigioso nivel de inglés, cuyo acento había perfeccionado durante años en su trato con los turistas, que le informó de que una semana antes los había llevado a la estación de tren y que les había oído decir que se disponían a ir al desierto Thar, cerca de la frontera con Pakistán. No perdió un instante y le dijo que le llevase a la estación. Nada más ponerse en marcha, el conductor cedió el paso a un lento *sadhu* de enmarañados y largos cabellos que cruzaba la calle haciendo caso omiso de las bocinas y del estridente ruido de frenos.

En aquel lugar inhóspito y árido, cayó enfermo. Por la noche, tumbado junto a un fuego de leña, entre matorrales silvestres y sobre la tierra desquebrajada, se llevaba las manos a la cabeza y se retorció preso de escalofríos y de un dolor tremendo que le recorría todo el cuerpo. Unos nómadas que llevaban un rebaño de cabras lo encontraron a la mañana siguiente. Viendo el estado en el que se encontraba, y sin pronunciar palabra alguna entre ellos, se lo llevaron sobre un camastro hecho con cuerdas a modo de camilla y arrastrado por un camello.

Lo metieron en una choza construida de adobe cuyo techo estaba cubierto de ramas. Todavía bajo temblores, entreabrió un ojo y pudo entender la palabra que pronunció una anciana: malaria. Ella dio órdenes a los hombres de que se calentara agua hasta que hirviera y mandó a un chiquillo de apenas diez años a la aldea vecina para comprar tabletas de glucosa.

Al final del día la temperatura subió mucho. El rostro del español no era sino el de la derrota e impotencia. A su mente llegaron, como ráfagas de relámpagos, escenas vividas con su mujer, destellos que le devolvía la memoria. La avidez por tocarla, por aspirar el olor de su ropa, por besarla, era tal que le causaba un punzón directo en el corazón y sentía que los pulmones se le vaciaban de aire.

Al día siguiente por la mañana, cuando despertó, la fiebre y el dolor habían disminuido bastante. La mujer le sonrió. Tenía un rostro viejo y arrugado. Su tez era muy morena, tostada por el sol, y llevaba muchas pulseras de metal en las muñecas.

Durante los días siguientes, por las noches, bajo el cielo estrellado, se sentaba junto a aquellos nómadas y les escuchaba hablar sobre el cuidado de las cabras y los camellos. Le hicieron algunas preguntas sobre cómo era la vida en su lugar de origen y si llovía a menudo. Pero la mayoría de las veces no se hablaba en absoluto y parecía que se comunicaban entre ellos por movimientos corporales, ya que deducían de forma automática la decisión o pensamiento de cada uno sin pronunciar palabra alguna. Era como estar en un aislado centro de retiro espiritual. Uno de ellos solía sacar un instrumento que producía un sonido similar al de las castañuelas; usando un par en cada mano, golpeaba las piezas de madera dura y delgada al tiempo que rompía a cantar en un idioma indio autóctono: el marwari. En otra ocasión otra persona tocaba un *sarangi*, una especie de violín casero que, según explicó a David, había fabricado de una singular madera llamada *tun*. El español, tumbado en la arena sobre una sábana, quedaba sumido en un sueño entre aquel bello, versátil, ágil y hermoso sonido que jamás había escuchado.

Tras dos semanas, y una vez recuperado, los aldeanos lo dejaron en un pueblo donde podía coger un autobús y así llegar a una población más grande.

Días más tarde, un soldado indio en la frontera le informó de tres extranjeros que viajaban con un grupo de jóvenes pakistaníes. El indio, mostrando su desprecio hacia ellos, dijo que los *pakis* tenían mala cara, como si hubieran realizado una expedición al pico de una alta montaña y hubieran

bajado al valle. Sobre los extranjeros, por su parte, dijo que tenían la piel muy quemada por el sol y daban la impresión de estar exhaustos. El soldado confesó que le habían sobornado en dólares americanos para dejar a los pakistaníes volver a su país, ya que estos les habían servido como guías. David pensó para sí mismo que el oficial había tenido suerte de seguir con vida. Para los terroristas, haberlo matado hubiera significado que su desaparición despertase la atención del gobierno indio, aumentando el número de patrullas en la zona, lo que hubiera limitado sus movimientos a lo largo de la frontera. Sobornándolo le hacían cerrar la boca como un muerto. David siguió el mismo procedimiento, aunque con una cantidad de dinero mucho menor.

Entró disfrazado en Puskar con un grupo de ganaderos que se dedicaban a la venta de camellos.

Los camellos se contaban por decenas de miles entre las dunas de las afueras de la ciudad, donde los mercaderes habían montado sus campamentos. La esperada feria anual de ganado había comenzado. Con los años, aquel lugar de Rajastán se constituyó como una de las mayores ferias de ganado de Asia, sobre todo de camellos, pero también de ovejas, cabras, vacas y artilugios propios de la actividad ganadera. Seguía conservando su ambiente medieval, lo que mantenía la afluencia de turistas extranjeros. Durante aquellos días, los hoteles estaban completos y tiendas de campaña surgían para dar cabida a los miles de peregrinos, turistas y lugareños.

Un grupo de turistas y su guía local, entre los que se encontraba una pareja de españoles con sus cámaras fotográficas, caminaron por una de las dunas donde un grupo de ganaderos, junto a un puesto ambulante de comida hecha a la intemperie, exponía *souvenirs* y algunos productos fabricados con cuero, como sillas de montar, además de mantas, riendas y turbantes. Entre ellos, sentado en una silla de plástico, y pasando desapercibido, se encontraba David Ribas bebiendo con los viejos mercaderes té dulzón, muy especiado con clavo y leche de camella, al tiempo que observaba en silencio a la gente. El vendedor ambulante le trajo una porción de *chapati* con *chutney* sobre un periódico. La palabra «Madrid» en desmesurado tamaño llamó su atención. Levantó las hojas al tiempo que apartaba la comida con la otra mano. Era un ejemplar atrasado. «El Estado Islámico convierte Madrid en llamas», decía el titular. Se estremeció con tristeza y dolor al leer el número de víctimas: más

de doscientos muertos y más de un centenar de heridos, aunque se preveía que el número de víctimas mortales aumentase debido a los heridos de gravedad. Se levantó, puso de nuevo la comida sobre el periódico, lo dejó en el suelo frente a un famélico perro callejero situado a sus pies, y sin esconder la tristeza que le embargaba, comenzó a andar entre el gentío, hambriento de venganza.

Durante días continuó vigilando los alrededores, siguió a personas sospechosas, frecuentó los puestos de comida callejeros y los hostales baratos conocidos por la afluencia de extranjeros e incluso registró el interior de habitaciones puestas en alquiler por los habitantes locales.

Finalmente, en aquella ciudad sagrada para los hindúes, encontró lo que andaba buscando desde hacía ya mucho tiempo. Por fin conseguiría saldar una deuda pendiente.

Puskar comenzaba a despertar entre murmullos. Espirales de humo gris se elevaban por las dunas en el campamento de mercaderes de camellos. Pronto surgieron decenas de hogueras donde calentaban agua para el primer té del día y el aseo. Figuras envueltas en chales emergían de las tiendas de campaña y se desvanecían entre las dunas para sus abluciones de la mañana.

Al poco tiempo se formó la cola matinal de hombres ante la zona reservada de las letrinas. Como el agua era un bienpreciado y escaso, tenía que transportarse en cubos de metal o en barreños de plástico desde el pozo más cercano, situado a doscientos metros. Los más precavidos y organizados ya habían adquirido el agua el día anterior, pero el resto, que era la mayoría, iba por las mañanas muy temprano. Como se abría el grifo del pozo una sola vez al día, había cientos de personas que se peleaban a voz en grito, con insultos e incluso agrediendo con empujones y arañazos.

David estaba cansado de dedicarse durante los últimos días a calentar el agua en fogones de madera e ir con una cacerola como todos los hombres a tomar el baño diario a la intemperie. Ahora se deslizaba sin llamar la atención por el campamento y se metía en una habitación que tenía alquilada en un edificio residencial de tres plantas y que utilizaba únicamente para el aseo personal e higiene. Había encontrado el anuncio en el periódico local y había pagado una desorbitada fianza al agente inmobiliario para que no le hiciese preguntas ni le pidiese fotocopias de documentos de identidad. Las gruesas cortinas estaban echadas para prevenir el calor. El suelo de mármol había sido limpiado recientemente y el ambiente olía a ambientador barato. Se desvistió y estuvo varios minutos sentado en cuclillas bajo el chorro de la ducha; se enjabonó con la pastilla del hostel y con la espuma lavó el *kurta* blanco y el pantalón de algodón. Dejó las prendas colgadas con perchas sobre el pomo de la puerta del baño y se puso ropa limpia.

Salió vestido como un extranjero mochilero, con aspecto descuidado: pantalones de algodón anchos y un *kurta* estampado con cuello en pico. Llevaba gafas de sol colocadas hacia arriba, sobre su ancha frente, sujetando

su largo pelo rizado lleno de canas. Cualquiera que lo viese deduciría que era un hombre corriente, delgado, con aspecto atlético, de entre cuarenta y cincuenta años, uno de tantos extranjeros que fumaban hachís en aquella ciudad santa donde proliferaba la droga.

Después erró entre los callejones donde el olor a comida en los fogones de queroseno, el té hirviendo en grandes cazuelas y el de los *rotis* se mezclaba con los olores a bastoncillos de sándalo y fragancias que gerentes de los negocios quemaban al ofrecer las bendiciones matinales a sus dioses hindúes por la prosperidad económica del establecimiento.

Al girar en uno de tantos serpenteantes callejones, llegó a las inmediaciones del *hostal Krishna Palace*. Allí, los tres extranjeros que él buscaba se hospedaban en habitaciones individuales. Para no llamar la atención, evitaban hablar en el *hostal*. Tampoco solían sentarse juntos a desayunar en la sala habilitada para tal uso en la entrada del edificio.

Se sentó a tomar un té en un puesto callejero vecino. Por precaución, ocupó un taburete en el interior del local, un lugar que no podría ser visto desde el exterior. Vigilaba atentamente la única entrada al *hostal* mientras simulaba que estudiaba una guía turística y sorbía el desabrido líquido en un vaso de plástico al tiempo que comía un *roti* empapado de mantequilla, un huevo revuelto lleno de especias y un chili verde.

Vio salir a un hombre, después vio a otro, y por último, al cabo de unos minutos, salió el tercero. Esperó unos instantes, hasta que el último se montó en una escúter y desapareció. Dejó unas rupias sobre la mesa, se levantó, observó atentamente el exterior y cruzó la calle. Caminó por el espacioso vestíbulo de mármol de la entrada y pasó rápidamente frente a la recepción, sin prestar atención a nadie. Daba igual: tenía copia de la llave. Hacía días que la había conseguido del chico de la limpieza. Le dio el suficiente dinero para que no hiciese preguntas y la promesa de la misma cantidad una vez que dejase la llave bajo el macetero.

Recorrió un largo pasillo de techos altos con habitaciones a los dos lados que le condujo a un patio interior. Era un espacio oval y enorme, abierto al cielo en el centro, rodeado de arcos apoyados en pilares que causaban el efecto de un claustro religioso. En medio de aquel patio había una fuente, y alrededor de esta, muchas plantas. El agua manaba con un fino chorro en aquel estanque.

Entró en una habitación y cerró la puerta muy despacio. Con la disciplina de un experto, comenzó a registrarla. No encontró nada. Fue a la

otra habitación; no había sido utilizada, la cama estaba hecha y el baño no había sido usado. Se quedó en silencio, cavilando. Fue a la tercera habitación, que estaba en el mismo estado que las anteriores. Entonces oyó pasos en el pasillo. No de una, sino de dos personas. Pero escuchó más atentamente. Eran tres. Eran ellos. Se acercó a la ventana y pudo ver cómo el encargado del puesto de té que le había servido hacía unos minutos estaba de pie, observando la entrada del hostel: le había delatado, quizá había estado todo el tiempo a sueldo de los extranjeros que ahora estaban a punto de sorprenderle. Cerró rápidamente las cortinas y dejó el interior en penumbra.

Un momento después sonó el chasquido de una llave al penetrar en la cerradura. David permaneció expectante, pegado a la pared. Entró un hombre, y detrás de él, rápidamente, los otros dos. Cerraron la puerta. Nadie se movía ni respiraba. Silencio. El que iba delante llevaba consigo un cuchillo. David se adelantó golpeándole con la pierna derecha en el estómago, empujándolo hacia atrás y derribando al hombre que tenía al lado. El tercero sacó una pistola, pero David, en un movimiento muy rápido, le atravesó el pecho con un disparo de su Glock. Uno de los hombres que habían caído se levantó y se abalanzó sobre él. David le golpeó en la nuca y chocó su cabeza contra un mueble. El impacto fue terrible. El tercer hombre se abalanzó sobre él, cayeron los dos al suelo y el arma quedó a escasos metros de la puerta. David se levantó, pero el hombre, con agilidad, hizo lo mismo en posición de ataque con un cuchillo en cada mano. David le agarró de un brazo y se lo retorció, haciendo que su hombro ardiera de dolor. Pero el desconocido, que era más corpulento y musculoso que el español, consiguió deshacerse de él, clavándole en un costado el cuchillo que tenía en la mano derecha. David gimió, lo sostuvo de un brazo y le dio una patada tras una rodilla que hizo que aquel grandullón cayese de rodillas al suelo; acto seguido, le agarró por el cuello y apretó para matarle. El hombre se aferró a los brazos de David, intentando desasirse, y casi lo hubiese conseguido de no ser porque el español hizo una palanca con las piernas sobre su estómago. La cara se le puso azul mientras David seguía presionando su cuello hasta que notó que todos los músculos se habían relajado y lo había matado. Por un momento quedó exhausto, tumbado boca arriba con el hombre encima de él.

Se tocó el costado y sintió dolor. Escuchó voces desde la recepción. Pronto aquel lugar se llenaría de gente curiosa y de policías. Era hora de irse. Conocedor de la arquitectura del hostel, salió por la puerta lateral que utilizaban los empleados de la limpieza para sacar las bolsas de basura. A

escasos metros un joven aparcó su motocicleta. David se aproximó y le propinó un golpe en el estómago, lo que hizo que el joven sintiera pánico al quedarse sin respiración. Le sacó las llaves del bolsillo, arrancó la moto y desapareció del lugar.

Una vez en su habitación, fue directo a la cocina. Por un momento se quedó quieto pensando en qué hacer o más bien planificando de manera ordenada lo que iba a hacer. Su ropa estaba manchada por el sudor, la sangre de su herida y el polvo del camino. Se apresuró a sacar cosas de los armarios y los cajones. Encendió el fogón y puso a hervir agua en un cazo. Se lavó las manos y la cara. El agua estaba hirviendo cuando metió dentro una aguja para esterilizarla. Fue al baño, se quitó la ropa y se limpió la herida con una pastilla de jabón. Mucha agua con sangre se deslizó por sus piernas desnudas y la superficie del baño hasta alcanzar el orificio del sumidero. Tambaleando, fue a un armario y cogió varias prendas. Volvió a la cocina y apagó el fuego. Envolvió la herida con una camisa durante varios minutos con la intención de facilitar la sutura. Cogió un trozo de prenda y se la metió en la boca, mordiéndola con fuerza para contrarrestar el dolor que estaba a punto de infringirse. Tomó la aguja de coser, fina y algo curva, y comenzó a hundirla en la piel fuerte y elástica y a tirar de ella con los dedos. A medida que su labor avanzaba sudaba con profusión.

Por fin, y con cierta habilidad, terminó la operación y quedó tumbado boca arriba sobre un baño de sangre, con la mirada perdida en el ventilador de techo. Las aspas movían despacio el aire húmedo de la habitación, saturado de olor a sudor. La luz que entraba por la ventana dibujaba las sombras alargadas del ventilador sobre el techo. Cerró los ojos y cayó en un profundo sueño.

Un hombre llamado Carlos Saavedra, empleado de la Casa Real española, entró en el despacho de Julián. Carecía de título en el cargo, su nombre no constaba en el Boletín Oficial del Estado y no era una figura pública. Muy pocos como Julián Fernández conocían la verdadera posición de aquel hombre bien vestido, con traje y corbata, que trabajaba en la sombra para la protección de la Casa Real. Leal hasta la médula, sus modales eran exquisitos y tenía fama de no perder nunca los nervios. Además, era un hombre honesto, una cualidad escasa.

—Por lo visto, los terroristas fueron muy puntuales. Nada menos que a las cinco en punto.

—Así es —comentó Julián—. Pudieron haber utilizado en la furgoneta menos carga explosiva. Menos de la mitad hubiera sido suficiente. Pero con sus casi seiscientos kilos, la explosión fue tan violenta que la fuerza de la detonación se pudo oír a kilómetros de distancia. Sin embargo, permíteme una matización: más que terroristas, eran combatientes suicidas, aunque uno de ellos consiguiera huir, quizá motivado por querer vengar la muerte de su compañero o porque no pudo morir al accionar la segunda explosión.

—O quizá porque no vio cumplida su marcha al paraíso como tenían pensado, ya que, según leí en el informe, su compañero murió sin poder detonar su chaleco explosivo.

—Puede ser.

—¿Y sobre el método que emplearon?

—Muy bien entrenados. Nada de aficionados, fríos, con dominio de sí mismos. El objetivo era generar una matanza, no la destrucción de los edificios. Tenemos unas imágenes, que no se han hecho públicas, en las que se observa cómo avanzan entre los escombros y rematan a los heridos, sin distinción de edad o sexo. ¿Quieres verlas antes de que las clasifiquemos?

—No.

—Esa guerra urbana, moviéndose con sus fusiles por las calles y matando indiscriminadamente, es exactamente igual, el mismo *modus*

operandi, que lo que hicieron hace años en el ataque terrorista en Bombay, concretamente en el hotel Taj Mahal Palace.

—¿Alguna pista sobre la furgoneta que llevaba la carga explosiva?

—De la furgoneta no quedó casi nada. Una puerta fue encontrada en un parque de perros cercano y un trozo del techo fue a parar al ático de un edificio de oficinas, varias manzanas más abajo. Sin embargo, hemos podido averiguar que el vehículo fue robado en Barcelona, en un suburbio de mayoría musulmana. En cuanto a la segunda explosión, adosaron al azar la bomba lapa a un vehículo que se encontraba en la zona.

—¿Y ese dato lo conoce la Policía Nacional?

—No. Todavía no. Ellos creen que fue robado en otro lugar. Pero en unos minutos pasaremos toda esta información a las autoridades.

—Ya, vosotros siempre por la delantera. Por algo sois el Servicio Clandestino...

—Éramos —le interrumpió—. Mis empleados están preparando un dossier definitivo con todos los datos que poseemos sobre el ataque terrorista. De hecho, será el último que vayamos a realizar para las Fuerzas de Seguridad del Estado. Como ya sabes, cerramos, o más bien, nos cierran.

Carlos se repantingó en su asiento.

—El informe de la investigación parlamentaria se hará público en breve y pondrá al descubierto las lagunas y errores en materia de seguridad que hubieran podido prevenir el atentado. Sin embargo, durante los años de existencia de esta organización, dentro del CNI, tú has frustrado más de diez atentados en suelo español. ¿Crees que eres prescindible en estos momentos?

—Eso no quiere decir que ahora haya fracasado en mi labor de inteligencia. —Hizo una pausa y añadió—: Ha muerto mucha gente inocente, Carlos. Lo vi venir, pero no pude evitarlo.

—Comprendo que lo consideres como una afrenta personal, pero dadas las circunstancias... Con el país todavía digiriendo lo sucedido... Con cada vez mayor número de musulmanes en Europa abrazando el islam más radical y dispuestos a asesinar en su nombre y así entrar al paraíso como mártires, no creo que lo más prudente sea que tú y tu equipo paséis al retiro forzoso o a otros departamentos sin mayor interés para la seguridad del país. Como dijo Shakespeare, como los buenos capitanes de navíos en tiempos de tempestad, el capitán debe mantenerse en el puente de mando.

—¿Eso dijo el autor inglés? —inquirió alzando las cejas—. Tengo mis dudas.

Un denso silencio se extendió entre los dos. Julián apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó las manos como un penitente, alzó la mirada hacia el techo un instante para luego dirigirla hacia su visitante, y preguntó finalmente, yendo directamente al grano:

—¿Por qué has venido a verme, Carlos?

—Tengo una oferta que plantearte —repuso con voz queda—. La creación de una nueva organización. Y he propuesto que tú la dirijas. Ya no tendrás ninguna relación con el Ministerio del Interior. Únicamente responderás ante mí.

—Esto lo sabe el rey, lógicamente.

—A ti eso no te debe preocupar. Solo tienes que firmar los documentos que tengo preparados aquí, en mi carpeta —dijo sacando un fajo de folios—, y que sabes que son el preludio de una relación entre empleado y jefe. La naturaleza de buena sobra lo sabes: confidencialidad, nada de futuras memorias contando batallitas, nada de escribir novelas de espionaje, nada de entrevistas con periodistas... A partir de este momento, ya no responderás ante el ministro, solo ante mí. Yo soy el representante de la Casa Real. El rey de España es el jefe del Estado, posee el mando supremo de las Fuerzas Armadas, es capitán general de los Ejércitos, y bajo su consentimiento, aunque nunca se hará público ni oficial, te estoy dando pleno poder para proteger a España, sin ataduras del Gobierno, sin interferencias de políticos arribistas y melifluos. Estamos en guerra contra el islamismo más radical que se propone destruir los intereses de España y de Occidente. Ha causado en este atentado el suficiente daño como para tomar unas medidas tan delicadas y extremas como las que te estoy planteando.

Julián lo miró con una expresión paciente y perspicaz.

—¿Tienes idea de cuántos millones de euros puede costar lo que me estás diciendo?

Carlos esbozó una forzada sonrisa.

—Como dijo el poeta Manuel Machado, va siendo hora de limpiar la broza y labrar de nuevo el campo.

—Tengo mis dudas de que el dramaturgo pusiera eso por escrito y de que ni siquiera lo dijese —contestó con una sonrisa más irónica que simpática, inclinándose hacia adelante—. Te lo vuelvo a preguntar: ¿has llegado a pensar qué coste tendría construir desde cero una organización como la que me estás planteando?

—Hemos sopesado bastante esta toma de decisión. Esta es una nueva

organización que sigue los patrones del servicio de inteligencia israelí. Pero la diferencia estriba en que esta será secreta. Tras la firma de estos documentos, dispondrás de la autoridad necesaria para retirar de la circulación a potenciales terroristas antes de que estos atenten contra España, sus intereses y nuestros ciudadanos.

La información que consideraron necesaria fue trasladada a los departamentos competentes de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Sin embargo, no fue entregado ningún aparato electrónico ni ningún otro material. Todo se eliminó, se destruyó, pero antes se guardó la información privilegiada.

Pasaron seis meses antes de que todo estuviera preparado. El edificio con ventanas blindadas carecía de puerta de acceso desde la calle. Su arquitectura era singular y discreta. Una placa metálica en la fachada informaba de que el inmueble albergaba la Sociedad Cervantina de Literatura Clásica Española. Entre los empleados comenzaron a llamarlo «el Cervantes». Había una verja negra que lo separaba de la acera con una entrada que no era sino un habitáculo para un miembro de seguridad que se encargaba de vigilar el edificio desde todos los ángulos. La mayoría de los empleados entraba por el garaje situado en la parte trasera, un ascensor y varias puertas de seguridad. Otros, como Laura, Goyo y Julián, lo hacían a través de una librería anexa comunicada con el edificio mediante un ascensor situado tras la puerta trasera, al que se accedía a través de un ropero.

El edificio del Cervantes se componía de un sótano, donde había una cafetería, un gimnasio con el equipo más moderno de máquinas de musculación y dos vestuarios, para hombres y mujeres, con duchas y baño de vapor. En la primera planta estaba el equipo de documentación; en la segunda y tercera planta estaban el departamento de Investigación en Criptología y Seguridad y el departamento de Tratamiento de la Información y las Comunicaciones. En la planta cuarta estaba la impresionante sala de operaciones, que albergaba lo último en tecnología. Para acceder a ella había que franquear una puerta de vidrio blindado. Tenía un techo bajo y había docenas de pantallas planas en las que trabajaban expertos concienzudamente seleccionados para el puesto. Una enorme pantalla central mostraba docenas de imágenes a la vez. En el centro de la sala estaba sentada Laura, frente a una consola de comunicaciones. Desde su puesto podía supervisar todo lo

que acontecía en tiempo real en cualquier punto de España y del mundo, a través de cámaras de seguridad privadas o vía satélite.

Tenían a su disposición los más sofisticados drones, controlados por medio de un sistema de control satelital por el cual podían realizar tareas de vigilancia sostenida y espionaje, marcar objetivos y realizar fotografías aéreas. Incluso en el hangar de un aeródromo militar podían hacer uso de un dron del tamaño de un autobús, adquirido a una empresa de seguridad privada británica. El especial potencial de aquel peculiar dron, llamado Taranis en honor al dios celta del trueno, radicaba en que, a pesar de su tamaño, se trataba de un avión difícilmente detectable por los radares y en que podía realizar ataques precisos en un amplio rango fuera de las fronteras españolas.

El despacho de Julián estaba junto a la sala de operaciones, y en el extremo opuesto se hallaba el de Goyo. Aun con un carácter a veces despiadado en su toma de decisiones sin remordimiento alguno, Julián sabía que era extremadamente bueno en sus funciones, y si un día él tuviese que dejar de dirigir aquella institución, Goyo estaría capacitado para encargarse de ello.

Al frente de la sala de operaciones estaba Laura. Poseía aquello de lo que los dos juntos carecían: belleza, juventud, elegancia en el vestir y, desde luego, una buena forma física, casi excesiva. Su madre era alemana, y su padre, español. Ambos fallecieron en un atentado terrorista en Londres. Varios coches y un autobús de doble piso fueron abrasados en la vía pública y quedaron convertidos en un amasijo de hierros, con gente sangrando y malherida. Ella salió despedida por la onda expansiva y cayó en la calzada, a varios metros de distancia. Durante días, los médicos se afanaron por salvar su vida, y tras su recuperación fue adoptada por sus familiares españoles, pero aunque creció en España, fue en Alemania donde cursó sus estudios universitarios en ingeniería industrial. Sin embargo, tenía como propósito trabajar en el Cuerpo de Seguridad del Estado para evitar futuros males causados por terroristas a gente inocente. Lo consiguió tras ser reclutada personalmente por Julián, que por entonces monitorizaba posibles candidatos para su organización clandestina.

En el Cervantes no habían tenido un solo día de descanso. Julián quiso mantener la presión entre sus agentes. Quiso que siguiera en el ambiente de trabajo, y entre las conversaciones de café, la sensación de encontrar a los autores intelectuales del atentado.

En el informe de balística no había nada concluyente que les sorprendiera. En la época de Sadam Hussein, ambiciosos proveedores de armas estaban muy organizados: operaron durante más de una década bajo las sanciones de la ONU, apañándose ellos mismos para la obtención de armamento. Eran muy listos y habilidosos. Cuando el régimen baazista de Sadam cayó, cambiaron de bando y aportaron métodos y logística al califato del Estado Islámico. Con los proyectiles encontrados en el atentado de Madrid comenzaron a escudriñar su pasado y las asociaciones comerciales, como la reventa a terceros sin autorización. Y como sucedía con los Kalashnikov que utilizaron los dos terroristas, seguían el mismo patrón que otras veces, fabricado en el Este de Europa. Un arma podía ser fabricada en Bulgaria y exportada a los Estados Unidos, para luego reexportarla y desviada a los islamistas radicales de Irak, Siria u otro país. Todo en un máximo de cincuenta días. Las fronteras eran porosas y los fusiles de asalto podían haber llegado a España desde cualquier punto. Por lo tanto, se fijaron como objetivo prioritario la empresa de exportación de fármacos de la India que había estado dirigiendo en España el terrorista muerto en el atentado.

Habían rastreado vía satélite la dirección de la fábrica, al norte de la india, en el Estado de Uttar Pradesh, pero aquella nave industrial estaba vacía. Se habían mudado a otro sitio más seguro y resguardado.

Julián entró en la sala ubicada para las reuniones privadas; las paredes eran de cristal y la puerta hermética. Quería discutir la viabilidad de reclutar de nuevo a David Ribas. La misión de alto riesgo podría resultar imposible, pero él sabía que no había mejor agente infiltrado en todo el sur de Asia que David, y así lo dijo. Les propuso viajar él personalmente a buscarlo.

—¿Estás seguro de que sigue en la India? —le preguntó escéptico

Goyo.

—Si no ha cruzado la frontera, debe de seguir allí —contestó Julián, encogiéndose de hombros y abriendo las palmas de las manos.

—¿Y si ha muerto por alguna enfermedad? —agregó de nuevo Goyo—. Porque en las condiciones en que debe de vivir estará expuesto al paludismo, malaria, cólera...

—No —respondió Julián.

—Desde hace días hemos estudiado varias imágenes proporcionadas por el servicio de inteligencia indio, de sospechosos y conocidos miembros del crimen organizado de Bombay, entrando y saliendo en varios aeropuertos, pero a él no se le ha visto en público, es como si se hubiera desvanecido —comentó Laura—. Quizá esté dando caza a los terroristas que cometieron el atentado del hotel Taj Mahal Palace de Bombay. ¿No creéis que ya tiene tarea suficiente con eso? ¿Y si lo dejamos que viva su propia vida?

Goyo se permitió una sonrisa irónica y añadió:

—Oficialmente está muerto y a los muertos es mejor dejarlos en paz, en sus tumbas bien enterrados.

—Sí, porque los muertos cuando vuelven del más allá no suelen traer muy buen humor —sonrió a su vez Laura.

—Creedme, él es nuestro hombre —aseguró Julián—. Exteriormente quizá no lo muestre, pero estoy plenamente convencido de que en su interior se está haciendo añicos.

—Se está volviendo vulnerable, quieres decir... —sugirió Laura.

—No, al contrario —replicó de forma exasperada—. Se está volviendo más peligroso, porque necesita probarse a sí mismo a través de la violencia. Tened en cuenta que está persiguiendo por su cuenta a terroristas infiltrados en la India desde hace ya mucho tiempo. Su propósito no es llevarlos a la justicia, prevaleciendo el peso de la ley sobre ellos, sino matarlos. Acabará con una célula infiltrada, para rastrear otra después, localizar a sus miembros y eliminarlos. No parará. Esa es su actitud, la violencia. Tengo que convencerlo de que cambie por el momento su misión personal por otra, que tiene en común el mismo objetivo: acabar con un grupo terrorista islámico. Quizá esto estimule su ansia de obtener venganza.

Goyo se quedó pensativo unos segundos y dijo:

—Nuestros terroristas estudiaron muy exhaustivamente su objetivo. Conocían Madrid.

—Estoy convencida de que debieron recibir ayuda de un compatriota

nuestro.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Julián.

—Que el estudio sobre el terreno lo hizo otra persona por ellos —respondió Laura—. Una célula clandestina que deben de tener en Madrid. Seguramente se trate solo de una persona. Por ejemplo, un ciudadano español, siguiendo todos los cánones de una persona supuestamente normal, sin afiliación pública a ningún grupo islámico, sin acercarse a una mezquita para no entrar en los radares de control, ya sabéis, para no llamar la atención.

—En todo caso, debemos seguir la pista del terrorista muerto —argumentó Goyo—, que nos lleva a la India y a esa empresa exportadora.

—A la persona que tengan en Madrid, como célula durmiente, hay que dejarla —argumentó Julián—, ya que está escondida a la espera de órdenes. Nuestro interés es adelantarnos a su siguiente paso. Tenemos que estudiar la conexión con la India, su entramado con ojos de terroristas, ponernos en su piel, conocer sus puntos débiles y de este modo antepónernos a sus decisiones. Si queremos coger de raíz a la célula durmiente que tienen en España y atrapar al terrorista huido, debemos utilizar a David, porque encontrando a quien dirige esa empresa conseguiremos descubrir quién está detrás.

—Si consigues dar con él, y lo reclutamos para esta misión —dijo Laura—, debe saber cómo infiltrarse.

—Efectivamente, y eso no podemos hacerlo nosotros desde aquí, a pesar de toda nuestra innovadora tecnología —agregó Julián asintiendo con la cabeza.

SEGUNDA PARTE
EL AGENTE RENACIDO

Aquella tarde Julián metía su muda y cuatro cosas más en una maleta de mano. Como volaba en primera, el proceso de facturación solo duró escasos minutos. La joven del mostrador marcó con un círculo la puerta de embarque en la tarjeta y le indicó el área de control de seguridad. Al cabo de una media hora, colocaba el equipaje de mano en el compartimento superior y ocupaba su asiento en primera clase del vuelo de Iberia a Londres, donde cogió su enlace con destino al aeropuerto internacional Chatrapati Shivaji de Bombay.

El funcionario de inmigración le preguntó por la naturaleza de su visita, pero Julián no alcanzó a entender su marcado acento anglo-indio. Antes de que le pidiera que se lo repitiese, el hombre le obsequió con una cálida sonrisa, estampó su pasaporte con un ruido seco y se lo devolvió sin apenas mirarlo.

—Gracias —dijo Julián antes de tomar el pasillo que conducía a la sala de recogida de maletas.

En el vestíbulo de llegadas, un conductor sij vestido con un pulcro uniforme azul oscuro, y luciendo una expresión de absoluto aburrimiento, sostenía un papel en el que se leía JULIÁN FERNÁNDEZ. El español hizo un gesto con el dedo índice y el sij se apresuró a coger su maleta.

Tras salir del aeropuerto, sentado en el flamante Mercedes del hotel Taj Mahal Palace, Julián miraba por la ventana bien abierta sin perderse ningún detalle de todo lo que pasaba en el exterior. Rechazó el intento del conductor de poner el aire acondicionado. El indio refunfuñó para sus adentros. Todo era verde y limpio, y el aire le refrescaba tras las muchas horas de vuelo. Pero el paisaje fue cambiando radicalmente. Los árboles y plantas bien cuidadas de las inmediaciones del aeropuerto, y la carretera ancha y despejada, fueron transformándose. Tras parar en un semáforo en rojo, un grupo de niños harapientos fueron directos al vehículo y comenzaron a pedirle dinero con el brazo extendido y las palmas de las manos abiertas. Metieron las cabezas en el interior y el conductor tuvo que intervenir a gritos. Tras ahuyentar a los pequeños, subió la ventana y aconsejó al pasajero que no la bajase. Ante

todo, no solo estaba su seguridad, sino que, si le ocurriese algo, aunque fuese una leve herida o un robo, él como conductor sería responsable y expulsado del puesto de trabajo. Después de aquella triste experiencia, Julián no le llevó la contraria.

Cuando llegaron al centro de la ciudad, conforme circulaban por diversas calles estrechas —según el conductor, un atajo para evitar el tráfico—, Julián vio muchas motos con dos e incluso cuatro pasajeros, *rickshaws*, enormes carteles publicitando la última producción de Bollywood, gente en todas partes y un grupo de vacas acampadas a sus anchas junto a una parada de autobús.

Era media mañana cuando llegaron al hotel Taj Mahal Palace. Julián había sido en otra ocasión huésped del mismo hotel, cuando reclutó a David Ribas para una misión en Europa. Sabedor de que la jefa del crimen organizado tenía a sueldo a varios empleados del establecimiento, tras registrarse en la recepción fue al pórtico, y a un sij grandullón, vestido con un estafalario traje rojo de portero, le entregó una nota con su nombre escrito junto al de Hassena Parkar. El sij cogió el papel más el billete de quinientas rupias que le acompañaba, pero no dijo nada.

Para evitar los efectos del *jet lag*, había dormido placenteramente en el avión para, una vez en destino, poder aprovechar el día con energía. Subió a su habitación, se duchó, se cambió de ropa, y mientras se tomaba en el *lobby* un vino blanco que, según él, beneficiaba a su presión arterial, un hombre vestido con el pulcro uniforme de camareros se le acercó y le confirmó que en pocos minutos tendría un coche esperándole en el pórtico.

La rocosa costa que bordeaba la zona donde vivía Hassena tenía su origen en un manglar. Ella había enviado un coche Ambassador al hotel del español para recogerlo y llevarle a su residencia. Sentado en el asiento de atrás, pudo observar por la ventana a muchísimos niños jugando y nadando a lo largo de la orilla. Hacía unos minutos que había salido del otro lado de la bahía, donde se levantan los apartamentos de lujo de la gente millonaria de Bombay y donde los actores de Bollywood tienen sus exquisitos apartamentos, con grandes jardines al aire libre donde hacen sus ejercicios de yoga por las mañanas muy temprano y que utilizan en tiempo de ocio.

Llegaron al risco rocoso del suburbio. Las mujeres tendían sus coloridos saris. El aire era fresco y puro. Sin embargo, cuando el conductor

aparcó y le indicó que le siguiera, al entrar en el laberinto de calles el olor nauseabundo al que no estaba acostumbrado le resultó espantoso. Julián se fijó en un estercolero repleto junto a la calle y meneó la cabeza. En su contribución a las matemáticas, la India había inventado el cero, el yoga y el ayurveda en beneficio del cuerpo humano, pero en algún momento de su historia sus descendientes se habían desentendido de las causas de la insalubridad pública.

Llegaron a un portal. Las construcciones estaban tan pegadas unas a otras que si no hubiese alzado la cabeza no habría podido saber la enormidad de aquel edificio de cochambroso aspecto exterior.

Un hombre que se presentó como ayudante de Hassena *madame* le recibió con una distinción y una benevolencia singulares. Una vez en el interior, le llevó a una sala llena de gente y le dijo que esperase sentado junto a él en un incómodo banco de madera sin respaldo, igual que el pupitre de los escolares indios.

Los ventiladores del techo no paraban de dar vueltas. El ambiente estaba muy cargado.

Un grupo de hombres estaba situado delante y otros en un extremo.

El ayudante se aproximó a Julián, para decirle algo al oído; el español, al notar su pestilente aliento, se inclinó hacia atrás.

—Estos tipos se pelean en la calle con hachas, cuchillos de cocina y espadas.

—No me digas.

—Sí. Deberían ser detenidos por la policía y meter a los dos bandos rivales en la cárcel. ¿Pero qué hacen? Vienen aquí para que Hassena *madame* tome una decisión. Ella es una mujer muy ocupada.

Durante la semana, Hassena organizaba en aquel amplio salón un foro llamado *majlis*, en el que los habitantes del suburbio le planteaban problemas y disputas entre vecinos o simplemente requerían consejo y ayuda.

Un hombre de pie, situado en el centro, tenía un gran corte en la cara y otro en algún lugar del costado. La sangre iba cayendo, gota a gota, de su rostro; inclinado hacia adelante, con una toalla evitaba que goteara sobre el suelo. Aquellos jóvenes de estómago plano incluso dejaban de comer para comprarse un teléfono móvil de última generación o ropa de imitación para satisfacer su imaginación y acercarse a sus idolatradas estrellas de las películas indias. Muchas veces trasladaban a la vida real lo que veían en la pantalla. Si el protagonista reaccionaba con violencia ante cualquier

desagravio, ¿por qué ellos no lo podían hacer?

Hassena lo miró a los ojos, se dio cuenta de lo joven que era, y preguntó:

—¿Cómo te has hecho esto?

Antes de que respondiese, otro hombre tomó la palabra.

—Peleando contra nosotros, Hassena *madame*.

—Deja que responda por sí mismo.

El hombre que había hablado se tocó el corazón con la palma de la mano, en señal de disculpa, y retrocedió unos pasos, observando al joven que seguía callado. Como el tiempo transcurría, le pegó un sonoro pescozón y el herido se puso a gimotear. Cuando le iba a dar otro golpe, Hassena intervino.

—Deja de pegarle, que poco estás ayudando. —Acercándose al joven, le volvió a preguntar—: ¿Qué es lo que ha pasado?

—Lo siento —gimoteó con los ojos dilatados por el miedo.

—Venga, venga, habla —le incitó Hassena.

—No podía ir mi mujer por la calle sin que la piropeasen.

—¿Y? Nada nuevo que suceda en Bombay.

—Me peleé con ellos.

—Muy bien, me parece correcto. Entonces tú acabaste herido, y todos vosotros, al ver la sangre que echaba, no habéis tenido ninguna otra ocurrencia mejor que venir inmediatamente aquí, cuando donde tenéis que llevarle es a un hospital.

—¡Hassena *madame*! —gimoteó el joven herido, con una determinación no exenta de horror—. Aunque me cure, la pelea continuará. Mis amigos y yo los mataremos.

—Eso no sucederá o seréis expulsados del suburbio —dijo sacando un mapa que desplegó a la vista de todos.

A un bando les dijo que limpiaran las calles de una zona, y al bando contrario que había creado celos a propósito para reírse de él, otra, pero más extensa, y les ordenó acompañar al herido al hospital y sufragar los gastos médicos; de lo contrario, sus casas serían demolidas y todos serían expulsados. El mismo fin tendrían si volvían a hacer bromas de aquel tipo.

Cuando se hubieron ido, muchas mujeres entraron en tropel, dividiéndose en dos grupos. Vestían saris de diversos colores —morado, turquesa, naranja y verde claro—, con pelo negro y liso o trenzado hasta el final de la espalda. Las pulseras de colores que llevaban en las muñecas tintineaban con cada movimiento, al igual que las cadenas de plata atadas en

los tobillos. Aquella escena le pareció a Julián fascinante, digna de algún documental que echaban por la tele.

Siempre a la misma velocidad, los ventiladores seguían dando vueltas. Aun así, la humedad y el calor eran asfixiantes. A lo lejos se oía el ruido de la calle: una moto que pasaba deprisa, timbres de bicicleta, vendedores ambulantes con sus gritos para vender verduras y frutas y algún vehículo tocando interminablemente el claxon.

—Y estas mujeres, ¿qué quieren? —inquirió Julián al asistente.

—Ellas —murmuró señalando hacia un grupo—, un marido para sus hijas. Y estas otras —agregó señalando al otro lado—, una mujer para sus hijos.

Julián asintió con una mueca de sorpresa.

Hassena apalabraba matrimonios con los padres de jóvenes adolescentes. Escuchaba a unos y a otros. Recomendaba uniones sabiendo de antemano que una chica era obediente y austera, y un chico era trabajador, serio y responsable. A fin de cuentas, hacía lo que cualquier madre de la India quería para sus hijas, encontrarles un buen marido. Ella luego los bendecía tras la decisión. Más adelante, en el día de la boda, hacía un generoso regalo a la pareja, e incluso en alguna ocasión había ofrecido a los recién casados un pequeño y modesto apartamento como vivienda. Si el futuro marido y padre de familia se dedicaba a cierta profesión manual, ella se aseguraba de regalar un utensilio necesario para su labor: una motocicleta, utensilios de carpintería, herramientas de mecánica o incluso una pequeña barca o un par de búfalos o cabras. A las mujeres siempre les regalaba una máquina de coser, unas veces a pedal, otras veces eléctrica, de la marca Yuki.

Tras finalizar y quedar contentas todas las mujeres, la sala se fue quedando vacía y el asistente le indicó al español que se acercara. Tras aproximarse, le tendió la mano, pero Hassena la rechazó diplomáticamente juntando las dos palmas de sus manos a la altura del pecho en forma de saludo y respeto. Julián tomó asiento.

—*Chai bono* —ordenó Hassena a su asistente, y él fue a preparar el té, ritual de cortesía durante las conversaciones con personas especiales.

El tono que empleaba con su asistente era determinante, pero no severo. Además, era el único tono con el que su empleado se sentía respetado y cómodo. Quizá en él había un amor de vasallaje.

El té en tazas de porcelana llegó en escasos segundos, como si todo ya estuviera listo y preparado para servir de antemano, junto con platos de fruta

fresca y anchos cuencos con pistachos y anacardos.

Julián decidió romper el silencio reinante.

—Quiero que sepa que me importa mucho que David invierta su tiempo aquí, en la India. Le conozco desde hace muchos años y conocí a su mujer. Pero dígame, por curiosidad, ¿por qué lo quiere usted aquí?

Hassena le escuchaba mientras empezaba a pelar muy despacio una manzana sobre un plato, quitando la piel de una sola tira, y luego cortaba la fruta en pequeños trozos. Levantando la mano, le señaló que probase el té.

—¿Quiere saber por qué quiero a su mejor hombre? —preguntó al cabo de un instante.

—Sí —respondió Julián con serenidad tras tomar dos sorbos del azucarado líquido marrón.

—Porque asume la tarea de cambiar el mundo en el que vivimos, mientras que otros, en cambio, no se atreven ni siquiera a soñarlo —dijo con la seguridad de quien sabe que está en lo cierto—. Esto es lo que tiene de especial David.

Julián quedó sorprendido, y al mismo tiempo, furioso consigo mismo. Había conservado hasta el momento el prejuicio de que una mujer, jefa del crimen organizado, no podría tener esa clase de raciocinio.

Tras un largo silencio, ella inquirió:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito encontrar una empresa que se dedica a la exportación de productos farmacéuticos.

Hassena no parecía muy convencida.

—¿Aquí en Bombay?

—No, según nuestras informaciones, debe de estar operando en los alrededores de la ciudad de Benarés.

Hassena terminó de comer un trozo de fruta mientras mostraba un gran desinterés.

—Eso queda muy lejos de aquí.

—Pero no de sus tentáculos, que llegan hasta el último rincón de la India.

Sin pronunciar palabra, Julián dejó sobre la mesa varios documentos que incluían fotografías captadas por satélite de la nave industrial, con el nombre KHAN ENTERPRISES, y su dirección en el estado norteño de Uttar Pradesh.

Hassena, tras observarlo todo como si en realidad no le importara lo

más mínimo, meneó la cabeza, escéptica.

—Va usted adentrándose en un terreno algo sensible —dijo en un tono suspicaz—. ¿Por qué es tan importante esa empresa?

—Tenemos constancia de que el Estado Islámico ha utilizado ese negocio como tapadera para financiar actos terroristas. El último ha sucedido en Madrid, y queremos poner fin a la muerte de personas inocentes y...

—Y encontrar a los culpables —le interrumpió.

—Con ayuda de un hombre que lleva ya mucho tiempo muerto —replicó enseguida Julián.

La mafiosa sonrió. Sintió un repentino arranque de afecto por aquel extranjero que tenía enfrente, un sentimiento que parecería proceder, y a la vez depender, de las diferencias entre ambos.

David Ribas se encontraba en la zona de entrenamiento de la Akhara, la escuela de lucha. El español tenía, como de costumbre, a un contrincante más grande y pesado. Ambos iban desnudos, excepto por un calzón llamado *langot*. Practicaban el *kushti*, la lucha libre de la India existente desde hace 2500 años, una disciplina en la que dos luchadores pelean sobre un cuadrilátero de arena; gana quien logra que su adversario quede inmovilizado con los hombros tocando el suelo. El oponente consiguió hacer uso de varias llaves y casi logró echar a David de la arena. Cambiando la situación a su favor, David, en un rápido movimiento de manos, lo apartó y con una palanca lo tiró al suelo, bloqueándolo con piernas y brazos. El oponente, haciendo lo posible por desasirse, fue perdiendo ímpetu hasta que quedó completamente quieto en la arena e hizo un gesto con la mano que indicaba rendición. Jadeando, David se levantó y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse; ambos se abrazaron y rieron.

El maestro, al que todos llamaban simplemente Gurú, le hizo una seña. David se aproximó y le saludó con respeto, juntando las palmas de las manos a la altura del pecho. Gurú le señaló con el pulgar al visitante, que permanecía de pie a la sombra de una palmera, vestido pulcramente con chinos y chaqueta deportiva, y les dejó solos.

La oportunidad de saludar a un muerto era algo que no ocurría todos los días, pero eso fue exactamente lo que ocurrió cuando ambos se quedaron cara a cara. David Ribas había muerto hacía unos años en la India, víctima del terrorismo islámico. Julián permaneció frente a él sin decir nada, sorprendido por el aspecto físico que presentaba su compatriota. David se acercó descalzo, caminando con agilidad y aplomo. Era de estatura media. Su piel estaba muy bronceada, sus antebrazos, péticos y llenos de venas, y hombros anchos; con su imponente físico parecía tener un cuerpo diseñado con la finalidad de matar. El rostro de David se iluminó con una amplia sonrisa y dijo:

—Antes de darme un abrazo, debo quitarme toda esta arena.

Julián se rio.

—Descuida, que no te lo iba a dar con ese taparrabos y ese sudor por todo el cuerpo —dijo recorriendo con la mirada la recia figura de David—. Pero me alegro mucho de verte. Estás irreconocible con ese pelo y esa barba.

David no dijo nada, fue a un rincón y llenó medio cubo de plástico con agua del grifo. Sentado en cuclillas, con ayuda de una pastilla de jabón Dettol, se lavó con fruición cara, pecho, axilas y brazos.

—Tengo que quitarme toda esta arena antes de ducharme y vestirme.

—Es todo un arte lavarse así —comentó Julián a escasos metros, arqueando las cejas—. En Occidente deberíamos aprender. Hoy hasta para lavarse los dientes se deja el grifo abierto durante minutos, y luego se enjuagan, así que imagina los litros que se gastan al ducharse.

—Aquí se procura no desperdiciar una sola gota. ¿Te apetece un té? —le preguntó mientras se ponía una toalla sobre los hombros.

—No, gracias. Ya tomé uno de esos brebajes. Por cierto, aun considerando que eres un difunto, tienes un aspecto horrible.

David sonrió y se peinó su abundante cabellera mojada con las yemas de los dedos.

—La verdad es que no he parado últimamente, y he perdido peso.

Caminaron por un terreno de gravilla, bajo el intenso ruido del graznido de los cuervos que sobrevolaban el área. Su cuerpo atlético le evidenciaba como occidental, pero su manera de caminar, decidida y con desenvoltura, era a todas luces de un indio del norte.

—El director de este centro no parecía muy contento al verme —dijo Julián señalando a Gurú, que, a lo lejos, daba instrucciones de lucha sobre la arena a varios estudiantes.

—Es mejor que hablemos fuera de aquí. En este lugar formamos una especie de cofradía cerrada al público, y de hecho los blancos lo tienen prohibido.

—Pero tú eres blanco.

—Para Gurú, que es como se llama el director de esta escuela de lucha, yo soy uno de ellos. ¿Cómo has llegado hasta aquí, con el chófer de Hassena?

—Sí.

—Le diré que te llevo yo de vuelta. Por el camino hablaremos.

David le dijo que le esperara fuera y él entró en una habitación. Durante ese tiempo varios luchadores indios caminaron frente a Julián y le lanzaron miradas inquisitivas, cargadas de desconfianza.

Tras algunos minutos, David salió con ropa limpia: una camiseta lisa de color marrón, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. Cruzaron la entrada y salieron a la calle. David se aproximó al conductor que había traído a Julián y lo despidió cortésmente.

—Desde luego, aquí no hay tensiones por los parquímetros —comentó Julián.

—Sube —le conminó David señalando su Royal Enfield.

—¡Pero no irás a llevarme en moto! —exclamó.

—Anda, sube.

—¿Y el casco?

—Toma.

—Pero este es para jugar al críquet.

—No importa.

David subió de un salto a la moto, la arrancó de una patada, y cuando Julián se hubo agarrado bien fuerte a los hierros traseros, aceleró rápidamente.

—Dime, ¿por qué has venido?

—Te necesito para trabajar en nuestra nueva organización. Quiero que encuentres una empresa en el norte de la India.

—¿Por qué yo? Ya no soy policía, ni pertenezco a tu organización de inteligencia como operativo. De hecho, me he convertido en casi lo contrario.

Julián le dedicó una mirada de auténtica preocupación.

—Tienes que ser consciente de que ambos compartimos unos mismos intereses, una causa común, un enemigo común. El Estado Islámico está decantándose por la insurgencia, está terminando con el combate en campo abierto. —Comenzó a alzar la voz debido al ruido de otros vehículos—. Por eso están especializándose en explosivos de fabricación casera. Por ejemplo, según nuestros informes, aquí en la India, la red de terrorismo yihadista ha estado comprando detonadores. Pero es la guerra urbana lo que tiene en vilo a Europa occidental.

De pronto, se encontraron con la calle cortada. Estalló un repentino estrépito de instrumentos de música. Para poder seguir hablando, Julián se quitó el casco y tuvo que levantar la voz.

—¿Qué es? ¿Un desfile?

—Algo parecido —respondió David, sonriendo—. Es la procesión de una boda.

Un grupo de niños correteaba entre los vehículos dando rienda suelta a

la estridente y enloquecida música de trompetas y tambores. Otros jóvenes — y no tan jóvenes—, saltaban como acróbatas y se contorsionaban de forma enloquecida.

—Lo que dices sobre el Estado Islámico no es nada nuevo —dijo David, girando el cuello hacia atrás.

—No lo es, cierto. Pero los terroristas que atentaron en Madrid recibieron financiación a través de una empresa en Benarés. Necesito que la encuentres y que obtengas de allí toda la información que puedas sobre la relación que tienen con el Estado Islámico. Estamos seguros de que el terrorista que consiguió huir pronto atacará de nuevo —la estridente música iba en aumento y tuvo que alzar la voz—. Creemos que incluso deben tener una célula durmiente en España.

Varios conductores se bajaron de sus vehículos y se unieron al baile, imitando poses de escenas de Bollywood. Un niño con el rostro iluminado de feliz entusiasmo comenzó a bailar frente a ellos con movimientos espasmódicos. Los dos españoles se rieron.

—Desde luego, debo decirte que vives en un mundo encerrado en otro —comentó Julián a voz en grito para hacerse oír, permitiéndose un pequeño movimiento de hombros al ritmo de los palpitantes tambores.

Se elevó un rugido procedente de la multitud.

—Van a pasar por aquí —dijo David.

—¿Quiénes?

—La familia del novio.

David se bajó de la motocicleta y Julián le imitó. Empujó la pesada moto hasta el borde de la carretera, puso el caballete y presenciaron el espectáculo. Los miembros de la familia del novio caminaban alrededor de él, que iba sentado sobre un caballo; el joven iba ataviado con un precioso vestido para tal ocasión y un prominente gorro blanco con tiras que cubrían parcialmente su rostro. Mientras muchos bailaban, otros familiares iban detrás sosteniendo una tela para atrapar los billetes de rupias que la multitud les lanzaba. Un grupo de niñas tiraba al aire pétalos de crisantemos.

—Dame un billete —dijo David sin poder reprimir una sonrisa.

—No me dirás...

—Venga, venga, no seas rácano.

Julián sacó de su monedero varios billetes de rupias. David los cogió con una sonrisa y se unió a la maraña de cuerpos que fervientemente se movían al son de la música. Trastabillando, se acercó a los familiares y dejó

el dinero sobre la tela llena de billetes de distintas cantidades. Con los brazos extendidos al aire comenzó a dar bandazos y sin dejar de reír.

La muchedumbre poco a poco fue yendo calle arriba con su rítmico baile, y a medida que la música menguaba, quedando reducida a un simple eco, el tráfico volvió a reanudarse y David se concentró en la carretera.

—¿No te vuelve loco este tiempo? —preguntó Julián al cabo de unos minutos, después de haber adelantado a un autobús que echaba un humo negro espeso por el tubo de escape, agravando la asfixiante sensación que inundaba el ambiente.

—Si lo dices por la humedad, siempre es así justo antes del monzón.

—No sé cómo lo soportas.

—Me encanta la lluvia.

—¿Aunque convierta todo en un pantano?

—Así es. Pero debo decirte que no es tan malo visto desde fuera.

El siguiente semáforo se puso en rojo. Sobre la acera había un grupo de perros callejeros. Durante el día eran amigables y cobardes, pero durante la noche formaban manadas y eran feroces y muy peligrosos, ávidos de sangre. La agresividad era tal que mataban a bebés y niños pequeños que vivían en las calles. Los pequeños cuerpos se podían encontrar entre los raíles de tren desgarrados y hechos trizas.

—A mí no me intentes convencer —dijo—. No viviría aquí ni loco. Toda esa gente apelotonada, ese hedor... ¿Qué hay en ellos para que te atraigan tanto?

—¿Es que debe existir siempre una justificación para tus actos?

—La verdad, no sé qué decirte, pero si debo responderte, ahora mismo no me encuentro predispuesto para estar filosofando.

—Pues te diré que la capacidad que tienen de hacerme sentir que soy algo, alguien.

—Si la filosofía consiste en averiguar el sentido de lo que decimos, yo a ti no te entiendo —dijo Julián elevando la voz sobre el zumbido del tráfico.

—La música tan ruidosa que has escuchado antes es una ejercitación inconsciente en la filosofía de la vida de esas personas. Y ese olor que mencionaste, para la gente de los suburbios significa psicológicamente que están protegidos por la desgracia colectiva de peligros de otras zonas más limpias.

—¿Cómo el de la ley y de la justicia?

—Exactamente.

Más de un transeúnte y conductores de vehículos se reían observando con alegría e interés a un blanco, un *gora*, sentado en una moto Royal Enfield. En cuanto al conductor, daba la impresión por su aspecto descuidado que o era un *hippy* extranjero o un guía indio panyabí.

Ya en la zona de Colaba rodearon Wellington Fountain, pasaron junto al cine Regal, donde las últimas superproducciones de Bollywood se estrenaban: en el exterior había un póster gigante que anunciaba un próximo estreno. Durante los últimos años, David había hecho aquel recorrido muchas veces y siempre le parecía que era la primera vez: Bombay siempre resultaba inspiradora y excitante.

David paró la moto al borde de la carretera, frente al malecón, donde había grupos nutridos frente al mar, en familia y en parejas, sentados en el ancho pretil de piedra, comiendo *snacks*, hablando, tomando fotos o caminando. Alzó la cabeza y se quedó mirando el imponente edificio del hotel Taj Mahal Palace, construido hacía ya más de un siglo. A su memoria regresaron imágenes del pasado.

—Todo comenzó en ese edificio —comentó—. Mi misión como operativo, encomendaba por ti, era supervisar la seguridad del hotel antes del viaje de los reyes. Mi análisis, como te hice saber nada más llegar, no era positivo. Había lagunas en seguridad tremendas. Predije que aquello era como invitar a los terroristas a que entrasen e hiciesen la masacre que quisieran, y eso hicieron. Por desgracia, mis predicciones resultaron acertadas.

Entre ellos se hizo el silencio, con el sol cegador de la tarde en lo alto de un cielo sin nubes y una brisa suave del mar. David deseó prolongar aquel instante un poco más.

Julián se bajó del asiento, se quitó el casco y quedó de pie en la acera. Él había conocido a su mujer, ejecutada fríamente junto a otros huéspedes durante el asedio al hotel perpetrado por terroristas islamistas que llegaron por mar desde la costa pakistaní. Le puso un brazo encima del hombro y dijo:

—El problema no tiene solución porque es impensable que en Europa se prohíba el islam, ni siquiera que se controle, y porque el coste en derechos y libertades sería demasiado grande y nadie va a querer asumirlo. La cosa va para largo y habrá más atentados y sufrimiento. El islam radical va en aumento. Estamos en guerra contra un enemigo global. Hay un enemigo dispuesto a acabar con nosotros, el mismo que acabó con tu mujer. Esta guerra que nos ha caído encima se gana o se pierde en casa. —Le tendió el

casco, que David colgó sobre el manillar sin decir nada, apartando la mirada de Julián y posándola sobre el horizonte del mar Árabe.

Julián hizo una pausa para limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo de bolsillo. Rompiendo el silencio, declaró secamente:

—Habla con Hassena y confírmame que aceptas. Además, te voy a dar un consejo, conviene que salgas de este país más a menudo. El mundo está en cambio constante desde que te moriste. Vuelvo a Madrid en el vuelo de British Airways de esta noche. Y qué decir que me alegraría mucho volver a verte.

Por mucho que lo sentía, no esperó a una réplica, le dio la espalda y se fue caminando por la acera entre la gente, mientras el ruido de los vehículos envolvía el ambiente. El viento de la tarde empezaba a arreciar.

A las pocas horas, cuando hubo realizado el pago en recepción y caminaba por el *lobby* en dirección al pórtico, donde el Mercedes le estaba esperando para llevarle al aeropuerto, un desconocido se acercó y le tendió un trozo de papel cuadriculado antes de marcharse con rapidez por donde había llegado. La cuartilla había sido arrancada de un cuaderno barato y su escueto mensaje, escrito a bolígrafo, decía: «Estoy de camino a Benarés. Tendrás noticias mías. David». Julián Fernández esbozó un gesto a medio camino entre la sonrisa y la mueca: acababa de ganar una batalla.

Gente y más gente iba y venía en todas las direcciones. Motocicletas con dos, tres o cuatro pasajeros zigzagueaban entre los coches. Muchas bicicletas de tres ruedas transportaban sacos, cajas de cartón y bidones metálicos. Un autobús lleno de pasajeros de pie, sentados, mirando por las ventanas y colgados en los laterales de la carrocería pasó con absoluto arte circense.

David cruzó la calle como si nada, esquivando coches, *autorickshaws* con su peculiar y ruidoso motor, bicicletas, motos y camionetas con sus cargas tapadas con plásticos atados con cuerdas. En las fachadas había rótulos en hindi de diferentes colores y formas. Montones de cables eléctricos enrollados surcaban por encima de las cabezas de los transeúntes sin ningún tipo de orden. Por si todo esto no fuera poco, anuncios con imágenes de personas risueñas decoraban el paisaje urbano.

Una ciudad llena de vida, pero a su vez una antesala de la muerte: es el sueño de todo hinduista morir en Benarés y que sus cenizas sean arrojadas al Ganges, donde el río fluye en dirección norte, lo cual le confiere su carácter sagrado. La gran contaminación y suciedad, tanto en el río como en las calles, el completo caos, la falta de higiene en puestos de comida, restaurantes, hoteles baratos y albergues, hace que sea un destino únicamente recomendado para los más avezados y curtidos viajeros.

En todas las esquinas había presencia de comida: gente friendo, vendiendo tabaco de mascar y haciendo zumos de toda clase de frutas. Las vacas, empeorando el tráfico o en el borde de las calles, se movían a su ritmo lento, con la cabeza baja, como si de aquel sucio asfalto pudieran sacar algo con que rumiar.

Recorrió varios kilómetros en la ciudad, preguntando por la dirección a la que se dirigía, recorriendo lugares cuyo acceso solo era permitido al viandante, sin que pudiera entrar vehículo alguno. Los niños jugaban y correteaban por las intrincadas calles y rincones. Las casas eran altas y con muchas ventanas, con ropa y sábanas tendidas de todo tipo de colores.

Se encontró con un grupo de *sadhus* fumando con ayuda de *chillums* —

pipas de barro con forma de embudo para fumar hachís—. El humo de alrededor estaba tan caliente y espeso que olía muy fuerte. Uno de ellos, tras aspirar con fuerza, se quitó con brusquedad el *chillum* de la boca bruscamente y se lo pasó a otro, que comenzó a chupar con furiosa e idéntica decisión. Preguntó a uno de aquellos sacerdotes hindúes, que estaba sentado en el suelo sobre una sábana leyendo un manoseado libro, y este le indicó en silencio la dirección, alzando su flácido brazo extendido.

Caminó por el adoquinado irregular y los cientos de peldaños de las escaleras que daban acceso a los *ghats* —escalinata que conduce al río—, cruzó un puesto de venta de troncos de madera para las incineraciones al aire libre y por fin se paró en un callejón estrecho, justo al lado del *ghat* Manikarnika, el crematorio con más actividad de la ciudad de Benarés. Había alguna vaca por los alrededores, pero sus excrementos abundaban por todos lados, y también perros y cachorros alimentándose de la basura acumulándose. Si no era ya todo demasiado tenebroso, revoloteaban en el aire cenizas mortuorias.

Entró en un edificio de piedra rojiza que olía fuerte, a una mezcla de incienso y humedad. En su interior había mujeres y niños sentados en el suelo comiendo con las manos arroz y verduras sobre hojas de periódico usado. Una mujer se levantó y se acercó; iba descalza, con anillos en los dedos de los pies y tobilleras que hacían un ruido metálico cuando pisaba las baldosas, vestía con un sari blanco y tenía el pelo gris recogido en un moño.

—¿Qué quieres? —preguntó de sopetón con sorprendente hostilidad, sin duda pensando que se había equivocado de lugar.

—*Ram, ram* —le respondió muy ceremoniosamente David juntando las palmas de sus manos a la altura del pecho—. Busco al señor Karthik Rao.

Después de mover un lado a otro la cabeza dando a entender que el lugar en el que se encontraba el extraño visitante era el correcto, la mujer señaló hacia arriba.

—Número cuatro —dijo, con tono gruñón, y volvió a sentarse en el suelo para seguir comiendo.

El hombre que le abrió la puerta cojeaba y se apoyaba de un bastón. Tenía el pelo largo recogido en una coleta y su bigote ancho era negro como el tizón. Una gruesa cadena de metal barato, con el símbolo de Shiva Lingam, colgaba de su cuello. Algo en el olor que desprendía el interior de la vivienda le recordaba a David a la muerte; el incienso era muy intenso, además del humo de las velas.

Le llevó hasta la cocina, desde donde se podían escuchar las campanas de vecinos templos hindúes y el estruendoso ruido de una calle paralela muy concurrida.

Le invitó a sentarse sobre un taburete.

—No creía que llegaras tan pronto —dijo muy despacio Karthik en un marcado hindi, apoyándose en cada palabra; David lo había oído pronunciar a los santones hindúes de los templos—. Pensé que te llevaría más tiempo encontrarme. Este es un sitio muy difícil de acceder, y por este motivo vivo aquí.

Había platos de aluminio, ollas y cazuelas en un rincón del suelo. Todo parecía viejo y decrepito. Una rata asomó por un armario, cruzó con parsimonia el fregadero y salió por la ventana. El español supo que era un devoto hindú que solo esperaba su muerte en aquella ciudad. Había dejado atrás a todo ser querido y bienes materiales y ahora se dedicaba a profundizar en el hinduismo, visitar los *ghats* durante las estipuladas ceremonias religiosas y a morir poco a poco consumido por aquella devoradora ciudad contaminada.

Durante algunos minutos no pronunció palabra mientras encendía el pequeño gas, calentaba una cazuela, y servía en dos vasos de cristal grueso un té especiado con clavo, canela, cardamomo y azúcar.

Se sentó frente al español. Las bolsas hinchadas bajo sus ojos le daban una espiritualizada expresión saturada de dolor y sufrimiento. Comenzó a narrarle lo sucedido.

Karthik Rao había sido un intrépido joven, pero nada prudente, que había sido empleado en diversos trabajos ilegales. Por este motivo, un día le contrató una persona que hacía de soplón para el periódico *The New Vanaras Times* con el fin de entrar en las instalaciones donde operaba una empresa farmacéutica e inspeccionar sus actividades ilícitas.

Él y otro empleado del periódico llegaron en coche a las inmediaciones. Karthik le dijo a su compañero que no encendiera las luces ni se le ocurriese ponerse a jugar con el móvil, y que estuviese pendiente de la pantalla del ordenador portátil, ya que él grabaría en tiempo real lo que viese de interés con su cámara Panasonic.

Era de madrugada cuando, con la cámara digital en la mano, se aproximó a la verja de la entrada. Desde unos metros de distancia vio a dos guardias de seguridad hablando entre ellos. Unos focos alumbraban el edificio y el aparcamiento. Decidió dar la vuelta. Caminando entre hierbas

silvestres, vio un árbol próximo a la valla. Se subió y, colgándose de unas de sus ramas, saltó y cayó en el interior de la propiedad privada. Apretó el botón verde de la cámara y comenzó a grabar. Con el sonido lejano de ladridos de perros y algún graznido de un cuervo sobrevolando el área, se adentró en el interior de la fábrica por una ventana.

Había muchas cajas de cartón apiladas.

En el vehículo, su compañero vio a través de la pantalla del ordenador cómo abría una caja y grababa su interior.

Manteniendo estable la cámara, Karthik sacó varios botes pequeños de cápsulas. Dio la vuelta a la caja y vio que en letras negras estaba inscrito: BARCELONA. SPAIN. Dejó todo como estaba y se fue hacia otra pila de cajas. Movié una de ellas y en el lateral se leía: MÁLAGA. SPAIN.

Escuchó unos gritos en el exterior. Se asomó por donde había entrado. A lo lejos pudo distinguir los gritos de su compañero. Corrió hacia el vehículo temiendo lo peor: que habían sido descubiertos por los guardias de seguridad. Saltó la verja sin darse cuenta del ruido que causaba. Cuando estuvo cerca del vehículo, recibió un golpe en la cabeza.

Al despertarse intentó incorporarse, pero estaba atado con las manos a la espalda. Enfrente de él pudo distinguir a su compañero, amordazado en el asiento del conductor con la misma cinta aislante que se usa para cerrar cajas de cartón. Este, al verle despierto, comenzó a revolverse en el interior del vehículo. Khartik intentó levantarse del suelo, pero una pesada mano le hizo sentarse de nuevo.

Lo que sucedió después fueron palabras amenazantes por parte del cabecilla del grupo, llamado Imaan Saheb. Khartik había oído hablar de él, pero nunca lo había visto en persona. Una vez que entre lloros y gemidos le confesó que solo había sido contratado para obtener imágenes para el periódico, Imaan le puso el cañón de una pistola en su rodilla derecha y disparó. El dolor era tan intenso que comenzó a gritar. Su compañero, al verlo, se movía con más frenesí en el asiento del conductor, pensando que igual suerte le esperaba. Pero no fue así, sino más macabro: lo quemaron vivo en el interior del vehículo rociándolo con gasolina.

A Khartik le hicieron presenciar cómo aquel hombre moría calcinado con grandes gritos de agonía que no cesaron hasta que las llamas lo consumieron y, poco después, explotó el vehículo.

Le amputaron la pierna: era la solución más fácil para el médico del hospital que lo atendió. Operarle para salvarle el miembro significaba mucho

esfuerzo y horas en el quirófano. Khartik Rao no era nadie para la administración del hospital y este requería los servicios médicos e instalaciones para operaciones más significativas. Tras su recuperación, el periódico le ofreció un puesto en la escala básica. Temiendo por su vida y la de sus familiares, nunca más quiso inmiscuirse en actividades ilegales.

—No pude más con la presión psicológica y acabé cediendo a las drogas —dijo a David, vertiendo lo que quedaba de su té del vaso al plato, para después sorberlo sonoramente, como era costumbre—. Luego salí de mi adicción, me dediqué a la meditación y al estudio del sánscrito y decidí crear una ONG aquí, en Benarés.

—¿Y sobre la empresa farmacéutica?

—No hay nadie que quiera hacer nada.

—Pero tú estás seguro de que esas cajas iban con destino a España, ¿no es así?

—Sí. Habrán exportado miles y miles de medicamentos. Pero no tengo pruebas.

—¿Cómo podría entrar yo?

—No, lo siento. Creí que solo querías saber qué hacen.

—Estás muy equivocado si piensas que he hecho este viaje solo para escuchar tu historia y no hacer nada. Esa empresa debe ser destruida. Tanto tú como yo sabemos que la justicia, por todas las de la ley, no tiene nada que hacer en esto, porque o reciben sobornos o no quieren meterse en problemas.

—No existe manera de acercarse ahí dentro.

—Muy bien, si no la hay, llamaré a la puerta y le pediré trabajo a ese Imaan Saheb.

Khartik guardó silencio.

—Tengo una idea —dijo girándose hacia atrás y señalando el calendario con una ilustración enorme de todas las deidades hinduistas, como si de una foto familiar se tratase—. Cada viernes un empleado de Imaan Saheb deposita dinero en metálico en una sucursal bancaria a las afueras de Benarés. Si tú lo interceptases, quizá te daría la excusa perfecta para presentarte en la empresa. Esto nos da un margen de dos días para hacer el otro trabajo.

David esbozó instintivamente una sonrisa irónica, miró alrededor de la estancia y se preguntó de qué estaba hablando.

—¿Otro trabajo? —preguntó escéptico.

—Sí, el que hablé con Hassena *madame*. ¿No te comentó nada?

No, no le había dicho nada. Pero por un instante David se veía cargando leña hasta los *ghats* para ayudar a la cremación de algún pariente suyo, dando una mano de pintura a aquel edificio o incluso cocinando o dando clases de matemáticas o geografía para aquel grupo de niños y mujeres acampados en el portal del edificio. Durante tanto tiempo había hecho de todo en la India que ya nada le sobresaltaba.

—Sí, sí, claro —dijo el español saliendo del paso—, pero me gustaría escucharte sobre el modo en que crees que puedo servirte de ayuda.

Se llamaba Meenakshi Sinha, pero todos la llamaban Meena. Tenía doce años y un pelo negro brillante como la seda recogido en una trenza que le caía por la espalda. Su infancia, como la de miles de chicas de su edad, no había sido alegre ni feliz. No había cumplido su primer año cuando sus padres la entregaron a una pareja de un pueblo vecino. Su madre se había pasado todo el embarazo deseando tener un niño y el nacimiento de Meena significó una decepción. Por presiones de su marido, parientes y vecinos, tuvo que deshacerse de ella.

Meena tuvo suerte, ya que, a otras, tras el parto, las ahogaban rápidamente en un cubo, sacrificadas por el bien de todos. Creció con su nueva familia. Tenían ganado y un campo que cuidar.

Antes del amanecer, con un gran recipiente de latón, se iba con las mujeres del pueblo a recorrer un kilómetro hasta el pozo comunitario. Entonces, con cinco años, el recipiente no era muy grande. A los diez ya llevaba uno el doble de grande. En fila, una detrás de otra, las mujeres vestidas con sus coloridos *salwar kameez* volvían a sus casas caminando con la espalda recta, como hasta a la más veterana le habían enseñado desde que era pequeña, con el pesado recipiente de agua sobre un trozo de tela en sus cabezas.

Una vez que hubiese dejado el agua, para que los adultos de la casa se lavasen y además se utilizase para cocinar, tenía que recoger toda la ropa sucia e ir al río a lavar. Allí se juntaba con más chicas de su edad, y entre el trabajo compartían risas y confidencias. Después tenía que separar montones de piedrecitas de las lentejas antes de cocinar. Luego tenía que recoger el estiércol, una mezcla de paja con heces de los búfalos, y hacer con ella hileras, poniéndolas a secar al sol. Una vez secas, ya no olía a nada; aquello era el mejor combustible, ya que aseguraba que el fuego hiciese brasa y no se apagase.

Pero aquel día cambió para siempre su rutina diaria. Cuando hubo terminado de lavar la ropa en el río, vio que un coche estaba aparcado junto a

su vivienda. Su padre se había ido, prefirió no presenciar lo que iba a pasar. Su madre estaba de pie esperándola con una bolsa llena de ropa. Le dijo que aquel conductor la llevaría a un colegio, donde aprendería muchas cosas, y que sería alguien el día de mañana. Ella fue incapaz de comprender aquella decisión tan inesperada.

Cuando Meena, entre lágrimas, se fue, su madre guardó en un cajón un fajo de billetes. Faltos de dinero, sus padres adoptivos la habían vendido. Su padre tenía varias deudas pendientes con el banco y además tenía pensado adquirir una motocicleta de segunda mano: la necesidad les hizo tomar aquella decisión.

A muchas niñas las vendían a terceros y estos a su vez a hombres de comunidades musulmanas, a los que estaba permitido casarse más de una vez; con el afán de procrear aún más, compraban nuevas mujeres. Pero también con más asiduidad las vendían a hindúes de diferentes castas. No importaba la edad.

Meena, sentada en la parte de atrás de aquel coche viejo y descolorido con aquel feo desconocido al volante, se preguntaba si es que sus padres la habían dado en casamiento a un hombre. Había oído a mujeres adultas que cuando llegaba el día, a las niñas las enjoyaban, las vestían con relucientes y caros saris, ribeteados con una cenefa roja, y les ponían el *sindoor*, una raya de color rojo entre las dos mitades que separan el cabello. Comentaban que los novios eran siempre mayores: unas veces del doble de edad, otras mucho más. Además, había oído decir que en aquellos matrimonios concertados realizaban una verdadera fiesta con tantas guirnaldas de flores, música y bebidas que ya les gustaría que la dote de sus hijas se pudiese celebrar de aquella manera.

Del espejo retrovisor colgaba un collar de flores de jazmín que se iba moviendo a cada sacudida del inestable camino de tierra. Se giró y miró por la ventana. Un niño que sujetaba las riendas de un camello, con ropas hechas jirones y un bastón, le saludó con la mano desde la distancia.

Cuando hubo llegado a un pueblo del que no había oído hablar, la juntaron con varios niños que estaban igual de asustados que ella. Luego los dividieron en grupos de diez y los fueron metiendo en furgonetas Maruti Omni. Después de un día de viaje llegaron a un almacén, donde le enseñaron a utilizar un telar.

Pasaban los días, las semanas y los meses, y la vida de Meena seguía girando en el trabajo diario de la confección de alfombras de algodón y de

lana. Llevaba ya dos años trabajando en aquella fábrica de alfombras junto a unos cincuenta niños.

Karthik Rao acabó su relato contando a David que la señora a la que preguntó en el vestíbulo del edificio era la madre biológica de Meena, que como muchas otras se habían organizado tras haber conocido el trágico destino de muchas niñas de su comunidad hindú, y ahora se disponían a recuperarlas, aunque hubiese pasado tantísimo tiempo. Por eso le habían pedido ayuda, y él lo había hablado con Hassena *madame*.

—Me imagino que la policía no puede ser de gran ayuda.

—La fábrica se llama Saraswati Carpets & Dreams. Sus dueños son una familia muy poderosa. Son cuatro hermanos que manejan el negocio. Uno de ellos tiene el concesionario de los coches Hyundai e incluso a través de esta empresa manipulan facturas de los productos textiles que exportan a los grandes almacenes de Alemania, España e Italia.

—¿Tienes alguna copia de esas facturas? Seguro que obtenerlas de la aduana te habrá resultado fácil.

Karthik sonrió, satisfecho de que el extranjero que tan bien se desenvolvía en hindi supiera de la corrupción galopante en los puertos. Se levantó apoyándose en su bastón, de un paquete de folios y carpetas sacó unos documentos, se los dio y volvió a tomar asiento.

—Como puedes leer, las alfombras que fabrican esos niños, que son en la mayoría copias de alfombras persas, acaban siendo vendidas en los grandes almacenes más importantes de Occidente.

El español leía con atención las facturas proforma.

—Esto es papel mojado, en absoluto es una prueba con la que puedas acusar a esa empresa de explotación infantil.

—Pero si entras tú y grabas alguna imagen, podría presentar pruebas a un inspector de policía y acudir con una patrulla de improviso, que vería a los niños en la nave industrial trabajando en los telares, apresaría a los directivos y...

—Para, para, por favor.

—¿Qué sucede?

—Eso solo sucede en las películas. ¿Acaso tú has recibido justicia por lo que te hicieron?

—Son cosas diferentes.

—No, estás equivocado.

—¿Cómo que no? Una es textil y la otra es mucho más grande, ¡son productos farmacéuticos! Son situaciones diferentes.

—Pero el funcionamiento es el mismo. Todos siguen las mismas prácticas ilegales y el mismo procedimiento. Se protegen unos a otros con sobornos a los políticos regionales en aduanas y a la policía, que hace la vista gorda.

Karthik soltó un bufido.

—Si no grabas las imágenes, yo no te digo dónde y a qué hora el empleado de Imaan Saheb depositará una cantidad enorme de dinero en metálico en una sucursal bancaria de las afueras.

—De acuerdo, tendrás tus imágenes. Pero eso no te asegurará el rescate de esa niña con su madre que está ahí abajo pendiente de que se la lleves a sus brazos. Esas personas iletradas se van a llevar una decepción contigo.

—Yo les daré justicia.

—¿Justicia? —preguntó David levantándose de un salto, dejando los documentos sobre la encimera—. Tú buscas hacer justicia con ayuda de la mayor mafiosa de este país, Hassena Parkar. Has recurrido a ella para hacer pagar a la empresa farmacéutica por el asesinato de tu amigo y por lo que te hicieron, porque por los medios legales no lo has conseguido ni lo harás nunca. Y por este motivo yo estoy aquí, aparte de por mi interés personal en acabar con esa empresa. Pero ahora tú, en plan ghandiano, te dedicas a crear falsas expectativas a los menos favorecidos porque aún vives en un mundo ilusorio de justicia y leyes. No me importa a qué te dedicabas antes de llegar a este lugar ni por qué quisiste entrar en primer lugar en aquella nave industrial. Igual por dinero. Parece mentira que yo, un extranjero, te tenga que decir que en este país las cosas no suceden como a ti te gustaría que fueran. Las leyes las dejaron los británicos para ser interpretadas al beneficio de cualquiera, por eso hay tanto ladrón de abogados y culebrillas en los juzgados intentando arañar alguna comisión. Pero es que, aun así, eres un cínico y un hipócrita, porque tu propio interés es resarcirte por tus pecados y así morir en Benarés con la conciencia tranquila. Una vez que hayas sido incinerado, la esencia de tu siguiente vida depende de tu karma, tu balance de lo bueno y malo acumulado durante esta vida, lo cual te dará una encarnación apropiada. ¿Y me hablas de justicia cuando en Benarés tienen prohibido incinerar a las mujeres embarazadas, a los leprosos y a los bebés muertos prematuramente? Y si alguien llora durante una cremación, el proceso de

alcanzar el nirvana puede verse interrumpido, de ahí que prohíban a las mujeres alrededor de las piras. La mentalidad hindú es extremadamente jerárquica y machista. Además, la gente de familia pobre, por desgracia, no puede permitirse comprar la suficiente madera para la incineración de sus muertos, de forma que sus cadáveres están poco o mal quemados y andan flotando aquí y allá por el río, a todas horas. ¿Y tú qué haces por ellos? ¿Aconsejarles y financiarles el crematorio eléctrico?

Karthik guardó silencio con la mirada fija en el mandala de venas prominentes del dorso de su mano. Después de un instante, dijo:

—O me traes las imágenes mostrando lo que sucede en el interior de la fábrica de alfombras o no te doy la información que necesitas.

El trabajo al que eran sometidos a diario había mermado la salud de todos los niños. Iban medio desnudos, descalzos, o con pantalones cortos y camisetas blancas de tirantes. Todos tenían piojos y constantemente se estaban rascando la cabeza. El calor era sofocante. Apenas había ventilación. En ocasiones los vigilantes se llevaban el cuerpo de un niño fallecido al pie de los telares. Cuando una alfombra se terminaba, se enrollaba en el suelo sobre un plástico para que no se ensuciara y se preparaba de nuevo el telar para empezar otra nueva; con golpes y gritos para los que se quejasen, eran forzados a continuar trabajando.

Un niño de diez años, que tenía molestias en la garganta debido al mal ambiente que inundaba el aire, lleno de hilo y polvo por doquier, a lo que había que añadir el malestar por las pulgas y ácaros, tuvo la osadía de levantarse de su asiento, un mugriento banco de madera. Permanecían tanto tiempo sentados que las piernas se les dormían y cuando se levantaban tenían dolores al caminar. Aun así, el niño consiguió llegar con agilidad al cántaro de agua que había en un rincón de la sala y comenzó a beber con ayuda de un pequeño vaso de metal.

El vigilante lo vio y fue la excusa perfecta para descargar su furia contra el chico y darle un escarmiento delante de todos para que tomasen ejemplo. Lo agarró del pelo y llamó a un ayudante, que lo tumbó en el banco. Ordenó que lo sujetara por los brazos mientras él, con una vara, le golpeaba las piernas. El niño comenzó a llorar en silencio. Los demás niños y niñas, atemorizados, presenciaban el castigo sin inmutarse ni prorrumpir sonido alguno. Poco después, cuando soltaron al niño, a los demás pequeños les temblaban tanto los dedos de las manos entre los hilos y las lanas que tardaron varios minutos en volver a coger el ritmo de trabajo.

—Aquí, haz el nudo aquí —murmuró Meena a su compañera—. No lo sigas haciendo hacia abajo.

—Pero ¿por dónde paso este hilo? —preguntó con la cara mermada de sudor.

Había muchas moscas que paseaban por sus rostros. Las pulgas les picaban las piernas y se rascaban con tanta rabia con las uñas que se hacían heridas en la piel.

—Fíjate en el papel que he dibujado y cuentas tres hilos amarillos y pasas el blanco. Hilo de lana amarilla, hilo blanco de algodón —y volvió a repetirlo como si fuese el estribillo de una canción—. Hilo de lana amarilla, hilo blanco de algodón.

—No soporto más el dolor.

—Cállate —dijo entre dientes Meena, y con voz firme, añadió—: Hazlo bien o nos pegarán con la vara.

—¿Es correcto así?

—Otra vez no prestas atención. Te has vuelto a descontar —le reprimió con una mueca de enfado—. La lazada tiene que ir por debajo. Y no te olvides de que al acabar la hilera tienes que hacer un nudo.

David Ribas se encontraba tumbado en el tejado. Se deslizó por la superficie de metal y, sujetándose con una mano para no caer, observó por un ventanuco el enorme interior de la nave industrial. Se incorporó. Sacó un palo de selfi que Karthik le había dado: «Seguro que te será de utilidad, junto con estos alicates», le dijo. Colocó su móvil, extendió el palo y lo deslizó hacia abajo. Grabó durante unos segundos. Luego lo recogió. Observó las imágenes obtenidas: la mayor parte había enfocado hacia un lateral y los niños en los telares apenas eran visibles. Ajustó la luz, activó el *zoom*, movió ligeramente la pantalla para encuadrar mejor y grabó de nuevo.

Hacía mucho bochorno, el monzón estaba tardando en llegar y el sudor que chorreaba por la espalda de David era insoportable. El español se daba cuenta de la inhumana situación en la que se encontraban los pequeños. Había llegado al lugar en una pequeña escúter que Karthik le había proporcionado. Tras observar la vieja motocicleta, David le dijo que no aseguraba su retorno. Había salido de Benarés con dos latas grandes llenas de combustible extra. Había cruzado un paisaje de campos de cereales. Siguió las indicaciones que le había mostrado previamente en un mapa y recorrió estrechas carreteras interiores para no ser visto; había muchos baches que le hacían saltar de su asiento cuando menos lo esperaba. La escúter la había dejado detrás de unos árboles, y tras romper con los alicates la valla, había entrado en la propiedad privada.

Después de varios minutos sacó el palo de selfi y comprobó lo que

había grabado por segunda vez. Veía con toda claridad a un grupo de niños trabajando frente a los telares. Había un andamio, dividido en tres pisos, donde otro grupo de niños más pequeños estaba sentado en tabloncillos de madera; otros, a ras del suelo. Había muchas alfombras terminadas o a medio tejer colgadas en una de las paredes. El silencio era impresionante. El miedo se podía respirar. David calculó que habría más de cuarenta pequeños. Activó el *zoom* en la pantalla táctil y vio a una niña con un papel en la mano que miraba de vez en cuando: eran las instrucciones para la confección de una alfombra.

Comprimió el vídeo y mandó el archivo al número de teléfono móvil de Karthik. Se disponía a irse cuando se paró en seco. Quedó sentado en cuclillas durante varios minutos, sobre el tejado y bajo el sol, pensando en qué opción tomar, si volver a Benarés o acabar con aquella fábrica de explotación infantil. De sobra sabía que había muchísimos más casos como aquel y que su acción no erradicaría ese mal en la India. También era consciente de que, en la India, cuando se interfiere en el curso de los acontecimientos, se comete el riesgo de iniciar un nuevo desastre que puede ser aún peor. Pero ¿acaso no podría influir en el futuro de aquellos niños? Tendrían más posibilidades de crecer en libertad, de formar una familia, de ser felices. «Por el amor de Dios, si son unos críos», se dijo a sí mismo.

Se levantó y volvió a la altura del ventanuco. Estudió toda la propiedad, buscando algún punto débil. Algo tendría que haber. Era una enorme nave industrial. No tenía posibilidad alguna de sacarlos de ahí. Calculó que tendría que enfrentarse con el vigilante y los demás empleados. Luego tendría que hacer frente a los guardias de seguridad apostados en la entrada, que seguramente irían armados. Observó que había dos camiones de transporte aparcados cerca del muro del lado izquierdo. Durante varios minutos quedó con la vista perdida en un montón de ladrillos a poca distancia. «¿Por qué sale gente de los hornos de ladrillos y no sale humo de las chimeneas?».

Como largos y delgados minaretes, las columnas de color rojizo se construían como chimeneas para fabricar ladrillos. En la superficie se formaba alrededor una especie de habitáculo, parecido al *iglu* esquimal, en cuyo interior se cocía el material. Pero lo extraño era que de ahí no salía humo y había gente que entraba y salía. Aunque David no había estado nunca, había oído hablar de casas de apuestas ilegales ubicadas en túneles subterráneos. Al estar dentro de la fábrica de alfombras, tendrían acceso a internet. Cogió el móvil y grabó lo que observaba. Al poco tiempo, un coche

BMW llegó, tocó el claxon y dos hombres salieron del interior de la casa de ladrillos. Del maletero del vehículo sacaron dos maletas. David bajó corriendo del tejado. Escondido detrás de varios bidones, se aseguró de grabar la matrícula antes de que se fuera. Tuvo una idea.

En el interior, con paredes revestidas de cemento, había varios ordenadores de pantalla plana. Un grupo de empleados se afanaba por contar el dinero en metálico del interior de las maletas. Se habría producido una apuesta de gran envergadura, en la que habrían puesto su dinero miles de personas vía internet a través del móvil.

—¡Una redada! —gritó David mientras entraba y seguía grabando con su móvil—. ¡Fuera todos! La policía está al llegar.

A todos se les erizó el pelo. Una redada no era improbable. Ya había sucedido anteriormente en otros sitios donde habían estado operando y habían tenido que volver a montar el lucrativo negocio en otro lugar. Aunque las pérdidas serían muchas dejando atrás dinero y material informático, eran conscientes de que debían salvarse de inmediato, pues de lo contrario les esperaba el brutal castigo corporal en comisaría por parte de la policía y quién sabe cuántos años de cárcel y en qué prisión. Los que pudieron, antes de salir corriendo cogieron fajos de billetes y se los metieron dentro de las camisas. Otros desconectaron los ordenadores y se llevaron consigo los discos duros externos.

David cogió las maletas y salió. Vio al grupo de hombres que corría en dirección opuesta a la entrada principal creyendo que la policía accedería por allí. Lanzó al interior un bidón que había empujado con los pies, y tras verter el líquido de su interior, prendió fuego. Toda la fábrica de ladrillo comenzó a arder.

Fue corriendo a un camión y echó las maletas en su interior. Arrancó y dio la vuelta a la nave industrial al tiempo que gritaba con marcado acento panyabí, como eran la mayoría de los conductores de camiones de transporte: «Una redada. Una redada. Idos de aquí corriendo», sabedor del pánico que tenían los indios a la policía y cómo obedecerían de inmediato al grito de alarma; por eso las estampidas eran tan frecuentes en la India en lugares de peregrinaje y estaciones de tren. La histeria fue general.

David frenó ante la enorme puerta corrediza de la nave industrial. Se encontró cara a cara con el vigilante. No esperó: le golpeó con rapidez en el estómago y, agarrándolo por la cintura, lo lanzó sobre un telar, donde quedó inmovilizado.

—Corred al camión —gritó con fuerza David haciéndose eco de sus palabras todo el interior de la nave.

Pero nadie le hizo caso.

—Rápido. Venid conmigo. Vengo a ayudaros. Al camión —gritó de nuevo.

David permanecía de pie frente a todos ellos. Estaban asustados. Cavilaba sobre el modo de hacerles entender que no tuvieran miedo.

—¿Quién eres? —se aventuró a preguntar una niña de poco más de cinco años.

—Soy tu amigo.

Y acto seguido recordó el nombre de la niña de la que Karthik le había hablado.

—¿Quién es Meenakshi Sinha?

Meena, sorprendida al escuchar su propio nombre, dio unos pasos hacia delante junto a un niño pequeño pegado a ella como un mono.

—Tu madre te espera en Benarés, y estoy aquí para llevarte con ella. Ayúdame a meter a todos dentro del camión. Tenemos que irnos ¡ya!

No hizo caso de las advertencias del personal de seguridad. Aceleró aún más y rompió la puerta metálica de la entrada.

Miró el nivel del depósito de combustible. Tendría el suficiente hasta llegar al destino. Observó por el espejo retrovisor: parecía que había metido en el camión a todos los niños de un colegio, pero con la diferencia de que no había asientos y viajaban unos encima de otros. Todos en silencio sepulcral.

—Venga, alegraos. ¿Sabéis a dónde vamos? —inquirió con la intención de animarlos.

Nadie respondió. Todos le miraban, preguntándose quién era ese hombre con el acento hindi tan distinto que jamás habían oído y con un aspecto físico tan peculiar.

Junto a su codo tenía a un niño famélico, con la boca abierta, que no le quitaba la vista de encima. David le observó y rio, pero el niño no cambió de expresión.

—Os llevo a un lugar donde podréis encontrar a vuestros padres, comer, jugar, estudiar...

Con los ojos abiertos de par en par, todos le escrutaban como hipnotizados, incrédulos por lo que estaban experimentando. Mientras

conducía por la solitaria carretera de tierra, decidió poner la radio.

—Vamos a ver qué suena por el estómago de este cacharro.

Comenzó a sonar la popular canción *Chale Jaise Hawaein*, de una película de Bollywood.

Chale Jaise Hawaein Sanan Sanan
Ude Jaise Parinde Gagan Gagan
Jaaye Titliyan Jaise Chaman Chaman
Yunhi Ghoomoon Main Bhi Magan Magan
Hey-Hey Hey-Hey Hey-Hey, Wow
Hey-Hey Wow-Wow Ha-Haa

—Escuchad todos —dijo en voz alta mirando por el espejo retrovisor—. Vamos a cantar juntos. A la de una, a la de dos, a las tres...

Main Deewani Dil Ki Rani Ghum Se Anjaani
Kab Darti Hoon Woh Karti Hoon Jo Hai Thaani
Chale Jaise Hawaein Sanan Sanan
Ude Jaise Parinde Gagan Gagan...

Pero, aunque alguno murmuraba el estribillo de la pegadiza canción, el español era el único que cantaba en voz alta mientras manejaba el volante. Los pequeños tardarían en superar la brutal experiencia que habían padecido durante tanto tiempo.

Después de recorrer carreteras y más carreteras, era de noche cuando por fin se adentraron en Benarés. Todos los niños dormían. El ruido de los cláxones estridentes despertó a más de uno. No podían creer lo que estaban viendo. Desde hacía mucho tiempo no habían visitado una ciudad.

Llegó a un lugar en el cual ya no podría seguir avanzando por el centro urbano con el camión. Debía aparcarlo y proseguir andando. De lo contrario, al ser un vehículo pesado de transporte, la policía le obligaría a parar con la intención de recibir un soborno. Anteriormente había avisado a Karthik por su móvil y habían quedado en verse en las inmediaciones del templo de Kashi Vishwanath, dedicado a Shivá, construido en el siglo XVIII y situado en la orilla occidental del río Ganges, en la parte más antigua de la ciudad.

Un grupo numeroso de mujeres y hombres acompañaban a Karthik. No tardaron en abalanzarse sobre los pequeños, preguntándoles sus lugares de procedencia y algún lejano recuerdo; algunos reconocieron a sus hijos, que perdieron años atrás. Hubo muchos llantos, gritos de alegría y de dolor.

—¡Meenakshi Sinha! ¡Meenakshi Sinha! —gritaba en voz alta la desesperada madre con la ilusión de que su hija pudiera estar entre el grupo.

La niña se acercó tímidamente. Se quedaron un instante observándose una a la otra, hasta que la madre la abrazó con fuerza contra su pecho. Aquel reencuentro fue una combinación de júbilo, pero al mismo tiempo de vergüenza. La vergüenza por haberse desprendido de ella a cambio de una recompensa.

—¿Ves? —le dijo David a Karthik señalando a madre e hija—. Todo depende de nuestro acto, de nuestra interferencia. Si hubiese hecho solo lo que tú me habías pedido, no hubiéramos sido testigos de esta escena.

Los ayudantes de Karthik se llevaron a los niños de camino a un centro privado de acogida financiado por la organización en la que él colaboraba, donde les darían cobijo, comida y ropa.

—En estas dos maletas hay dinero suficiente para abrir cuentas bancarias a cada uno de ellos y financiarles sus estudios —dijo levantándolas. Señalándole con el índice, añadió—: Quiero que todos estudien una carrera universitaria. Se lo comentaré también a Hassena.

—No lo dudes —respondió—. La administración de mi ONG se ocupará de ello. Trascurrirá un tiempo hasta que consigamos recolocar a cada uno de ellos. La verdad es que no pensé que fueras capaz de hacerlo.

—¿Recibiste los archivos?

—Sí, la del centro de apuestas ilegales ha sido toda una revelación. La matrícula del coche pertenece a uno de los dueños. He compartido las imágenes con mis contactos de los medios de comunicación *Times of India*, *Hindustan Times* y *Deccan Chronical*. También los he mandado a una cadena de televisión, y a colegas de otras ONG que harán su ruido mediático. Este es el fin de todo el entramado empresarial de Saraswati Carpets & Dreams.

—Bueno, no me sorprendería que en un futuro floreciese de nuevo y con otro nombre.

—Tardará, tardará.

El viernes por la mañana temprano, vestido con un descolorido turbante de color naranja sobre su cabeza, David caminaba por el borde de la calzada porque las aceras estaban ocupadas por figuras envueltas en finas sábanas: indigentes, peregrinos, santones o viajeros mochileros. Luego cruzó los escalones al borde del río, donde un grupo de mujeres doblaban saris: situada cada una en un extremo, sujetaban los siete metros de tela bien tensa e iban aproximándose con cada doblez. A pocos metros, un *sadhu* recitaba en voz alta oraciones en sánscrito.

Bordeó las escaleras paralelas al río cuando oyó que alguien hablaba en español. Era una joven pareja sentada en un escalón. Tomaban fotos del amanecer y de las actividades de los *sadhus* y devotos. Se acercó por detrás, a escasos metros, y se quedó unos minutos escuchándolos. Le produjo un vuelco en el corazón, no el ver a aquella pareja feliz motivada por una India exótica y espiritual, sino oír hablar a compatriotas y escuchar sus inocentes risas.

Tras recorrer el Shivala Ghat, se adentró en la calle Durga Marg y en el portal número 25 encontró la moto Honda que Karthik le había conseguido. Las llaves estaban bajo el guardabarros delantero.

Era en la sucursal de Bank of Baroda, en el pueblo de Narampampur, a las afueras de Benarés, donde, según Karthik, a las 12:00 del mediodía un empleado de Imaan Saheb depositaba todos los viernes una gran cantidad de dinero en metálico.

El sol brillaba en un cielo azul, sin nubes, cuando después de una hora de trayecto David paró en una gasolinera Indian Oil.

Bajo el achicharrante sol de la mañana, repostó combustible. Metió la nariz por el orificio del depósito, asegurándose de que no le daban diésel en vez de gasolina, un timo común a clientes que no eran del lugar en áreas de servicio alejadas de las ciudades, donde el conductor dudosamente volvería a pasar para quejarse o demandar la devolución del dinero, y si lo hacía no sería hasta dentro de mucho tiempo, cuando ya entonces habría otro

empleado. Al lado servían comida. A pocos metros, a la sombra de unos árboles, dos aldeanos hacían sus necesidades a campo abierto y unos niños hacían lo mismo junto al borde de la carretera, en cuclillas y sujetando botellas de agua para limpiarse.

David aparcó la motocicleta y fue a lavarse las manos y la cara con el agua de un grifo. Unos hombres comían sentados y otros fumaban *bidis* — cigarrillos locales— entretenidos en sus conversaciones; otro grupo bebía té muy despacio con ruidosos sorbos. Había algunos camiones aparcados. El español se sentó en un *charpoy* —somier de cuerdas—. Pidió un té en voz alta y un plato de *aloo parantha* —pan redondo de harina de trigo relleno de patata cocida acompañado con yogur natural—.

Esperó hasta las 11:30. Entonces condujo por la carretera hasta que hubo pasado un puente. Aquel tramo abandonado, según le había informado Karthik, lo utilizaban los hombres de Imaan Saheb para evitar circular por la carretera convencional. Se bajó, extrajo una bolsa de plástico guardada en un compartimento lateral de la motocicleta y sacó un puñado de clavos que esparció por el asfalto. Volvió atrás, al borde de la carretera, y quedó expectante, en cuclillas junto a su motocicleta, como si estuviera inspeccionando el motor. Al cabo de cinco minutos el esperado coche Innova de color negro pasó por delante. Ni el conductor ni la persona sentada en el asiento del copiloto le prestaron atención. Tras sobrepasarle, una rueda delantera sufrió un reventón. Fuera de control, el vehículo salió despedido a campo abierto hasta chocar con el grueso tronco de un árbol. El hombre sentado en el asiento del copiloto fue lanzado contra el parabrisas y quedó tendido hasta la mitad sobre el capó. Al conductor, el volante le había destrozado el tórax.

David bajó corriendo por la pendiente y se aseguró de que los dos estaban muertos. Sacó al copiloto fuera del vehículo y lo dejó tumbado boca arriba. Cogió la bolsa con el dinero y se fue.

Llegó a la comarca de Lakhmipur. Como le había informado Karthik, la empresa ya no operaba a las afueras en zonas industriales, sino que realizaba el empaquetado de productos farmacéuticos en un almacén del centro urbano. Un camión recogía las cajas y desde allí viajaba por carretera, durante cuatro días o una semana como máximo, hasta el puerto de Nhava Sheva, al este de Bombay. Allí cargaban las cajas en contenedores de veinte pies. Sobornaban a los agentes de aduanas para que hicieran la vista gorda y obtener la firma y estampado con sello oficial de las facturas proforma, así como documentos

de embarque en la naviera correspondiente con destino a un puerto español.

Avanzaba con paso ligero por una calle hormigueante de gente. Desde un minarete que se alzaba sobre su cabeza alguien empezó a recitar la llamada a la oración. En una torre, unos altavoces amplificaban la voz del muecín. Aquel territorio había sido testigo de numerosos enfrentamientos entre hindúes y musulmanes a lo largo de los años. Los musulmanes, en un Estado de mayoría hindú, se consideraban una minoría en rápido crecimiento y expansión.

Encontró la calle y llamó con fuerza en la puerta del edificio. Oyó pasos precipitados y por el resquicio se asomó una cara.

—¿Quién eres tú? —la voz era hostil.

—Soy Jagjit Singh —dijo David con un marcado acento punyabí, distintivo de gente iletrada de pueblos del interior, junto a la frontera con Pakistán.

—¿Qué quieres, *sardarji*? —preguntó con tono maleducado, pero a la vez curioso.

Antes de que respondiese se oyeron voces desde el interior. La puerta se abrió de golpe y tuvo enfrente a tres hombres, dos de ellos armados con cuchillos largos. Todos llevaban sobre la cabeza un distintivo gorro musulmán.

—Tengo que entregar esto personalmente a un señor llamado Imaan Saheb —anunció levantando la bolsa.

Lo agarraron de un brazo y le hicieron entrar rápidamente antes de cerrar la puerta de golpe. Dos de los hombres le pusieron sus armas a la altura del estómago, mientras que el tercero le quitaba la bolsa de la mano e inspeccionaba con nerviosismo el contenido tras haberla reconocido.

Los que iban armados vestían a la moda, según lo que consideraban las personas con las que se relacionaban. Uno llevaba zapatillas Adidas, y el otro, Reebok, camisetas ceñidas de capitán América y otros superhéroes de Marvel y vaqueros ajustados. Las prendas no eran originales, sino imitaciones indias de conocidas marcas occidentales. El que llevaba la voz cantante vestía de modo más formal, con pantalón caqui y camisa de manga corta a cuadros rojos y blancos.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Qué ha pasado a la persona que tenía esta bolsa?

David hizo el esfuerzo de adoptar una actitud temerosa.

—Me lo dio un hombre.

—¡Mientes, cerdo sij!

—No miento. Me lo dio él para entregárselo personalmente en esta dirección a un señor llamado Imaan Saheb.

—Ahora veremos. De momento te quedas aquí sin moverte —dijo, y dirigiéndose a los dos hombres, ordenó—: Si intenta irse, lo matáis.

—Sí, señor —dijeron al unísono, sin dejar de mirar a David.

Pasó varios minutos hasta que aquel hombre volviese.

—Traedlo, el jefe quiere verlo.

Caminó escoltado por el inmenso vestíbulo recargadamente embaldosado, desde donde se podía oír al muecín recitar la plegaria del mediodía.

Allah hu Akbar Allah hu Akbar

Ashhadu anna La ila ha il lal lah

Ashhadu anna Muhammadan rasul Allah...

Cruzaron un largo y ancho pasillo mal ventilado. Olía muy fuerte, a una mezcla de jarabes y antibióticos. En varios lugares caminaron sobre cartones sucios. David pensó que había percances y que algunos frascos de medicinas se habían roto durante los traslados.

Entraron en una sala. Había una mesa muy larga llena de papeles, un ordenador portátil Apple y un iPad. David vio que la bolsa que había traído estaba abierta y que parte de su contenido, montones de billetes de rupias, estaba esparcido sobre el escritorio. Un hombre estaba sentado en un asiento giratorio de cuero. El empleado que hasta entonces había dado órdenes se acercó a él y empezaron a hablar sobre la presencia de David en un hindi tan enrevesado y rápido que al español le costó entenderlos.

El hombre que estaba sentado alzó la vista y miró la cara del visitante. Se levantó, se acercó a él y le dedicó una mirada glacial. Era un hombre corpulento con un bigote desproporcionadamente grande, terminado en punta y vetado en gris. Tenía una mirada de reptil que le conferían unos ojos extrañamente grandes y separados. En la oreja izquierda llevaba un grueso aro de oro. Bajo su gorro blanco de musulmán, su pelo era corto y muy negro. Tenía una prominente barriga y una ancha espalda. Vestía un *kurta*, pijama almidonado y limpio, calzaba sandalias de cuero y tenía las manos en la espalda.

—Yo soy Imaan Saheb —espetó dedicándole una siniestra y amplia sonrisa.

—*Salaam alaikhum.*

El saludo musulmán era un gesto de urbanidad, por lo que todos los musulmanes presentes en la habitación se relajaron de inmediato y no vieron su presencia como una posible amenaza. El español sabía que se agradecería el detalle.

—*Alaikhum as-salaam* —respondió Imaan con una amplia sonrisa—. Tengo que admitir que tienes muchas agallas al venir hasta aquí. Te agradezco que me hayas devuelto el dinero. Ahora dime qué quieres.

—No quiero nada. Aquel hombre que encontré tirado junto a la carretera había tenido un accidente tremendo y me pidió que trajera esa bolsa —dijo señalando hacia la mesa—. Antes de morir en mis brazos me explicó cómo llegar hasta aquí.

Imaan le escuchaba masticando *paan* —tabaco de mascar— al tiempo que el arbusto espinoso de su bigote se movía de arriba abajo. Le miró fijamente un instante, como si calculara la exacta profundidad de su mentira, y a continuación le indicó con un ademán.

—*Ji, ha* —respondió con un orgulloso movimiento de cabeza—. ¡Sí, señor! Tienes lo que me gustaría que tuvieran muchos de mis hombres —dio la vuelta al escritorio, tomó asiento de nuevo y comenzó a teclear en el portátil al tiempo que decía—: ¿De dónde dices que eres?

—De cerca de Wagah, la frontera con Pakistán.

—No me hables a mí de Wagah, perro sij, que ya sé dónde está —habló severamente en urdu, para luego cambiar al hindi—. Te estoy preguntando cómo se llama tu pueblo.

El español amagó una leve sonrisa.

—Se llama Ratan.

—Ratan, dices, ¿eh? Veamos.

Comenzó a teclear en el buscador de Google. David sabía que no tenía mucho tiempo antes de que le desenmascarase. A los dos hombres armados los podría sorprender, luego estaba el tipo alto con camisa a cuadros, y debía suponer que Imaan podría tener un arma en alguno de los numerosos cajones del escritorio.

—¿Es Ratan a secas o Hardo Rattan?

Los ojos negros de Imaan miraron al extraño sij un buen rato con gesto especulativo. David supo que debía actuar muy rápido. Una vez que llegase a saber la verdadera identidad del español, sin duda haría uso de su fama de brutalidad: no era conocido por tratar a sus enemigos de manera humanitaria. En la sala reinaba un silencio sepulcral. Imaan pareció meditar un momento,

peligrosamente callado. Miró de soslayo a su ayudante y este entendió qué hacer: se metió la mano detrás de la espalda y sacó una pistola. David le golpeó fuertemente en el brazo, haciendo que se le cayera el arma, lo levantó, lo lanzó por encima de la mesa y cayó contra Imaan, tirando al suelo todo lo que había sobre el escritorio. Uno de los dos hombres se abalanzó con su cuchillo en alto, el español le inmovilizó el brazo derecho por encima de la cabeza y le dio un puñetazo con toda su fuerza, clavándole los nudillos en la nariz; saltó la sangre, que resbaló por su rostro una vez que cayó al suelo de golpe. El tercero hizo amago de clavarle el cuchillo a la altura del estómago, pero David fue más rápido, se apartó al tiempo que le empujaba, se agachó, cogiendo la pistola del suelo y le golpeó rápidamente con la culata.

Cuando Imaan sacudió la cabeza para intentar averiguar lo que había sucedido, sintió que dos manos fuertes lo sujetaban, le retorcían un brazo, después el otro y, por último, le ataban las manos con una cuerda tensa. Su ayudante intentó levantarse, y David, con la culata de la pistola, lo dejó inconsciente de un golpe. Hizo lo mismo cuando otro hombre hizo amago de moverse.

Se quitó el turbante, se rascó la cabeza con el cañón de la pistola, cogió el portátil del suelo y el iPad, levantó el asiento giratorio y se sentó. Comenzó a mirar la pantalla del portátil y a pinchar en distintos sitios a la vez que movía el ratón.

—¿Quién es tu contacto en Europa para financiar atentados terroristas en nombre del Estado Islámico? —preguntó en voz alta sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Quién eres tú? —preguntó a modo de respuesta.

David desencasquilló el arma, alzó la pistola y le disparó en una pierna. Imaan profirió un grito y acto seguido comenzó a insultarlo en urdu mientras se retorció en el suelo.

—Sigue así y te meto otra bala.

—Perro infiel, no te voy a decir nada.

David se encogió de hombros y volvió a dispararle en la otra pierna, destrozándole la rodilla. Era consciente de que el musulmán estaba dispuesto a morir sin confesar absolutamente nada. Observando el portátil y el iPad, dedujo que tenía absolutamente todo ahí dentro. Él era un eslabón de la cadena del grupo terrorista que había atentado en Madrid y había pecado de confianza. Imaan nunca se hubiera imaginado que podría sufrir un robo o un ataque como aquel y no había tomado las medidas de seguridad necesarias

como para blindar aquel almacén. Ingenuamente, había asumido que nadie sería capaz de adentrarse en aquel sucio pueblo de mayoría musulmana y acceder al recinto. Menos aún un occidental.

Cogió la bolsa del dinero que yacía en el suelo, metió el portátil, el iPad, y el teléfono móvil de Imaan, que sacó del bolsillo de su pantalón, además de una cartera; vio en su interior varias tarjetas de crédito y débito, que también puso en la bolsa. Registró cajones y armarios, pero no vio nada de interés, excepto archivadores que contenían documentos relacionados con proveedores locales y transportistas, facturas y más facturas. Abrió los cajones del escritorio y volcó el interior sobre la mesa. Vio varios cheques del banco y un cuaderno con números de cuentas bancarias de HSBC, ICBC Luxembourg, Banca Privada d'Andorra, Credit Suisse y Deutsche Bank, entre otras entidades.

David soltó un silbido de alegría, y sujetando en el aire el cuaderno, dijo señalando a Imaan:

—Eres un imprudente, amigo mío.

—Dime quién eres —gritó preso de dolor.

—No —dijo sonriendo.

Recorrió de nuevo el pasillo y entró en el almacén. Había muchas bombillas desnudas suspendidas por largas extensiones de cables iluminando montones de cajas. Comenzó a buscar líquido inflamable entre todas las cajas que había. Todo eran medicamentos: en pastillas, en cápsulas y en jarabes. Fue a la parte trasera, pero cuando cruzó la puerta metálica recibió un golpe en la cabeza que le hizo abrazar el suelo.

Cuando despertó se encontraba sentado sobre una silla con las muñecas atadas a la espalda. Sentía un dolor tremendo en la cabeza. Miró alrededor con la esperanza de hallar un medio de escapar, pero fue en vano. Escuchó unos agónicos gemidos. Movié la cabeza hacia un lado y vio a Imaan Saheb tumbado sobre el suelo. Alguien le había realizado los primeros auxilios de manera chapucera y tenía las piernas cubiertas con telas ensangrentadas; había perdido mucha sangre, y tras la etapa de dolor y angustia al recibir los impactos de bala, había dejado paso al paroxismo previo a la pérdida del conocimiento. Escuchó unos pasos en un lateral y vio la figura de un hombre vestido completamente de negro.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy amigo de Imaan —respondió David con tranquilidad.

—Yo a ti nunca te he visto —dijo con tono amenazador acercándose al rostro del español—. Echaré tu cadáver a un horno hasta que no quede un hueso de ti. Nadie conseguirá saber nada acerca de tu destino. ¿Qué ha pasado aquí?

Con rapidez previó las consecuencias de la muerte que el desconocido le anunciaba y decidió tomar la iniciativa.

—Alguien debió de entrar antes de mí y les atacó.

—¿De dónde eres?

—Soy británico, miembro de la yihad islámica.

—Imaan me dijo antes de desmayarse que un extranjero haciéndose pasar por sij le había disparado —agregó el desconocido.

—Como puedes ver, yo no soy sij. Mira, él necesita un médico. Tenemos que llevarle a un hospital. Por lo tanto, lo más prudente ahora mismo es desatarme y salvarle la vida.

—Si eres amigo de Imaan, ¿por qué no corriste a pedir ayuda en vez de querer salir por la puerta trasera?

Antes de que respondiese, Imaan, en un arrebato de consciencia, se inclinó lentamente. Señalando a David, murmuró:

—Ese... ese es el perro infiel que nos ha atacado.

El hombre se adelantó y dio a David un bofetón que casi logró que cayese de espaldas al suelo. Sabía que de nada serviría pedir auxilio a gritos, pues en aquel almacén tenía escasas probabilidades de que se presentara alguien para socorrerle.

—Antes de matarte descuartizándote y tirándote al horno, que es lo que voy a hacer, me dirás quién eres.

—Mátalo ya —prorrumpió Imaan con voz agónica—. Coge la pistola.

El hombre fue a la otra habitación y volvió con la pistola en la mano. Entonces, desde detrás de las cajas de cartón apiladas, se oyeron ruidos. Cuando el hombre se volvió para ver quién era, se encontró con que alguien saltaba en ese instante sobre él. Era Karthik Rao, armado con una vara de bambú, que blandía con las dos manos como si fuera una espada. Lo siguiente que vio David fue cómo con extraña agilidad, a pesar de tener una sola pierna, golpeaba tan brutalmente al hombre de negro que le dejó el cráneo hecho trizas. Aun con el palo roto en dos, le seguía golpeando. Luego, dando saltos cortos, se acercó al sobresaltado Imaan y se acuclilló junto a él; se veía con claridad el miedo en su pálido rostro.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó Karthik al tiempo que una sonrisa irónica le hacía torcer los labios.

—No —respondió aterrado, con los ojos abiertos como platos y blancos de miedo. Estirando el brazo miró alrededor, como si buscara algún medio de aferrarse a algo o ayuda; respiraba entre dientes con dificultad.

Se hizo el silencio.

—Quizá sea mejor así.

Levantó la mitad de la vara de bambú, como la espada de un samurái, y la descargó una y otra vez con todas sus fuerzas sobre su cabeza hasta que se pudo escuchar un chasquido, como si se hubiera roto un cántaro de cerámica.

Estaba sentado en el suelo, en el comedor del apartamento, con la espalda apoyada contra la pared, bajo una pintura barata de unas mujeres vestidas de coloridos saris, que cargaban agua desde un río con *matkas* —cuencos de cerámica— sobre sus cabezas. En un lateral había conectado a la pared una regleta con varios enchufes enlazados al portátil y al iPad de Imaan Saheb. Había comprimido los archivos y los había enviado por correo electrónico a una dirección segura en España. Acto seguido, envió un mensaje a Julián diciéndole que mirase su bandeja de entrada. Con un destornillador, extrajo el disco duro del portátil y lo metió en una bolsa junto al iPad, el móvil y demás documentos que había encontrado. Como eran componentes de ordenadores y productos electrónicos, ninguna empresa de mensajería se haría cargo siguiendo el procedimiento rutinario: facturas proforma y un coste elevadísimo, además de arriesgarse a que el envío se perdiese por el camino.

—Necesito mandar un paquete a Madrid —dijo por teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó Hassena desde Bombay.

—En el apartamento de Karthik Rao, dentro de un laberinto de calles sin nombre ni números. Aquí no llegaría ni el mejor repartidor de *pizzas*.

—Eso déjame a mí. Empaquétalo bien y escribe la dirección bien clara. Dile a Karthik que ponga a alguien junto a la puerta con el paquete a la espera de su recogida. Hay un vuelo a Calcuta mañana a mediodía, desde allí saldrá en el vuelo de DHL con destino a París, y de ahí a Madrid.

Aquella madrugada, el sueño le eludía. Pasaban los minutos en una oscuridad que olía a incienso, humedad y queroseno barato. Acostado sobre una esterilla en una habitación pequeña paralela a la cocina, se incorporó. No habían intercambiado palabra durante el camino de regreso a Benarés. Mencionando que era otra contribución extra para la educación de los niños rescatados, le dio la bolsa con el dinero en metálico que no consiguieron depositar los hombres de Imaan Saheb en el banco; Karthik tan solo asintió.

Cuando llegaron, la mujer viuda que trabajaba limpiando el edificio, y que vivía en un cuarto de la planta de abajo, les tenía ya preparada una copiosa comida de arroz, lentejas y verduras. Tras terminar de cenar en silencio, Karthik subió a la azotea y allí permaneció.

Sin hacer el menor ruido, David se levantó, apagó el ventilador del techo y subió por las escaleras a la azotea. En un rincón le vio sentado sobre una silla.

Era noche oscura, no había luna ni estrellas, pero la ciudad estaba iluminada por multitud de hogueras en los bordes del río y por mortecinas velas en las viviendas. Las cremaciones continuaban las veinticuatro horas del día.

—Ven, David —dijo, y señaló una silla de mimbre—. Siéntate aquí.

Desde lejos se oía el ruido de gente recitando cánticos en sanscrito y la música que nunca cesaba de los altavoces en honor a la madre Ganga, el río sagrado.

—Como dijo un poeta bengalí, a veces lloramos excepto sin lágrimas —comentó el español admirando la vista—. Creo que quería decir que vivimos abrazados solamente a la esperanza de que la muerte está muy lejana y aún no nos tocará. Aquí, en cambio, se encuentra tan cerca... Se oye, se huele, se observa.

—Aquí todos somos refugiados, instalados en las orillas de nuestro venerado río. Si existe un vínculo entre todas esas personas de ahí abajo es el vínculo de los desposeídos y de los supervivientes.

Escuchándole, David se sentía irresistiblemente arrastrado al sentimiento de que en todo ello había un propósito. Todas las cosas que habían ocurrido durante los últimos días indicaban que el destino le estaba advirtiéndole de que se quedara de por vida en la India.

—En mi opinión, esa gente de ahí abajo está convencida de que el cielo es un río —dijo David después de un prolongado silencio—, y esta vida presente es una simple cascada.

—Bien dicho. Pero, por mi parte, yo ya he acabado ese viaje, mi círculo de vida se cierra. Me muero consumido por un cáncer. Espero a la muerte, pero ¿tú qué buscas?

David frunció el ceño y apartó los ojos de su penetrante mirada.

—Siento lo de tu cáncer. Pero ¿qué clase de pregunta es esa? Yo continúo viviendo, aprendiendo.

—¿De verdad es eso? ¿No es tu verdadero propósito seguir

sobreviviendo y así conseguir una venganza personal que añoras? — preguntó, cambiando tan rápido de tema que le pilló por sorpresa.

David le observó con unos ojos brillantes en los que se dibujaba una sonrisa afectuosa.

—Te debo una disculpa —dijo—. No te hablé bien el otro día.

—Olvídalo. Pero tenías razón —le corrigió.

—¿En qué? —inquirió, volviendo a recuperar la seriedad en el rostro.

—Yo fui quien llevó en coche a Meenakshi y a tantas otras niñas a lugares donde las llevaron a la fábrica de alfombras. Por entonces iba necesitado de dinero y hacía cualquier trabajo por sucio que fuese. Me pagaron bien.

El español quedó sopesando su confesión; se había quedado sorprendido y conmocionado. No ponía en duda sus sinceras palabras, la profundidad del sentimiento de arrepentimiento. Observó sus ojeras hinchadas, como si albergasen un depósito de lágrimas no vertidas hasta el momento, y que en aquel instante empezaron a asomar a los bordes enrojecidos de sus párpados.

—Me contrató un periodista para entrar con una cámara digital dentro de la empresa farmacéutica. Me ofreció mucho dinero. Y como el destino quiso que pagara por todo lo que hice con esos niños, perdí una pierna y ahora sufro de un cáncer que me está consumiendo cada día más. Desde que vivo en Benarés, no he dejado de leer y aprender nuevas cosas.

—¿Por eso creaste la ONG de ayuda a los niños desaparecidos?

—Sí —contestó después de unos segundos de silencio, en los que pudieron apreciar cómo un ruidoso grupo de peregrinos incineraba junto al río el cuerpo de un familiar—. Me reúno a diario con *sadhus* dedicados al estudio del hinduismo y conversamos sobre el propósito de la vida: ¿por qué estamos aquí?, ¿qué sentido tiene todo esto?, ¿a dónde vamos? Hoy en día a la sociedad poco le preocupa lidiar con estas cuestiones. Ya de por sí, los políticos, los millonarios y los fanáticos religiosos son los que dominan el mundo y lo encaminan hacia su destrucción.

—No estoy de acuerdo. Los políticos son necesarios, aunque muchos de ellos delincan, pero son necesarios en una democracia.

—Estoy seguro de que probablemente tomen decisiones valientes, pero no por ello dejan de ser estúpidos, porque utilizan la carne y la sangre de los demás como si estuvieran haciendo un juego de mesa. Son los gobiernos los que traicionan a sus ciudadanos, concretamente a los soldados y a los

policías, ¿no te das cuenta? Ellos, los políticos, los gobernantes, tarde o temprano los abandonan y traicionan. ¿Y quién hace la vista gorda? ¿Quién permite que el gobierno haga de las suyas? Los funcionarios. Ellos son los cobardes. Sobre todo, los que trabajan en los tribunales. Esos que dicen conocer las leyes. Ellos miran a otro lado y se limitan a argumentar que cumplen órdenes, y claro, limpian su conciencia diciéndose que, si no lo hacen ellos, otros lo harán en su lugar.

—¿Y qué hay de los ciudadanos de a pie? —la duda e incredulidad emergía en su voz.

—¿Esos? —concluyó señalando a la gente de abajo—. Hacen más o menos lo que se les dice.

Tumbado de nuevo sobre la esterilla, el cansancio finalmente le venció, quedando sumergido en sus confusiones; sentía que el destino estaba advirtiéndole de que se fuera cuanto antes de allí, ¿o quizá retándole a que se quedara? Fue la penetrante claridad anterior al sueño la que le mostró qué tenía en común él, un extranjero, con la gente de Benarés: el dolor de su corazón tras haber perdido a su mujer embarazada, el valor y la capacidad de ver la muerte no como una enemiga, sino como una aliada para seguir viviendo entre los mortales. Poco a poco se sumió sin ningún esfuerzo en un profundo sueño.

TERCERA PARTE
EL OBJETIVO

Gracias al material que había conseguido David Ribas, supieron que quien financiaba a grupos terroristas a través del entramado de la venta ilegal de productos farmacéuticos era un prestigioso empresario de origen indio llamado Ranveer Salgaonkar.

Para evadir el seguimiento de agencias gubernamentales, Imaan Saheb efectuaba transferencias desde la India y Ranveer, a su vez, las blanqueaba desde Londres abriendo cuentas corrientes en bancos de dudosa reputación; de este modo transfería dinero a grupos de lobos solitarios cuando se lo solicitaban. Además, operando a través de su empresa londinense, realizaba ocultación ilegal de activos e ingresos susceptibles de imposición fiscal. Él era un figurante, el que se ocupaba de los recados financieros. Como Ranveer Salgaonkar habría muchas más personas colaborando con la yihad; miles de millones de dólares repartidos por una red de cuentas bancarias esparcidas por el mundo entero. Una red de riqueza como la red terrorista islámica quedaba inteligentemente oculta tras muchas empresas fantasmas e intrincadas tapaderas. También supieron que el terrorista muerto en el atentado de Madrid, reclutado y entrenado por el Estado Islámico, era hermano de Imaan Saheb.

—Decidme lo que habéis podido averiguar de él —dijo Julián entrando en la sala de reuniones.

—Su empresa fabrica en la India salsas picantes y demás productos de mesa. Su marca es muy conocida en el mercado —comenzó a explicar Goyo con una taza de café en la mano—. En Londres tiene las oficinas centrales, dedicadas a la administración. Está suscrito a varias páginas web sobre análisis de antiterrorismo, política internacional y espionaje. Es un seguidor de los expertos y *think tanks* que hablan sobre el islamismo y el Estado Islámico. Se codea con la gente influyente de Londres, es invitado a galas, a los estrenos de películas de Bollywood en Leicester Square y a ceremonias y cócteles en embajadas.

—¿Y qué más?

—Que detrás de su fachada de refinado inglés se esconde un yihadista radical —comentó Laura.

—¿Sabemos qué grupo anda suelto operando en Europa?

—No —contestó ella—. Quizá incluso el tal Ranveer no es consciente de para quién trabaja. Tal vez crea que está al servicio de una autoridad islámica poderosa.

—Tenemos que acceder a su residencia y dar con su ordenador —comentó Goyo—. Habrá mantenido contacto con los terroristas vía internet a través de intrincados códigos. Seguro que obteniéndolo podremos averiguar quién es el autor material del atentado de Madrid y dónde se encuentra.

—La sección informática del MI5 es técnicamente muy buena —convino Laura.

—Si colaboramos con el G Branch del MI5 sería entonces una operación conjunta, lo que quiere decir que tendríamos que informar también a los del MI6 —explicó Julián, sabedor de que, al igual que el FBI y la CIA en Estados Unidos, la rivalidad entre los servicios secretos internos y externos suscitaban cierta animosidad.

—Estoy convencida de que colaborarían sin reservas —comentó Laura—. Ellos quieren acabar con estos fanáticos tanto como nosotros. Además de que existe la posibilidad de que se produzca un ataque inminente, por más que no tengamos la menor idea hasta el momento de dónde ni de qué forma adoptaría.

—Hasta el momento ha sido un asunto secreto nuestro y creo que debe permanecer así —comentó Julián mirando fijamente a los dos—. Nuestra operación es un embrollo de lo más complicado. Si compartimos nuestra información con los británicos nos pedirán que no se la demos sesgada, y ello les conducirá a obtener la identidad de David Ribas, que circularía por toda la red de servicios de inteligencia del mundo.

—¿Y qué tiene que ver él con esto? —inquirió Goyo—. ¿Nos estás diciendo que quieres que el trabajo lo haga David?

Julián pareció considerar seriamente la cuestión antes de responder.

—Sí —admitió al fin—. Le encomendé una misión, y por lo que vemos, aún no está cumplida del todo. Quiero que consiga el contenido del ordenador privado de ese británico de origen indio.

—Imagínate que David lo encuentra y que, debido a diversas circunstancias, se topa con algún terrorista y se lo carga en medio de la calle o causa graves daños en la vía pública, no sé... —argumentó Goyo, escéptico

ante la propuesta—. Imagina que yerra al disparar, mata a gente inocente o destroza un edificio gubernamental o de negocios. Entonces, ¿qué ocurriría?

Julián agitó una mano para expresar disconformidad.

—Saldría a la palestra su nombre y su vinculación a una organización que fue cerrada por el ministro del Interior —añadió Laura.

—Exacto —aseveró Goyo—. Las repercusiones serían inimaginables. Y tal vez clausuraran este edificio.

—Di que David es prescindible —intervino de nuevo Laura— y comenzamos a buscar en nuestra base de datos a posibles operativos más jóvenes y dispuestos.

—A David lo necesitamos —dijo Julián frotándose las sienes—. Esta es una operación encubierta sin autorización alguna de ningún político, ni siquiera a nivel ministerial. No hace falta que os convenza, bordeamos la ilegalidad. Por tanto, es mejor que sigamos moviéndonos en la sombra. Qué mejor él, que sigue muerto.

—¿Y la Casa Real?

—La única advertencia por parte de ellos es: «Haced lo que tengáis que hacer por el bien de España. No queremos saber nada de los medios que utilizáis. Solo resultados».

—Entonces, hagamos uso de él —replicó Goyo con tono entusiasta.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Julián arqueando las cejas.

—Que David busque a los terroristas, los encuentre, los asesine, rompa esa cadena de contactos en Europa con el Estado Islámico, y luego... lo eliminamos para que nadie tenga la oportunidad de hablar.

El silencio reinó sobre la sala, como el que sigue tras un atentado suicida en un mercado repleto de gente.

—Goyo, de verdad, creo que comienzas a trastabillar como un político —dijo Julián moviendo la cabeza de un lado a otro con sonrisa conciliadora—. Mi decisión es que vaya David. Punto. Su implicación en esta misión no ha terminado.

—Entonces, necesitará ayuda de algún experto informático —añadió Goyo.

—Un *hacker*. Pero no español —sugirió Laura.

—¿Y eso? —preguntó Julián.

—La mayoría de las comunicaciones de Imaan Shaeb están escritas en hindi y urdu muy enrevesados —explicó—. Hemos tenido que consultar a expertos en idiomas para que nos tradujeran muchos datos. Y no mencionan

nada sobre el Estado Islámico, ni en relación con él. ¿Por qué? Porque todos los archivos que consideramos de interés están ingeniosamente encriptados. Hacernos con el contenido del ordenador de Ranveer Salgaonkar nos resultaría clave para contrarrestar lo encontrado en el de Imaan Shaeb. Pero David necesita un *hacker* que hable esos dos idiomas para identificar qué archivos son los importantes para enviarnoslos desde Londres a la mayor rapidez posible.

—Se lo diré. Quién sabe si Hassena tiene algún contacto.

—Esperemos que todo esto no nos conduzca a un callejón sin salida — comentó Goyo en tono sombrío.

Tras salir del Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay, pudo ver los jirones de nubes precursoras del monzón. Se arracimaban entre ellas, compactándose noche tras noche, y tras hincharse durante días llovería sobre todos los rincones de la ciudad.

Había permanecido en Benarés dos meses. Al principio le había parecido tarea imposible soportar la contaminada ciudad durante solo unos días y, aun así, las semanas habían transcurrido muy deprisa. Se había apuntado a un curso de meditación y yoga, y tras finalizarlo, se encontraba recompuesto física y psicológicamente. Además, esto le había dado la oportunidad de relacionarse con muchos extranjeros, con los que había conversado durante las horas libres sobre temas culturales. Se hizo pasar por hombre divorciado que estaba buscando en aquel curso métodos de relajación para tener una vida personal mejor. Muchos de ellos eran profesores y profesionales en destacadas empresas en sus lugares de origen, y había sido sumamente enriquecedor escuchar diversos puntos de vista sobre filosofía, sociedad y la política actual.

Tras su regreso a Bombay comenzó de nuevo su rutina diaria en la Akhara, prosiguiendo los entrenamientos con Gurú.

Tres días después de su llegada, Julián le informó por teléfono de los adelantos que habían realizado gracias al material que él les había conseguido. Le explicó quién era Ranveer Salgaonkar y lo que necesitaban; David no puso objeción alguna.

Se reunió con Hassena. Después del trabajo que hizo ayudando a todos aquellos niños en Benarés, la jefa del crimen organizado se encontraba predispuesta a darle cuanto le pidiese y le dijo que tenía lo que buscaba. Tecleó con rapidez en su moderno ordenador de mesa y le mostró el perfil de un joven indio considerado el *hacker* número uno, en busca y captura por la Interpol.

La primera dama de Siria, Asma al-Ásad, siempre había desprendido una imagen glamurosa, joven y muy chic, a pesar de que su esposo, el presidente sirio Bashar al-Ásad, fuese conocido como «el carnicero de Damasco» por utilizar repetidamente armas químicas contra su propio pueblo. La revista *Vogue* no tardó en aportar cobertura mediática presentándola ante el mundo occidental en extensos reportajes sobre su familia «democrática». Considerada la más magnética de las primeras damas, su estilo no era el de la alta costura y el brillo de las joyas del poder, sino el de una deliberada falta de adorno. Era una mezcla rara: una belleza delgada, con largas extremidades, con una mente analítica entrenada. Por esa razón decidió, durante el periodo de máxima violencia y masivos desplazamientos en Siria, hacer caso a su marido y efectuar una serie de transferencias a su nombre del Euroclear Bank al HSBC Securities Services. Pero una cantidad importante de dinero se evaporó en el camino cibernético. Unos quinientos millones de dólares desaparecieron.

El responsable de esta evasión de dinero fue Varun Grover, nacido en Nueva Delhi. A los treinta años de edad, tras timar durante mucho tiempo a General Electric y Coca Cola India, decidió emprender su aventura europea. Obtuvo un trabajo como ingeniero de *software* en las oficinas de Google en la República Checa, y comenzó a evadir dinero de la empresa. No pudo ocultar su lujoso estilo de vida, y tras sus sonadas fiestas y dinero gastado en coches de gama alta, corrió la voz de que las actividades que emprendía dentro del edificio eran sospechosas.

Una agencia de detectives privados le hizo un seguimiento y no encontró explicación a sus abultadas cuentas corrientes. Ni el director general de Google podría mantener tanto derroche. Fue con la instalación de cámaras de vigilancia en su despacho, y mediante un virus informático que mandaba todo cuanto se tecleaba a un ordenador central de la empresa de seguridad privada, cuando detectaron el engaño y el desvío de fondos tras haber hackeado los ordenadores de la empresa americana.

Tan pronto como se dio cuenta de que estaba siendo investigado, dejó todo atrás, se dio a la fuga y desapareció sin dejar rastro antes de que pudieran arrestarlo. El hecho de haber estado bajo vigilancia le llevó durante un tiempo a estados de paranoia absoluta, pensando que podría ser encarcelado. Cambió de vestimenta y peinado en numerosas ocasiones. El dinero que había robado a los sirios lo dejó intacto en cuentas suizas, a la espera de poder retirarlo en momentos más oportunos. Hasta el momento,

nadie sabía dónde se encontraba.

Cuando David puso ese nombre en conocimiento de Julián, este informó a Laura, que en pocas horas consiguió dar con él. Se encontraba en París haciendo de las suyas con cajeros automáticos, usando una tecnología complejísima.

Varun Grover primero penetraba en la red informática de la entidad bancaria con correos maliciosos a empleados, que pinchaban de alguna manera en archivos adjuntos o en solicitudes enviadas por clientes fantasma, permitiendo la entrada del virus. Después, iba ascendiendo poco a poco en los diferentes anillos del sistema, hasta reconocer los resortes de control de cajeros y transferencias, y por último los obligaba a soltar el dinero, haciendo que los cajeros escupieran billetes de euros.

Le informaron a David de que en cuanto llegara al Aeropuerto Internacional Charles de Gaulle debía acudir a la ventanilla de Iberia y preguntar por un tal Juan Antonio, de quien obtendría un sobre con dinero en metálico, un pequeño auricular, las llaves de un piso franco y un teléfono móvil. Allí tenía que coger un taxi en dirección al centro comercial Forum des Halles. Si llegaba sin retraso, daría con el *hacker* informático.

Laura había puesto un cebo en internet. A Varun le apareció la información de que en el cajero automático de la segunda planta del centro comercial Forum des Halles habría un depósito de unos 25 000 euros. No era extraño, ya que durante aquellos días finalizaba una popular festividad musulmana y esperaban afluencia de consumidores.

Dados los últimos acontecimientos últimos y la naturaleza de David, Laura decidió mantenerlo vigilado desde la sala de operaciones del Cervantes.

París estaba oscuro cuando el vuelo de Air France AF217 procedente de Bombay aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle. Aquella mañana una lluvia fina empapaba las pistas y retrasó el aterrizaje.

—*Bienvenue à Paris!* —le dijo a voz en grito el conductor del taxi saliendo del vehículo para colocar el equipaje del viajero en el maletero. Sin embargo, David, sin maleta alguna, se limitó a devolverle el saludo, abrir la puerta trasera y sentarse en el interior; el conductor hizo una mueca de sorpresa mientras movía los brazos al aire, murmurando algo incoherente para dar de nuevo la vuelta al coche y sentarse ante el volante.

David le indicó la dirección mientras esperaban a que avanzara la fila de taxis situada frente a ellos. Si no había a la entrada de París más tráfico del previsto, llegaría justo a tiempo para dar con el *hacker* indio. Miraba por la ventanilla, pero solo podía ver su propio reflejo. Su cara parecía otra. Se había afeitado la barba, que llevaba desde hacía años, y también se había cortado el pelo; estaba visiblemente más delgado y en sus mejillas habían aparecido dos surcos profundos. Salieron de la zona del aeropuerto y tomaron una vía libre que a toda velocidad los condujo a la ciudad.

Cerca de los aparcamientos del centro comercial Forum des Halles despidió al taxi. Dirigiéndose hacia la entrada entre numerosos viandantes, conectó su auricular.

—Hola, ¿me escucháis?

—Alto y claro —contestó Julián—. Ahora mismo te acabo de mandar al móvil la imagen actual del *hacker* indio. Lleva diez minutos dando vueltas por el pasillo de la segunda planta, sin duda esperando el momento que considere adecuado para desvalijar el cajero.

David encendió su móvil y vio la imagen. Era un hombre de unos treinta años, rechoncho, de pelo oscuro con mechas castañas y engominado en punta; vestía vaqueros holgados, una camiseta de color crema y una chaqueta fina con capucha.

—Voy para allá —anunció David con determinación.

Al cabo de unos instantes, Laura pudo ver en una de sus pantallas un Audi A8 llegando al aparcamiento subterráneo. No le dio importancia. Fijó su atención en otro monitor. Pero inmediatamente giró el cuello hacia la anterior pantalla. Aquel vehículo había aparcado en el espacio reservado para minusválidos y nadie salía del vehículo. ¿Y si estuvieran siguiendo a David? No, no era posible. Cambió la posición de la cámara a otra, junto a una columna cerca del vehículo. Tecleó en su consola y activó el *zoom*. En el asiento trasero vio el perfil de un hombre con el pelo rapado y aspecto corpulento. El conductor apagó el motor y las luces de posición.

Pasaron cinco minutos sin que nadie saliese del vehículo; mientras tanto, David había cogido el ascensor, que lo trasladaba despacio a las plantas superiores, y ahora lo veía caminar por el segundo piso hacia las escaleras mecánicas.

—Le han seguido —avisó Laura a Goyo señalando el siniestro vehículo.

—David, creo que han seguido a nuestro *hacker* o te han seguido a ti —

anunció Goyo por el micrófono.

—¿Quién?

—No lo sé —respondió Laura—. Es un coche situado en el aparcamiento. Hay tres hombres: el conductor, el copiloto y otro en el asiento trasero.

—Yo sigo —dijo David.

—Vamos a abortar la misión —ordenó Goyo rápidamente—. No sabemos quiénes son.

—Varun va a morder el anzuelo. Sigo con el plan.

—La cita corre peligro—dijo de nuevo Goyo mirando de soslayo a Julián, que permanecía en silencio estudiando la operación.

David se quitó el auricular y se lo metió en el bolsillo.

En el aparcamiento, el hombre sentado en el asiento del copiloto salió del vehículo y entró en el ascensor.

—Sal de ahí —dijo categóricamente Goyo.

—Ha desconectado el aparato —confirmó Laura.

—Solo falta que sean de una agencia extranjera de inteligencia, que se hayan percatado de la presencia en Europa de David y lo detengan por sospechoso —comentó Goyo.

David dio con Varun, que permanecía de pie, disimuladamente, cerca de un cajero y oculto tras una columna.

—Varun.

—*Oui?* ¿Sí?

—Unos hombres te han seguido, y sean quienes sean, no parecen buena gente —le susurró David en hindi con urgencia; el joven le miró con el rostro desencajado—. Así pues, hazme caso. No mires alrededor, simula que soy amigo tuyo y vamos hacia el ascensor.

El indio le miró estupefacto. Una sombra de terror le invadió el rostro, alzó la mirada más allá del pasillo y vio desde la distancia que un hombre corpulento, con el pelo cortado al cepillo y una chaqueta deportiva negra, se acercaba a él, mirándole fijamente. Varun masculló una palabrota, se dio la vuelta y echó a correr hacia el ascensor. David se encaminó hacia un lateral y avanzó con rapidez en dirección al indio. El hombre de la chaqueta deportiva le sobrepasó caminando con urgencia.

El ascensor se abrió, un tumulto de gente salió y otro entró, entre ellos Varun, que se quedó en el fondo, aterrorizado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Goyo de pie junto a Laura.

—El tipo del coche ha seguido al indio y se han metido en el ascensor.

—¿Y David?

—También. Los tres están bajando.

Conforme descendía el ascensor había cada vez menos personas. Al llegar a la penúltima planta, el indio hizo amago de salir con rapidez, pero el hombre que le había seguido se interpuso obstaculizándole el paso y apretó el botón del aparcamiento. Una pareja de mediana edad se miró con extrañeza ante aquel gesto y decidió salir antes de que se cerrase la puerta. Solo quedaron ellos tres.

David hizo un gesto a Varun de que se situase detrás, movimiento que no pasó desapercibido al desconocido.

La puerta se abrió, el tipo de la chaqueta se volvió para agarrar al indio, pero David lo derribó e inmovilizó. Varun salió corriendo hacia el interior del aparcamiento.

—No, espera —gritó David.

El Audi se dirigió hacia él con rapidez y produjo al derrapar un sonoro chirrido con los neumáticos. El hombre que estaba sentado detrás salió, cogió a Varun y lo metió de un empujón en el automóvil. Al realizar esta maniobra, ya no tenían otra opción que dar una vuelta completa a todo el aparcamiento para poder salir.

Antes de que el vehículo se perdiese por la rampa, David corrió hacia la salida. En ese momento el guarda de seguridad salía de su garita y lo empujó hacia el interior. Cuando el conductor del Audi llegó a la rampa y metió su tarjeta en la máquina para que se levantara la barrera de hierro y dejara el paso libre, ya había sido bloqueada. David se acercó con rapidez, le asestó un rápido golpe en la garganta, luego otro en el cuello, abrió la puerta y lo sacó del automóvil. El hombre sentado en el asiento trasero levantó su arma y disparó, rompiendo el cristal de la puerta del conductor. Volvió a disparar y traspasó la luna delantera. Varun, preso de pánico, salió corriendo. David corrió hacia él entre los coches aparcados. El hombre salió del vehículo con intención de alcanzar a David, a cuya espalda llovían balas que acababan en las carrocerías o en los cristales del resto de automóviles.

Cuando Varun llegó al ascensor, este se abrió. Antes de que un grupo de clientes con bolsas de la compra saliese, alguien apretó de nuevo el botón de la planta superior al oír el estruendoso eco de los disparos. David, caminando agachado, fue hacia un lateral y sorprendió con una patada en las piernas al hombre armado, que cayó al suelo de frente. Antes de que pudiera

levantarse, el español le propinó un golpe seco en la nuca y lo dejó inconsciente.

A pocos metros, el indio permanecía escondido detrás de una columna, frente al ascensor.

—Varun, ven aquí —le ordenó David en hindi mientras registraba los bolsillos del desconocido—. Nos tenemos que ir antes de que llegue la policía.

Abrió su cartera. Por su nombre y dirección, supo que eran de la mafia marsellesa, contratados para secuestrar al indio. Con una escúter a la que David logró hacer un puente, salieron del aparcamiento y se internaron en el tráfico urbano de París.

Al aparcar en la calle donde estaba el piso franco, Varun hizo amago de salir corriendo, pero David le hizo una palanca a la altura del tobillo, entrelazándole las piernas, y cayó de bruces contra el pavimento de la acera. El golpe que recibió en la cabeza fue tan brutal que quedó tumbado, completamente aturdido.

Varun Grover miró a su alrededor. El apartamento era muy amplio, austero y sombrío. David, sentado frente a una mesa auxiliar, se servía un vaso de agua.

—Enhorabuena —dijo David, revolviéndose en el taburete y mirando fijamente al indio—. Sigues vivo un día más.

—¿Dónde estoy? —preguntó mientras se levantaba.

—¿Eso qué importa? —le contestó indicándole con el dedo índice que se sentara en el sofá; con la otra mano le tendió el vaso de agua.

—¿Quién eres? —inquirió tras beberse el vaso de un trago.

—Lo sabrás dentro de muy poco, pero a ti qué más te da que yo sea albanés o kosovar, ¿eh? Los que intentaron secuestrarte eran de Marsella. Y no creo que sean los únicos interesados en ti.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que trabajes para la organización que represento.

—Si trabajas para una gran empresa privada, como la banca, o para un gobierno, te diré que hoy en día lo que le gusta a la gente es vivir engañada. Todos hacen lo mismo, todos vivimos en una dictadura, todos somos esclavos, todos carecemos de libertad en internet. La seguridad informática es un mito.

—No seas neurótico.

—Eso quiero decir. Esos mismos que te llaman neurótico por no entender cómo se permite que vendan un sistema operativo, o que se instalen aplicaciones que transmiten tus datos a otros países, son los que se asustan y denuncian si encuentran a alguien en sus casas abriendo cajones, cuando eso lo permiten en cada acción cotidiana.

—Vete a vivir a Sudán o a Guinea Ecuatorial una temporada y luego vuelve aquí a decir que esto es una dictadura.

—Internet tiene cogido a cada uno de nosotros por todos lados —continuó, sin hacer caso al comentario y hablando apresuradamente—. Empezando por la IP y por la huella digital, que es imposible ocultar. Si

cogen a los pedófilos que usan TOR y tienen el máximo cuidado de no dejar ninguna huella en redes sociales, cómo no van a coger a una persona que usa un navegador *mainstream* y ni siquiera bloquea los *scripts* de Facebook y Twitter. No seas ingenuo.

—Vamos a ver, empecemos despacio, por partes: las redes sociales se pueden evitar; tú tienes la libertad que en otros países ni sueñan que pueda existir. ¿No te gusta Facebook? No tengas una cuenta. ¿No te gusta Google? No uses sus productos. Ni que te obligaran a punta de pistola. Por otro lado, las IP se pueden enmascarar y a través de múltiples *proxys* volver loco al que te sigue. La huella digital no existe, yo mismo puedo programar un código no muy complicado que haga lo mismo que yo en navegación. TOR, al contrario de lo que piensan muchos, no es totalmente anónimo. A los pedófilos se los pilla como a cualquier fanático, haciéndote pasar por uno de ellos, porque la policía tiene permiso limitado para usar material parcialmente ilícito.

—No sé quién eres, pero mi respuesta es *no*.

—Entonces tendré que emplear métodos más disuasorios.

—No conseguirás salirte con la tuya.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que te tengo a ti y a tu cuenta en Suiza, los dos sois míos. La cuestión que me planteo es: ¿qué voy a hacer con tanto dinero y contigo?

—No me lo creo —replicó con escepticismo. Inspiró hondo y soltó el aire despacio a la vez que movía de un lado a otro la cabeza—. A mí no me engañas de ese modo.

—Pues ve haciéndote una idea —dijo David dándole su propio teléfono móvil—. Compruébalo por ti mismo.

—Este no es mi móvil, ¿dónde está el mío?

—Le quité la tarjeta SIM para que no fueses localizable, y lamento decirte que no lo vas a ver más.

Varun no protestó, comenzó a teclear en la pantalla la página web de la banca privada HSBC, y una vez escrito su número de identidad personal, acceso y contraseña, su rostro iba cambiando de la incredulidad al nerviosismo. Luego hizo lo mismo al chequear otra cuenta y comprobar que también estaba vacía.

—Por cierto —añadió David cogiendo de nuevo su móvil—, has tenido suerte de que haya ido en tu busca en el momento y lugar apropiado.

—¿Cómo sabías que iba a estar en los almacenes? —preguntó alzando

la cabeza.

—Porque llevamos siguiéndote desde hace días.

—Te propongo una cosa —dijo en voz baja—. Os quedáis con el dinero de mi cuenta suiza, la cantidad extra que me propongáis, y me dejáis libre.

—¿Quieres que te dejemos libre cuando la policía de toda Europa está pisándote los talones? Quién sabe cuántos asesinos profesionales contratados por los sirios están al acecho. A todo esto hay que añadir que, tarde o temprano, la Mujabarat, el servicio de inteligencia sirio, dará contigo. Solo hay una cosa que esa familia gobernante de Siria odie más que la deslealtad: que le quiten el dinero. Mi organización te ofrece protección y trabajo, ¿qué más puedes pedir en tu actual situación?

Al oír el nombre del temido servicio de inteligencia sirio, tuvo miedo. El pánico invadió su rostro. No era para menos, porque los interrogatorios de la Mujabarat tenían fama de ser de una brutalidad espantosa. Después de un prolongado silencio, contestó ensimismado a la vez que se encogía de hombros:

—¿Qué queréis que haga?

En la mansión londinense de Ranveer Salgaonkar, situada en la prestigiosa zona de Kensington, había un parque arbolado. Desde allí, Varun estudió durante varios minutos las instalaciones. Salió del parque y dio una vuelta al edificio. Después, siguiendo las instrucciones de David, y en una calle paralela, sacó de una bolsa de plástico un jersey, que se puso sobre la camisa, y una gorra, e hizo otra pasada muy despacio.

Pasó otros veinte minutos llevando a cabo varias rondas de reconocimiento de las calles circundantes, y cuando terminó, se dirigió al piso franco. Habían llegado de París al aeropuerto de Heathrow esa misma mañana muy temprano en un vuelo privado proporcionado por el Cervantes y con la debida documentación para los dos. El indio, desde que comiese un tentempié durante el vuelo, no había probado bocado durante la mañana, por lo que abrió los ojos como platos al llegar al piso franco y encontrar a David cocinando. El español le indicó que tomara asiento. Varun no tardó en sentarse a la mesa. Al tiempo que partía con ansias una barra de pan crujiente, le confirmó que el sistema instalado en la casa era el más sofisticado del mercado.

—La puerta principal parece una simple puerta normal, una más entre las viviendas de la zona, pero no es así —dijo sirviéndose el guiso—. Si se abre la puerta, o incluso si se entra por una ventana con el sistema de alarma encendido, tienes entre veinte y treinta segundos antes de que el sistema de seguridad avise a la policía. Además, que estas alarmas están provistas de rayos invisibles conectados a una centralita.

—¿Y cómo se apagan?

Terminó de tragar el trozo de pan que había untado en el plato y dijo:

—Lógicamente, en el interior debe de haber un panel cerca de la puerta que desactiva la alarma al pulsar una serie de dígitos. Debe hacerse en menos de treinta segundos. Aparte de esto, existirán otras precauciones, como sistemas infrarrojos en determinados lugares de la casa. Este nuevo y revolucionario sistema de seguridad está pensado para que se active incluso si

el propietario está actuando bajo coacción.

—Pero hasta los últimos sistemas de tecnología tienen algún fallo.

—Exacto, estoy de acuerdo contigo. Siempre que un ordenador controla algo, puede haber un fallo. Esa es mi filosofía. Por eso se instalan los *malwares* en los ordenadores, para que puedas controlar toda la actividad que haga esa persona desde el instante en que comienza a teclear. Pero este es un caso distinto.

—Vamos a ver: si es tan complicado entrar sin que Ranveer esté en la casa, lo haremos estando él dentro —recalcó David—. Otra cosa, una vez que hayamos accedido a su ordenador, ¿cuánto tiempo te llevaría dar con la información que buscamos, encriptarla y enviarla por correo?

—Depende de los archivos, pero yo creo que entre treinta y cuarenta minutos —y tras dejar de nuevo la cuchara en el plato, dijo con una sonrisa—: La comida está deliciosa. Yo, en cambio, no sé cocinar. Créeme que soy la última persona que desearías que se encargase de tus comidas.

—Por eso tú te encargas de lavar los platos y limpiar la cocina.

El ordenador central era el que lo controlaba todo, de ahí el problema con los sistemas antirrobo por muy actualizados que estuviesen. El cometido de Varun era hackearlo y dejarlo inservible. Fue a altas horas de la madrugada cuando David, sigilosamente, entró en la mansión, fue al panel de mandos y desactivó la alarma. Mientras, en el piso franco, en una habitación habilitada tecnológicamente para el seguimiento informático y cualquier uso de navegación por internet, Varun había desconectado los rayos infrarrojos e introducía instrucciones para apagar las cámaras de seguridad.

Con una pequeña pero potente linterna, David cruzó el vestíbulo, fue al salón y subió las escaleras que conducían al estudio. Allí vio el ordenador portátil de uso personal del empresario Ranveer Salgaonkar. Quitó el cable de fibra óptica conectado a la pared, cerró el portátil y lo metió en su mochila. Registró el interior de los cajones de la mesa. Encontró dos móviles: también los guardó.

Salió sigilosamente, pero de repente se abrió la puerta de la habitación adyacente, iluminando todo el pasillo. Ranveer, medio dormido, en pijama y bata, se dirigió al baño. Cuando salió y entró de nuevo en su dormitorio, David le dio un golpe seco en la nuca, que hizo que se desplomara sobre la moqueta. Cargó con él sobre sus hombros y caminó lentamente hacia la

puerta de entrada. Una vez en la calle, abrió la puerta lateral de una furgoneta y metió a Ranveer en su interior. Dio la vuelta al vehículo, se quitó la mochila y se sentó al volante.

Una vez que Varun tuvo acceso al portátil y a los teléfonos móviles, comenzó a enviar todos los archivos a la dirección que David le había facilitado. Laura, en el Cervantes, comenzó de inmediato a estudiar y clasificar minuciosamente toda aquella información. Mandó varios documentos al departamento de criptografía para analizar las copias. Desencriptaron muchos archivos que pusieron al descubierto no solo sus vínculos con el terrorismo, sino también su vida privada e íntima.

Supieron que Ranveer Salgaonkar se comunicaba desde Londres con miembros del Estado Islámico a través de innovadores programas electrónicos. A pesar de haber deshecho y borrado los mensajes originales, en el Cervantes no tardaron en encontrarlos. Resucitaron los archivos, y números y letras de apariencia inconexa pronto fueron convertidos en textos legibles.

Ranveer había prosperado y era sumamente rico. Entre otras razones, porque había extendido al extranjero la herencia de una empresa dedicada a la fabricación, distribución y venta de salsas picantes, sal, especias y sazónadores. Aquel entramado empresarial era llevado por un grupo bien preparado de empleados. La oficina de Londres se encargaba de las ventas internacionales, mientras que la fábrica de Gujarat, en la India, elaboraba los productos y los exportaba a todo el mundo.

En el piso franco, la confirmación de Laura no tardó en llegar. No había ninguna duda: Ranveer estaba en contacto con Suleiman Khan, a quien había financiado el pasado ataque terrorista en Madrid. En el Cervantes, los descifradores de códigos analizaron las transmisiones recibidas y obtuvieron la confirmación de que el hasta entonces desconocido lobo solitario Suleiman iba a viajar a Inglaterra para cometer un nuevo ataque terrorista.

En el piso franco había una habitación dedicada a los interrogatorios. Un fluorescente en el techo emitía una luz blanquecina y clara. Había un enorme espejo rectangular unidireccional. No había ventanas y la poca ventilación disponible hacía que el aire estuviese cargado.

Sentado con los brazos cruzados, Ranveer Salgaonkar estaba tieso como un palo, además de muy serio; le sudaban las manos exageradamente. David se presentó como Nikolay Kozlov, con una sólida reputación como defensor de criminales. Dijo haber sido contratado para defenderle ante las autoridades inglesas por un poderoso *holding* ruso que tenía grandes intereses en su trabajo realizado con el entramado del lavado de dinero.

—Bueno, pues ya puede usted hablar. Empecemos la defensa —dijo David tableteando con los dedos la superficie laminada de la mesa, sembrada de rayas de bolígrafos, cortes y quemaduras de cigarrillos. Apretó un interruptor y en el cuarto adyacente, su voz, amplificada por los altavoces, retumbaba con más dureza de la normal—: Mi cliente está dispuesto a colaborar con la justicia a cambio de su inmunidad.

Varun, siguiendo el guion que le había preparado el español, continuó el engaño. Apretó el botón verde y dijo leyendo un papel en perfecto acento británico:

—Escúcheme muy atentamente, señor Salgaonkar. Le está hablando Christopher Higgins, del MI5. Nuestro tiempo es limitado, y por tanto, privilegiado. No quiero perder ni un minuto más. Señor Kozlov, mi departamento ofrecerá al señor Ranveer Salgaonkar inmunidad total o una celda de aislamiento. Todo depende de si coopera.

—Insista en que no quiero ir a la cárcel —dijo Ranveer pellizcándose el labio.

David hizo un leve asentimiento, conocedor de que este era el problema con los criminales en el Reino Unido, que se creían que vivían en una película de Hollywood. Volvió a apretar el botón.

—Mi cliente no desea ir a la cárcel, y a cambio ofrece su testimonio

para compartir con las autoridades la red que utiliza la mafia en Inglaterra para la distribución de narcóticos y el lavado de dinero negro.

Dentro del cuarto de escucha, Varun resopló. Cogió el papel y se acercó al micro.

—Tenga en cuenta que no estamos aquí para esclarecer sus actividades ilegales. Estamos aquí porque su presencia en el Reino Unido afecta a la seguridad nacional. Su cliente está implicado en la ocultación y gestión de activos financieros del Estado Islámico. Tenemos el poder necesario para que su cliente no pueda volver a ver la luz del sol. ¿Le ha quedado claro?

Se produjo un chasquido cuando la comunicación fue cortada. David fingió realizar un gesto de sorpresa al escuchar aquella última acusación: en el interior de la sala de interrogatorios el abogado asintió cariacontecido mientras observaba a su cliente.

—¿Qué es lo peor que me puede pasar? —murmuró Ranveer mientras en su frente aparecían unas gotas de sudor.

—Bueno, pues ya lo ha oído: que le encierren en una celda y que no vuelva a ver el sol. Pero imagino que, dado que tiene usted una información privilegiada que afecta a la seguridad de una nación, si decide no colaborar lo mínimo que el MI5 puede hacer con usted es meterle en una celda con delincuentes sexuales.

—Pero ¡qué dice! —dijo riéndose de un modo muy nervioso.

—No es la primera vez —añadió David, muy serio. Escrutó a Ranveer durante un instante y añadió—: Mire, en la situación en la que se encuentra, no va a seguir el proceso normal de detención. Usted no verá a un fiscal ni a más abogados. Y las leyes ya no le protegen como ciudadano. No tiene usted derechos. Aquí debemos negociar. Esta gente no se anda con bromas. Que se lo digan a los miembros del IRA, que acaban con un tiro en la nuca en el campo o en el bosque más cercano.

—No pueden hacer eso —dijo lacónicamente.

—¿Que no pueden? Tampoco sería la primera vez.

Detrás del cristal, Varun volvió a apretar el botón del intercomunicador.

—Déjeme que le haga una sugerencia. Lo mejor que su cliente puede hacer en estos minutos que le estoy dando es que colabore incondicionalmente y de manera inmediata sobre todo lo relacionado con un próximo ataque terrorista. Si acabamos satisfechos con su testimonio, entonces, y solo entonces, llegaremos a un acuerdo para salvaguardar su integridad física.

Se volvió a producir una breve pausa. David, siguiendo su papel, cogió su portafolios, extrajo un puñado de folios en blanco y sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta.

—Si me lo permite, señor Salgaonkar, esta es la mejor oferta que puedo transmitirle, y le aseguro que no habrá otra mejor. Cómo, por qué, dónde.

—No.

—¿No qué?

—No voy a hablar —dijo muy nervioso, haciendo esfuerzos por sonreír.

—Señor Salgaonkar, para su información, antes de reunirme con usted el MI5 me ha hecho saber que un avión C-130 que transporta varios millones de dólares americanos en billetes de cien se encuentra sobrevolando el Atlántico. Lo mejor que puede hacer usted es colaborar con ellos, como mínimo para garantizar ese dinero.

—¿Cómo han tenido acceso a esa información?

—Pues supongo que tras hacer una labor de investigación exhaustiva sobre sus actividades.

—No me lo creo.

Varun sonrió para sí mismo tras escuchar aquella conversación; apretó el botón del intercomunicador.

—Señor abogado Nikolay Kozlov, por favor, dígame a su cliente que no nos haga perder más el tiempo. Ahora mismo estoy viendo a través de las cámaras interiores del avión *palets* de madera llenos de dinero en metálico envueltos en plásticos.

—Ya le ha oído —dijo David levantando las palmas de las manos.

Ranveer, incrédulo, se encogió de brazos y guardó silencio. Permaneció así durante varios minutos en los que Varun, entre risas, terminaba de hackear el sistema de seguridad del avión. Desde la pantalla de su ordenador podía ver en la cabina la cara de incredulidad y estupefacción de los pilotos al encenderse las luces en el panel de mando indicando que se había abierto la parte trasera de la aeronave; no podían hacer nada ya que los controles habían sido bloqueados. El indio apretó de nuevo el botón del intercomunicador.

—Señor abogado Nikolay Kozlov, le he mandado un archivo de vídeo a su móvil. Por favor, hágase saber a su cliente. Espero que colabore o volverá a repetirse lo sucedido en el próximo vuelo que tiene previsto realizar la empresa NorthEast Star Consultants Inc. desde Nueva York a la compañía del señor Ranveer Salgaonkar en Irak, supuestamente para pagar sobornos a

funcionarios y militares.

Al oírlo, en el rostro de Ranveer apareció una expresión de sorpresa y terror.

David sacó su teléfono móvil, abrió el archivo y, mostrándole la pantalla, vieron cómo la puerta trasera de una aeronave se abría y los *palets* de dinero iban cayendo al vacío, uno a uno. Varios plásticos se rompieron debido a la presión del aire y miles de billetes volaron frenéticamente en el interior de la nave.

—Esto es una locura, ¿sabe cuántos millones de dólares han caído al mar? —dijo Ranveer con la cara desencajada y las manos sobre la cabeza mientras veía cómo los billetes volaban en el interior de la aeronave, con la puerta trasera abierta.

—Me imagino que muchos, pero como no colabore, muchos más acabarán en el fondo del Atlántico.

Ranveer, sudoroso, echó el respaldo del asiento ligeramente hacia atrás y miró al techo antes de hablar.

—No lo he visto nunca, pero su nombre es Suleiman Khan. Ha colaborado con Hezbolá y con Hamás. Ahora lo hace con el Estado Islámico. Con quién está en contacto, no lo sé. Mi cometido es el recibo y envío de dinero. Lo que sé es que varios dictadores le han estado ayudando. En Venezuela ha estado entrenando a terroristas y miembros de la extrema izquierda.

—¿Cuáles son los próximos planes de Suleiman y dónde está?

—Dónde está, no lo sé, pero su meta es librar una campaña en favor del Estado Islámico mediante actos violentos. Él llevó a cabo el último atentado en Madrid.

—¿Tuvo alguna ayuda?

—En este aspecto son extremadamente prudentes, rayando lo esquizofrénico, por miedo a que alguien del eslabón de la cadena caiga y sea interrogado.

—Más, dígame más cosas.

La habitación, iluminada por el fluorescente de techo, estaba demasiado caldeada. David había estado desempeñando su papel de abogado mostrando una paciencia servicial. Ni se había despeinado ni exteriorizaba su estado anímico. En cambio, Ranveer tenía la camisa del pijama empapada de sudor y ansiaba salir de aquella habitación cuanto antes. David se echó hacia atrás en su asiento y comenzó a comprobar todas sus anotaciones en busca de datos

con posibles conexiones e incongruencias. Ranveer le había confirmado que el autor del atentado de Madrid iba a actuar de nuevo por orden expresa del Estado Islámico. Según él, el atentado sería sin explosivos: se llevaría a cabo según el *modus operandi* de los atentados de Bombay en el hotel Taj Mahaj Palace. Sin embargo, decía desconocer el objetivo y el país en el que atacarían. David no le creía. También le había dicho que no había visto nunca a Imaan Shaeb en persona y que solo habían tenido contacto a través del correo electrónico.

Lenta y meticulosamente, lo repasaron todo otra vez. David Ribas buscaba algún indicio de incoherencia en toda la información que le había proporcionado. De adelante atrás y de atrás adelante.

—Entonces, dígame de nuevo —dijo—: Suleiman, además de ser un asesino profesional a sueldo, es un lobo solitario a las órdenes del Estado Islámico.

—Yo no he dicho eso de Suleiman —exclamó de forma cansina—. Yo no he empleado esas palabras. He dicho que opera de manera independiente en Europa. Pero que ese grupo que él ha creado, organización o equipo, de una, dos o tres personas, que se hacen llamar la Hermandad del Paraíso, está instruido por el Estado Islámico. Yo solo me limito a realizar transferencias de dinero: las recibo de la India de parte de Imaan Saheb, y tras blanquearlas, las reenvío al punto de Europa que me indican, y ya está.

—Usted transfirió a Suleiman un adelanto para logística —dijo David leyendo sus notas— y quien recogió ese dinero en una cuenta en Andorra fue una mujer española. Lo sabe porque el inglés que le dio los códigos de las cuentas bancarias tenía un fuerte acento español. Antes me dijo que desconocía si Suleiman había recibido alguna ayuda.

Mirando una vez más de reojo la austeridad de aquella sala de interrogatorios, Ranveer pensó que era muy peliculera, hasta austera. Se preguntó qué cantidad de presupuesto manejarían en antiterrorismo y la lucha contra el crimen organizado para no poder permitirse una arquitectura y diseño más espectacular. No pudo evitar mirarle con irritado cansancio y asintió.

—Sí, pero yo no sé qué vinculación tiene esa mujer con Suleiman. Ella me hizo ciertas preguntas por teléfono, mediante una línea segura, para cerciorarse de que no estaba cayendo en una trampa al ir a recoger el dinero.

Por su acento supe que era española. Ni francesa, ni italiana, estoy convencido de que era española, ya que he pasado mucho tiempo en España. Luego hice otra transferencia de cinco millones de euros. El dinero que yo transfiero a células yihadistas, aparte de utilizarlo para comprar armamento, lo emplean para adquirir o alquilar pisos francos por toda Europa.

Toda la conversación era escuchada en tiempo real en la sala de operaciones del Cervantes. Desde el primer momento, la mención de la misteriosa mujer española encendió las alarmas. Laura había comenzado a indagar en listados policiales de viajeros españoles procedentes de países de alto riesgo.

Por un instante, Ranveer quedó pensativo ante la puntillosa repetición de preguntas por parte de aquel hombre. Si aquello no era lo que pretendía ser, entonces el hombre que tenía delante haciéndose pasar por abogado tampoco lo era y todo estaba siendo una farsa.

—Necesito ir al lavabo.

—Por supuesto —dijo David después de un instante en el que estuvo cavilando la posibilidad de que les desenmascarase. Presionando el intercomunicador, añadió—: Mi cliente necesita hacer uso del lavabo, por favor, abran la puerta y yo mismo le acompañaré.

Cuando Varun abrió la puerta, Ranveer lo agarró de la camisa y lo empujó hacia el interior de la habitación, donde cayó sobre David. Echó a correr de forma histérica hacia alguna salida al tiempo que su nerviosismo aumentaba al saber que le habían engañado, ya que se encontraba en un edificio residencial. David saltó por encima de Varun y corrió por el pasillo detrás de Ranveer, pero antes de que pudiese alcanzarlo consiguió saltar por el balcón principal del salón y cayó a la acera desde el tercer piso. David se asomó y vio cómo se arrastraba por la calzada. Varun llegó a su lado y juntos observaron cómo Ranveer a duras penas intentaba cruzar la carretera cuando un camión, con un bramido seco y chirriando las ruedas, no pudo evitar golpearle, lanzándole al aire y cayendo sobre el asfalto. Todo quedó en silencio, excepto por la música *hip-hop* francesa que se escuchaba desde el interior del vehículo.

David empujó al atónito Varun apresuradamente hacia el interior de la vivienda y cerró la puerta del balcón.

Julián, en la sala central de operaciones del Cervantes, veía la noticia en la BBC anunciando la muerte del empresario millonario de origen indio Ranveer Salgaonkar. Las autoridades inglesas apuntaban a un intento de robo como el posible motivo de que hubiera intentado cruzar la carretera sin mirar, a pesar de que no existían pruebas de que su residencia hubiera sido asaltada. La imagen que recogía la cadena de televisión era la de un joven bien vestido con traje y corbata, con aspecto asiático: moreno de piel, bien peinado y con una barba bien cuidada, parecía tener diez años menos. Se le describía como «filántropo» y «un ejemplo de la comunidad india en Londres». En ese instante, Julián recibía un documento de parte de Laura en el que se mencionaba la desaparición de mil millones de dólares americanos en el fondo del Atlántico que dos aviones estadounidenses transportaban a Irak, supuestamente para invertirlos en la reconstrucción del país y pagos a empresas privadas cuyos contratos se les habían adjudicado.

—Ese *hacker* indio que ha encontrado es un diamante en bruto — comentó Julián sonriendo.

—Lo que sí que le podemos agradecer es su contribución de quinientos millones de dólares a las arcas del Cervantes —añadió ella sonriendo.

—Ese dinero que robó del asesino gobierno sirio lo emplearemos en nuestra lucha contra el islam radical, céntimo a céntimo.

Mientras los descifradores de códigos, expertos en criptología, analizaban más detenidamente todo el material, poco a poco iban poniendo al descubierto la vida del empresario de origen indio. Además, supieron que desde Bélgica un experto terrorista informático de muy alto nivel, perteneciente a una célula del Estado islámico llamada Los Invisibles, fue quien hackeó el móvil de Iván Gorostiza y puso la información sobre la Conferencia Mundial de Derechos Humanos LGTBI en el Campus de la Universidad Autónoma de Madrid para desconcertar a las fuerzas de seguridad del Estado que sabían de antemano que le estarían siguiendo. Esto confirmaba el avance de los terroristas islámicos en el campo de batalla

cibernético: hurgando en las alcantarillas de internet para encontrar puntos débiles en Occidente, como la traición del funcionario español que vendía material de inteligencia a los iraníes, y así utilizarlo para sus fines. También descubrieron, tras destripar el disco duro del ordenador portátil, millones de dólares ocultos en diversas cuentas de empresas tapaderas en las Bermudas, en Panamá, en las Islas Caimán, en Buenos Aires y en el paraíso fiscal de Hong Kong. Después fueron encontrando una serie de comunicaciones en apariencia inofensivas. En vez de pasarlo por alto, era en realidad lo que los expertos del Cervantes estaban buscando: una comunicación no codificada ni sospechosa y absolutamente inofensiva ante las agencias de inteligencia extranjeras. Eran intercambios de mensajes entre Imaan Saheb, que escribía desde el almacén de exportación en el norte de India, con Ranveer Salgaonkar, en Londres. Desde la India preguntaba sobre la disponibilidad de productos sazonadores como *chana masala* o de *garam masala*, cuándo se produciría el pago del anticipo por la venta, si sería un contenedor de veinte pies o sobre las instrucciones del empaquetado. Era un intercambio de mensajes en apariencia sin sentido.

—Nuestro principal objetivo es conocer en qué ciudad de Inglaterra tiene previsto atentar el lobo solitario —instruyó Laura al equipo informático—. Más adelante nos detendremos en detalles sobre la célula del Estado Islámico que navega por el ciberespacio, quién es quién, dónde están, etcétera. Ahora nuestra prioridad está en neutralizar a Suleiman Khan antes de que cometa un atentado terrorista.

Los analistas informáticos dedujeron que la clave de las comunicaciones estaba en las cotizaciones. Estudiaron los precios reales en el mercado: los mencionados en los correos no correspondían. Hicieron cálculos de los gramos y los precios, y no concordaban. Estudiaron todos los productos *masala* que se vendían en el Reino Unido, sus calidades, sus condimentos, los gramos especificados, los precios puestos en el mercado, e incluso consiguieron las facturas proforma de los puertos de embarque. Dedujeron que ahí estaba la clave: aquellos números equivalían a letras. Se pusieron manos a la obra, comenzaron a formar palabras y estas formaron frases.

Siguiendo una secuencia y una pauta rítmica, fueron descifrando mensajes enteros: Ranveer Salgaonkar sí conocía el paradero del lobo solitario.

—Ya lo tenemos —informó el jefe del departamento leyendo las notas

—. Imaan Saheb le hace saber que Suleiman Khan viajará al condado de Berkshire, en una ciudad que se llama Reading, y le instruye para que realice una nueva transferencia a través de «la chica». Además, le ordena contactar con un tal Shehzad para el envío del armamento. —Mirando a Laura, añadió —: Hemos cotejado ese nombre y, como te puedes imaginar, es muy común entre la comunidad musulmana en Inglaterra.

Cuando Julián recibió la noticia, quedó de pie junto a su escritorio, mirando más allá de la ventana, sumido en sus pensamientos. Detrás de él estaban Laura y Goyo.

—¿Y qué hay allí?

—Pues he estado estudiando los viajes de conocidos políticos, dignatarios extranjeros e incluso agendas oficiales de miembros de la familia real británica, y ninguno tiene previsto visitar esa ciudad. Así pues, he calculado que posibles objetivos terroristas podrían ser los almacenes de logística Tesco, uno de los mayores almacenes de distribución de alimentos de la cadena de supermercados en todo el Reino Unido. También podrían ser las oficinas de Oracle o Huawei o incluso las oficinas centrales de Microsoft.

Julián seguía pensativo, mirando hacia a algún punto más allá de la ventana; mantenía la cabeza ladeada, apoyando la barbilla en la mano derecha.

—Me cuesta imaginar qué demonios están haciendo nuestros políticos y dirigentes. Nuestra forma de actuar sin dilación sería cortar la cabeza del monstruo en el que se ha convertido el Estado Islámico, antes de que cometa más daño. Pero ellos han llegado a la conclusión de que es mejor dejarlo donde está, pululando por donde quiera, acampando a sus anchas por Europa porque la alternativa que dicen proponer podría ser peor. —Tras guardar un instante de silencio, preguntó a Goyo—: ¿Cuál es tu opinión?

—La ciudad de Reading está situada a apenas sesenta kilómetros de Londres —se apresuró a comentar—. Posiblemente pretendan realizar un atentado simbólico. Ya que el atentado de Madrid fue un éxito para ellos, ahora, para marcarse otro tanto, han buscado un lugar en el que las fuerzas de seguridad no prevén que se produzca un ataque terrorista, pero sin duda tendrá repercusión mediática.

—Decidme: ¿qué sabemos de ese tal Suleiman Khan? —inquirió de nuevo Julián.

CUARTA PARTE
CAZA AL TERRORISTA

La historia era hartamente conocida. Suleiman Khan había crecido en la India, en el disputado territorio de Cachemira, junto a la frontera de Pakistán. Aquel lugar hostil era un ambiente de deseos frustrados donde las esperanzas amorosas y económicas estaban aplastadas. Además, en las calles reinaba la insatisfacción y la rabia contra Occidente por su maltrato a los musulmanes.

Suleiman pronto se convirtió en carne de cañón para los adultos radicales. Como un chico de ambiente pobre y fanatizado, fue reclutado para la yihad islámica. Cruzó la frontera junto a un grupo de jóvenes de su edad y se internaron en las montañas de Pakistán. Allí, en los campos de entrenamiento, prometían una vida eterna de placeres en el paraíso a quien muriese por la causa.

Tras varios años de entrenamiento, fue enviado a Europa junto con un grupo selecto. Era una célula durmiente. No era un refugiado cuando llegó a Alemania, sino un inmigrante legal que había cumplido los requisitos de entrada en la Unión Europea: el grupo al que pertenecía se los proporcionó. Aprendió a chapurrear el alemán hasta que muy pronto supo cómo relacionarse en el nuevo idioma. Comenzó a trabajar como ayudante en un taller de mecánica; más tarde, en un restaurante; luego, fue reponedor de productos en un supermercado; hasta que un día desapareció sin previo aviso y no volvió al trabajo.

Durante los meses previos a su desaparición, había visto cómo otros lobos solitarios eran arrestados por no ser precavidos: iban juntos, se reunían en mezquitas, en parques, y eran detectados por la policía. A diario leía los periódicos, escuchaba la radio y veía la televisión, y de vez en cuando salía una noticia relacionada con la detención de una célula yihadista en alguna ciudad alemana. Si él había sobrevivido era porque su cautela rayaba la paranoia.

En un principio había estado utilizando un teléfono móvil, porque le era útil y necesario, como un ciudadano más en su puesto de trabajo, a la hora de rellenar un número de teléfono de contacto en la casilla de formularios. Pero

ya no lo usaba, pues de sobra conocía que los servicios de inteligencia eran capaces de detectarlo en el ciberespacio. Enviaba sus mensajes y los recibía a través de correo electrónico. Continuamente cambiaba de cuenta y de contraseña, utilizaba ordenadores en bibliotecas públicas y, con frecuencia, en locutorios regentados en su mayoría por musulmanes de distinta procedencia y en los que no le pedían registrarse o mostrar un carné de identificación.

Decidió viajar a Gaza, donde estuvo trabajando junto al grupo terrorista Hamás en el entrenamiento de jóvenes para atacar contra israelíes. Más tarde viajó a Siria, Libia, Irak y Afganistán, y después volvió a los campos de entrenamiento en Pakistán antes de que se le encomendara la misión de Madrid. El odio, las muertes cosechadas a sus espaldas, el duro entrenamiento en las montañas, todo ello, junto a los asesinatos presenciados, había avejentado el rostro del hombre de treinta y dos años de edad, cuya apariencia estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta.

El vuelo procedente de Bélgica aterrizó al mediodía en el aeropuerto de Gatwick. Suleiman Khan viajaba con pasaporte falso. No había facturado equipaje alguno y solo llevaba consigo una maleta de cabina con ruedas. Se dirigió a la ventanilla de la terminal donde vendían billetes de tren. Compró uno con destino a la ciudad de Reading.

Llevaba una cazadora de deporte gris y unos pantalones vaqueros de una calidad visiblemente común en cualquier gran superficie. Eran prendas que combinaban perfectamente con el tono de su piel morena: junto a la gorra azul de los New York Yankees, no eran ropas por las cuales podía atraer la atención.

Tras una hora y dieciséis minutos de viaje, llegó a la ciudad de Reading. El cielo estaba gris, y la temperatura de finales de primavera era agradable cuando salió del edificio por el lado izquierdo de la estación y se dirigió a la parada de autobús, donde se subió, como había sido instruido previamente, en el número 17.

De su monedero sacó un billete de cinco libras. Le habían dicho que en los autobuses ingleses solo aceptaban el cambio exacto, pero los puestos de bocadillos y bebidas del aeropuerto estaban llenos de viajeros y había colas en los cajeros. El conductor, negro como el tizón, le confirmó tras su cubículo de cristal que el viaje costaba solo dos libras y que, como no podía

darle el cambio, se quedaría con el billete de cinco libras. La pronunciación inglesa de Suleiman era muy mala y evidenciaba que procedía de India o Pakistán. Haciéndose pasar por un extranjero despistado, suspiró dando a entender que no sabía qué decisión tomar. El conductor, percatándose de que acaba de llegar a la ciudad, le ofreció un billete de cuatro libras para que pudiera hacer uso del transporte durante todo el día, de modo que solo perdía una libra. Suleiman asintió con una sonrisa forzada de agradecimiento y fue a sentarse en la planta baja del autobús de dos pisos. Quedó sorprendido por el moderno diseño del interior. No solo los asientos eran cómodos y espaciosos, sino que estaban limpios. Había puertos USB para cargar móviles y dispositivos electrónicos. Una pantalla de treinta pulgadas en el lado superior del techo anunciaba que había *free wifi* para los pasajeros y mostraba vistosas imágenes de la ciudad.

Durante el trayecto, al parar en un semáforo en rojo, Suleiman se levantó y mostró la dirección escrita en un papel al conductor. Este le dijo que no se preocupase, que le haría una señal cuando estuvieran cerca.

Se bajó a la altura de Bishop's Road, y arrastrando la maleta de ruedas, se dirigió calle arriba, pasando por numerosas tiendas y comercios regentados por británicos de origen asiático. Se sorprendió gratamente del número de musulmanes que veía a su alrededor.

Llegó al final de la calle, donde le habían indicado que había una lavandería de limpieza en seco y, en la esquina, una tienda de ropa y artículos de segunda mano en beneficio de una fundación patrocinada por la duquesa de Kent. Entró en Pitchcroft Road. Eran las típicas casas adosadas, llamadas *terraced house*. A los dos lados de la acera, altos y estrechos cubos de basura estaban apostados frente a cada vivienda. Caminó unos veinte metros, y una vez frente al portal número 47, pulsó el timbre.

La joven que abrió la puerta era de grandes ojos negros, pómulos marcados y boca ligeramente oblicua. El pelo castaño le llegaba hasta los hombros. Observando al desconocido, por un instante pareció pensativa, incluso preocupada.

—*Salaam aleikum* —dijo él, sin más preámbulos.

—*Aleikum salaam* —contestó ella.

La joven abrió del todo la puerta, dejándole paso. El interior de la vivienda olía a carne de cordero muy especiada.

—Había empezado a cocinar. Pronto estará la comida preparada. Me imagino que vendrás con mucha hambre.

Las pobladas cejas de Suleiman se alzaron. La chica hablaba muy bien el urdu. Ella había sido la persona que había realizado el trabajo de logística en Madrid, quien les consiguió el alojamiento y la furgoneta y les organizó la ruta de escape a Francia. La operación se llevó a cabo con tal sutileza y estudio previo que nunca estuvo en contacto físico con ellos. Sabía que si los servicios de seguridad del Estado la detenían, la interrogarían, por lo que era esencial que no pudiera proporcionar ninguna pista. Tenía órdenes de dejar toda la información en lugares específicos: la furgoneta en el aparcamiento de un supermercado Carrefour con las llaves escondidas sobre la rueda delantera izquierda; estudios preliminares de la afluencia de gente en las calles del centro de Madrid a determinadas horas del día, fotografías y mapas callejeros estaban sobre la mesa de la cocina en el apartamento de Fuencarral alquilado a nombre ficticio. Otros miembros de la célula yihadista asentados en España se encargaron de otras cuestiones, como la entrega del armamento y los explosivos.

Ahora le habían encomendado a ella una nueva misión: asistir de nuevo al jefe de la Hermandad del Paraíso.

Suleiman dejó su pequeña maleta de ruedas en medio de la estancia y observó a la joven, que aceptó con absoluta deferencia la revisión de su aspecto. Era una mujer con la que podrías cruzarte en la calle sin que despertase atención alguna. Su ropa era barata y básica. Llevaba un jersey verde con las mangas subidas hasta el codo, vaqueros gastados y zapatos marrones claro con suela de goma. A los vecinos bangladesís les había dado la impresión de ser una mujer soltera de mediana edad.

Suleiman sabía que cualquier joven en una ciudad occidental podía ser valiente a la hora de manifestarse en las calles con pancartas y gritando eslóganes, pero pasar un entrenamiento en un campo muyahidín era otra cosa. Le habían descrito perfectamente que era una recluta muy capaz. Tras la serie de interrogatorios a la que fue sometida durante su entrenamiento en Pakistán, concluyeron que era una mujer con valor suficiente e inteligencia para una guerrilla urbana. Sin embargo, él era conocedor de que las cuestiones importantes de todo mártir se revelaban en el momento de entrar en acción, cuando se tenía pleno conocimiento de que iban a abandonar la vida. Era cuando se preguntaban si eran capaces de cometer lo que se esperaba de ellos.

—Tú habitación es esta —dijo ella al cabo de un instante, señalándole a su espalda el dormitorio adyacente a la entrada principal.

Suleiman se giró y asintió muy despacio.

Laura García dio con la chica española que andaban buscando. No tenía duda alguna. Tras haber descartado el transporte en avión y en autobús, había estado indagando en los archivos registrados desde los últimos meses de alertas a la policía por parte de agencias de alquileres de coches. Eran meras alertas rutinarias para verificar la legalidad de los documentos de identidad facilitados por los clientes, de igual forma que los caseros de apartamentos verificaban con la policía los datos de los nuevos inquilinos.

—No usó tarjeta de crédito —añadió Goyo—. Todo en metálico. Por tanto, a estas horas ya es absolutamente ilocalizable, al menos de momento.

Dirigiéndose a Laura, Julián preguntó:

—¿Qué sabemos de su modo de transporte a Inglaterra?

—De Madrid a Lille, en un Skoda alquilado en la compañía Hertz —contestó ella—. De Lille a Londres, al día siguiente, en el Eurostar.

—Están asistidos por una red de terrorismo yihadista cuyos tentáculos están en todas partes —añadió Goyo resoplando.

—Claro, ha evitado los controles de los aeropuertos —asintió Laura.

—¿Tienes imágenes de ella? —preguntó de nuevo Julián.

—Sí, varias obtenidas en la agencia Hertz y en la estación de tren de Lille.

Abrió una carpeta y sacó varias fotografías de tamaño media cuartilla. En ellas se veía la figura de una mujer tapada con un pañuelo sobre su cabeza y con gafas de sol negras. En otra serie de imágenes, una reconstrucción del posible aspecto de la sospechosa. Había enviado las fotografías a un departamento de la planta baja, llamado Servicio de Información Criminológica, uno de los laboratorios digitales más avanzados de España y el resto de Europa en el análisis de rostros, para intentar reconstruir el de la sospechosa.

—Si no fuera por la ropa tan ancha que lleva, podíamos haber tenido una pista sobre su figura corporal —dijo Julián—. Pero al menos tenemos parte del rostro, aunque no muy nítido.

—Tiene el aspecto que utilizarían en publicidad para vender productos absurdos e irrelevantes —comentó Laura—. Por este motivo la han elegido. Las cámaras de seguridad de la estación de Lille muestran a una mujer moviéndose con agilidad entre los pasajeros. Movimientos rápidos subiendo y bajando escaleras, es decir, que tiene un cuerpo atlético. Además, es de estatura media, diría yo.

—Un rostro que no se te queda impreso a la primera y que cuesta recordar —añadió Julián—. Desde luego, es alguien capaz de moverse con extrema rapidez en centros urbanos.

Goyo cogió una de las fotografías, en la que se veía a la mujer frente al mostrador de Hertz, y dijo:

—Debe de ser una persona decidida, segura de sí misma. No dejaba que veamos su aspecto porque en ese momento era consciente de la presencia de la cámara de seguridad.

—Esta chica es una profesional y no nos pondrá las cosas fáciles —dijo Julián observando de nuevo las imágenes—. ¿Y los datos que dio a la empresa de alquiler de coches?

—Alquiló el coche a nombre de una estudiante. María Luisa Martín, de veinticuatro años, natural de Ciudad Real.

—Sigue —le animó Julián, muy seguro de lo que vendría a continuación.

—La embajada de España en Bélgica tiene una denuncia del robo de su documentación durante su estancia en Amberes por un programa de Erasmus. Hablamos con ella y sus familiares y hemos confirmado que no han viajado en coche desde Madrid a Lille.

—¿Qué puede estar haciendo ella sola en esa ciudad inglesa de Reading?

—Trabajar como cualquier extranjero mientras estudia los objetivos para atentar, como hizo en Madrid —contestó Goyo.

Julián señaló a Laura.

—Comienza a mirar qué empresas son las que demandan trabajadores españoles o dónde suelen acabar trabajando los españoles que llegan allí por primera vez. Muchos trabajos son temporales y, como están mal remunerados, se utilizan como plataformas para cambiarse de puesto al cabo de unos meses. Lo fundamental es que ella ha debido de coger un trabajo para estar inmersa en la sociedad, pasar desapercibida, no llamar la atención.

—Estoy segura de que puede estar en Tesco, lo presiento. Hay muchos

trabajadores de distintas nacionalidades: polacos, franceses, alemanes...

—Sus muertes repercutirían en los medios de comunicación de cada uno de sus países de origen, propagando el terror islamista a millones de personas —le interrumpió Goyo.

—El impacto psicológico sería catastrófico —aseveró Julián.

—Hice un estudio preliminar de todas las empresas allí establecidas. Camarera en un bar, en un restaurante o en un hotel, lo descarto. La hostelería tiene un horario exigente, lo que limitaría su capacidad para asistir a la célula terrorista. Por otra parte, la central de Microsoft u otras empresas tecnológicas son muy demandadas y los puestos son limitados: hay un embudo de selección por el que pasan los más cualificados, con experiencia y cartas de recomendación. Esta chica se ha pasado meses o años en campos de entrenamiento, por lo tanto, no entra en el perfil de trabajadora cualificada académicamente. Por lo que nos queda el trabajo manual en los almacenes de grandes superficies, y en Reading el más solicitado y grande es Tesco.

—Pero estará viviendo con un nombre falso —añadió Goyo.

—Podríamos hackear el sistema de seguridad de Tesco —sugirió Laura —, dar con las imágenes internas de sus cámaras, monitorizar a todos los empleados con la tecnología de inteligencia artificial Sky Net y dar con ella utilizando reconocimiento facial. Así tendríamos el nombre falso que utiliza y su dirección.

—Hay una crema transparente con la que, una vez extendida en la cara, puedes evitar ser detectado digitalmente por ese sistema —dijo Goyo negando con la cabeza—. Así es como los traficantes de heroína chinos pasan inadvertidos cuando llegan en tren a la estación Este de Zhengzhou. Eso del reconocimiento facial es pura propaganda que anda circulando por medios digitales como avance tecnológico chino para seguir comprando los productos que fabrican.

—Vamos a ver —dijo Julián levantando una mano para que le prestaran atención—. Tenemos a un grupo terrorista preparado para atentar en Inglaterra. De momento, estamos convencidos de que son dos: un hombre de origen indio y una mujer de nacionalidad española. Son profesionales. Han sido entrenados minuciosamente. Eligen la ropa cuidadosamente y saben cómo dar una imagen borrosa de sus rasgos ante cámaras de seguridad. Lo más probable es que hayan cambiado de aspecto en Inglaterra. —Dirigiéndose a Goyo, añadió—: Quiero que encuentres el vehículo en el que viajó de Madrid a Lille. Envía ahora mismo al operativo Alfa. No creo que lo

haya abandonado en un descampado o en un aparcamiento público. Lo habrá dejado en el Hertz de Lille, pues sabe que en caso contrario saltaría la alarma en la compañía de alquiler de coches y avisarían a la policía. Ella presupone que nadie está siguiéndola. Que Alfa tome las huellas que haya dejado en el interior. —Y dirigiéndose a Laura, le ordenó—: Siguiendo el horario mencionado en las cámaras de seguridad de la estación, quiero que consigas la lista de los pasajeros del Eurostar que viajaron ese día de Lille a Londres. Accede a las cámaras internas de los vagones. El tren estaría lleno, y al menos más de cien pasajeros serían mujeres. Concéntrate en las que tengan entre veinticinco y treinta y cinco años. Estudia primero las que tengan pasaporte español. Eso reduce el número de sospechosas. Si no das con ella, si ha viajado con otro pasaporte, estudia las que tengan pasaporte francés, belga, británico y alemán. Cuando demos con ella, encontraremos a Suleiman.

A las pocas horas tenían las imágenes de la joven española yihadista. Aunque evitaba a toda costa mostrar su rostro a cara descubierta, con las distintas fotografías captadas recorriendo el pasillo del vagón, colocando su maleta de mano en el estante de arriba y dirigiéndose al lavabo, podrían reconstruir su imagen real. El resto del viaje lo pasó con el rostro cubierto tras el asiento delantero, leyendo una revista y durmiendo con la cabeza agachada.

Sin embargo, la identificación mediante cotejo de huellas lofoscópicas, más conocidas popularmente como «huellas dactilares», obtenidas en el interior del Skoda, proporcionaron mejores resultados: la identificación de un mecánico ruso afincado en Lille y de un empleado francés de Hertz, y además, la de una mujer española. Su número de carné de identidad mostraba un rostro ovalado, con el pelo castaño. Por fin tenían un nombre: Marina Gómez.

Fue durante la universidad, entablando amistad con jóvenes estudiantes de su clase que no dejaban de organizar manifestaciones, clubes de discusión y tertulias privadas en bares o en locales vacíos. Poco a poco, Marina Gómez, nacida en Madrid y residente en Pozuelo de Alarcón, fue entrando en lo que ella llamó su fase orientalista. Comenzó a leer temas relacionados con el mundo árabe y el conflicto en Oriente Medio y a frecuentar los barrios de inmigrantes donde celebraban al aire libre sus festividades religiosas. Aprovechó una oferta y se animó a viajar a la India con unos amigos. Aunque fue una breve estancia y solo visitaron Delhi y Agra, quedó fascinada por el país: sus tradiciones, el caos en las calles, el exotismo que desprendía, la comida, sus gentes y la mezquita de Jama Masjid, una de las más grandes de toda la India. Pero fue el Taj Mahal lo que la cautivó, el famoso mausoleo construido por el emperador musulmán Shah Jahan en honor de su esposa favorita, conocida como Mumtaz Mahal, fallecida en el parto de su decimocuarta hija.

A su regreso a España quiso estudiar la cultura árabe. Su decisión encontró el apoyo de sus familiares, que incluso vieron en ello algo productivo para ella, ya que no dejaba de mostrar entusiasmo. Si era feliz y había encontrado esa motivación para seguir sumergida en distintas lecturas, ¿por qué no iban a dejarla? Su interés e inmersión en libros sobre el islam, en un principio desde el prisma romántico de películas y novelas, dio paso con el tiempo a volúmenes más extensos sobre la doctrina islámica.

El ayuntamiento de su municipio, con el afán de promover las culturas de la minoría, comenzó a dar rienda suelta a subvenciones públicas para organizar festividades musulmanas, que en sus carteles de publicidad se maquillaban, para atraer a la gente, bajo denominaciones como «feria medieval» o «feria barroca»; a repartir licencias municipales para la apertura de mezquitas e a incluso promover mercadillos de productos árabes. El propio gobierno español le proporcionaba la transformación que ella anhelaba. Comenzó a pintarse los ojos de *kolh*, que compró a un inmigrante

pakistaní en una de las muchas tiendas que se abrieron, y sin mencionárselo a sus compañeros de estudio en la facultad, comenzó a asistir al centro islámico local. Una familia marroquí, dueña de un puesto de *kebab*, le invitó a pasar las vacaciones de navidad en Casablanca. Allí estuvo dos semanas, donde por primera vez se puso la versión magrebí del hiyab, el *haik*.

Tenía el rostro de una niña cuando decidió emprender aquel viaje a Marruecos, libre de los rasgos hundidos que provocan las preocupaciones y ansiedades por el compromiso y de las arrugas o canas prematuras por las decisiones importantes y difíciles de tomar. Todo fue cambiando paulatinamente.

Cuando volvió a España, pidió al imán de la mezquita de su localidad convertirse al islam. Entonces, tampoco nadie en su entorno puso objeción alguna. No veían nada malo en que una chica guapa tuviera fe en el islam y entre los suyos fue motivo de ejemplo y regocijo.

Más tarde pasó una larga estancia en la India con un visado de estudiante. Allí estuvo viviendo con una familia musulmana en el Estado de Cachemira. Aprendió muy rápido el urdu. Como su visado estipulaba que para seguir viviendo en la India debía salir del país cada ciento ochenta días y regresar después en caso de querer prolongar la estancia, la familia con la que residía la invitó a casa de unos familiares en Pakistán. Decidió hacer el viaje, y una vez que se hubo establecido, decidió quedarse y no volver a la India. Consiguió trabajo como recepcionista en un hotel internacional. Además, fue aceptada como estudiante en la universidad de Islamabad, lo que le benefició para extender su visado. Pero el opulento lujo del hotel y el estatus social de sus huéspedes comenzó a amargarla. Se sintió frustrada con la imagen del islam en el que vivía rodeada. Ella ansiaba encontrar centros y mezquitas donde predicasen formas estrictas del islam, pero no lo lograba. El islam que ella leía en sus libros rechazaba a los falsos dioses del dinero, y en el interior del hotel, mirase donde mirase, había bienes materiales por doquier.

Al volver a Madrid alquiló una habitación en un apartamento compartido por una familia bangladesí, en el barrio multicultural de Lavapiés, donde la comunidad musulmana tiene una fuerte presencia. Comenzó a rechazar cualquier forma de capitalismo, todo lo que no fuera lo que ella llamaba el «islam radical». En aquel círculo comenzó a llamarse por su nuevo nombre musulmán, Jamila Maalouf.

Fue una tarde, al salir de una mezquita y sentarse en una cafetería para leer los anuncios de trabajo temporales en el suplemento de un periódico

mientras tomaba un café, cuando un joven de aspecto asiático se sentó frente a ella.

—*Salaam aleikum* —dijo mirándola fijamente a los ojos.

—*Aleikum saalam* —contestó ella.

—Te he visto en la mezquita muchas veces —dijo en perfecto castellano— y me preguntaba si querías colaborar con la organización a la que pertenezco.

En sus ojos y en su voz ella vio algo que la atraía. Aunque había tenido noviazgos esporádicos en la universidad, a ella le gustaban los chicos de piel chocolate, como ella solía decir, con el pelo liso negro tizón y ese ímpetu alegre y optimista que contagiaban a las personas alrededor. Aquella sonrisa mostrando unos grandes dientes blancos y sus ojos de color verde la cautivaron.

—¿Qué organización es esa?

—Una que predica la yihad —susurró.

Así fue fraguando una amistad que acabó en relación íntima y apasionada. De participar en una inocente charla de un activista palestino llamado Omar Barghouti sobre la opresión de Gaza, el boicot contra productos israelíes y el capitalismo americano, pasó algún tiempo cerca de la antigua ciudad siria de Palmira, y más adelante estuvo en campos de entrenamiento en Pakistán, cerca de la frontera con la India.

Tras un año de relación, aquel joven la dejó un día y se convirtió en mártir. Su cuerpo acabó destrozado tras una explosión en un mercado en Irak. Las víctimas inocentes fueron musulmanes que no se cernían a las leyes y dogmas del Estado Islámico. Ella sintió, más que nunca, que estaba llamada para la yihad islámica.

En los campos de entrenamiento aprendió a dominar los rudimentos básicos de las armas y las comunicaciones modernas. Como destacaba en los idiomas, los monitores la designaron encargada de estudio sobre el terreno de los lugares en Europa donde atacar. Ella pasaría desapercibida y se encargaría de la logística.

El atentado de Madrid fue el primero en el que participó. Las consecuencias de su devastación le hicieron sentir muy mal durante los días siguientes, porque había ayudado a que se cometiera aquella matanza. No pudo evitar mirar las imágenes de terror que mostraban las televisiones. No pudo evitar tampoco ver y leer las impactantes fotografías en las revistas, los artículos de opinión y encabezados en los periódicos, en los portales de

internet y comentarios en redes sociales de los ciudadanos españoles cuestionando qué tipo de personas habían podido realizar tanto daño a tantos seres humanos inocentes.

Se habló en los medios de comunicación durante muchos días de cómo una niña de ocho años que se encontraba con sus padres, ambos fallecidos, acabó herida de gravedad por la explosión, y cómo consiguió sobrevivir a pesar de que los médicos tuvieran que amputarle una pierna. Muestras de solidaridad fueron recibidas desde el mundo entero.

Entonces, Marina Gómez se encontró con la necesidad de hablar con alguien, pero ya no tenía a nadie en su vida. A los familiares y amigos los había olvidado y abandonado hacía ya mucho tiempo. Había roto cualquier vínculo que no estuviese relacionado con su dedicación al islam. No tenía relación con nadie de su pasado. Más que nunca supo qué era la soledad y comenzó a cuestionar el sentido de su vida. Con su líder de la célula del Estado Islámico tan solo se comunicaba por correo electrónico mediante mensajes encriptados. También había hablado con él numerosas veces por teléfono desde locutorios. Y, aun así, su acento tan grave y cerrado en inglés evitaba cualquier conversación que no versara estrictamente sobre la yihad y el cuidado de la Hermandad del Paraíso.

Ya no había vuelta atrás. Ahora era Jamila Maalouf.

Habían rastreado los ficheros internos de los empleados en la empresa Tesco, pero no dieron con ella. Aun asumiendo que tendría otro aspecto físico muy distinto al mostrado en su Documento Nacional de Identidad, ninguna mujer se parecía a Marina Gómez. Dedujeron que, con ayuda de algún empleado de la empresa, podría haber eliminado su fotografía y manipulado sus datos en los archivos digitales para que una vez que se produjera el atentado terrorista no diesen con ella.

Julián Fernández decidió contratar a Varun Grover en el Cervantes. Mandó a Goyo Lebrero en un avión privado a Londres para recogerlo, ya que viajar en un vuelo de línea regular o que viajase solo era exponerse a los radares de la policía, a los servicios de inteligencia extranjeros y a los asesinos profesionales contratados para su secuestro.

Entre tanto, a David Ribas le comunicó que retrasase su viaje de regreso a la India. Tenía que viajar a Reading, le dijo. Le dio instrucciones precisas, direcciones y el proceso que debía seguir para lograr un empleo en Tesco. Si encontraba a la española Marina Gómez, que vivía bajo identidad falsa, le dijo, daría con Suleiman.

En el piso franco de Londres había una caja fuerte dentro de un armario situado en una de las habitaciones. Detrás del ropero, David marcó los códigos de la contraseña que Julián le había hecho saber y cogió un puñado de billetes de libras esterlinas.

Compró el billete en la estación de Paddington, y tras una hora aproximada de trayecto, llegó a la estación de Reading. Allí cogió el autobús y se bajó a la altura de Christchurch Road. Cruzó la calle y a pocos metros divisó la agencia inmobiliaria Neil Wilkinson. En el interior había tres hombres barbudos de origen asiático. El nombre del negocio era solo una imagen exterior para evitar que los no musulmanes o extranjeros que nada más llegar al país tuvieran una idea asumida de ser tratados por blancos británicos no

fueran reacios a contratar sus servicios. David pagó las trescientas veinte libras esterlinas que debía depositar nada más tomar posesión de la habitación y firmó con el nombre ficticio de Ricardo Montalbán, como figuraba en su pasaporte.

Le dijeron que esperase sentado en el sofá, ya que otro español estaba al llegar. A los veinte minutos apareció un hombre de unos cincuenta años, cargado con una maleta enorme. Dijo llamarse Pedro López. Comenzó a chapurrear un inglés ininteligible, y ante la impotencia de los empleados, David tuvo que intervenir, presentándose a su compatriota y traduciendo la información que le decían para formalizar el registro. Una vez que les hubo dado las llaves de sus habitaciones, el agente inmobiliario más joven se ofreció a la casa llevarlos en coche.

Era media tarde cuando la luz comenzó a disminuir y el cielo cambió a un gris acerado, convirtiendo la tarde en noche.

Durante el trayecto, Pedro le contó toda su vida: era originario de Córdoba, llevaba dos años en el paro, había montado un negocio hacía un tiempo, pero tuvo que cerrarlo, su mujer era profesora de inglés en un instituto, y como no encontraba salida a su situación en España, se apuntó a la oferta de trabajo en Tesco. Además, pensaba traerse a su hijo adolescente a Inglaterra para matricularlo en un colegio y que tuviera así un brillante futuro.

El joven musulmán de la agencia los dejó frente al portal. Pedro sacó su pesada maleta del maletero y el británico, asomando su poblada barba por la ventanilla, se despidió y dio marcha atrás para marcharse.

David tomó la iniciativa y abrió la puerta. Un montón de papeles de publicidad yacían en el suelo. La casa era más bien pequeña. Según les habían informado, era para cuatro personas, pero ellos dos la compartirían con un rumano que también iría a trabajar con ellos en el almacén de Tesco. La cocina parecía que no había sido limpiada en días. Una pila de platos y sartenes sucias languidecían en el fregadero; una olla y cazuelas sucias estaban a los pies del mueble. La mirada de David pasó por la ropa tendida sobre el sofá, los restos de comida sobre la mesa y los periódicos desparramados en las sillas.

En ese momento comenzó a llover y las gotas repiqueteaban ligeramente contra las ventanas.

—¿Hay wifi? —preguntó Pedro, apesadumbrado.

—No, dijeron en la inmobiliaria que en una semana lo pondrían.

Escucharon pasos por las escaleras. Era el rumano, en pantalón corto y camisa interior de tirantes. Se presentó muy cordialmente y tuvo la deferencia de pedir disculpas por la suciedad. Dijo que, como ellos dos, había llegado tres días antes para la entrevista de trabajo del día siguiente, ya que solo los jueves se admitían nuevos empleados en Tesco a través de la empresa Resources Staff, y que no se preocupasen, que lo dejaría todo limpio. Se empeñó en que se sentaran para hablar sobre cómo ir al centro de logística, situado a las afueras de la ciudad. Quedaron en que se despertarían los tres a las 7:00 para salir a las 7:30, coger los dos enlaces de autobuses de línea y llegar a las 9:30, aproximadamente, con tiempo de sobra para la cita, concertada a las 10:00.

Al día siguiente los tres se bajaron en la última parada del autobús y tuvieron que andar unos cien metros hasta llegar a las inmediaciones del enorme centro logístico de Tesco. Cruzaron el aparcamiento y vieron a numerosos empleados en su tiempo de descanso, sentados en el borde de la acera, fumando, hablando entre ellos, comiendo un almuerzo y bebiendo bebidas gaseosas y energéticas.

Una vez ante la puerta metálica, se presentaron mirando a la cámara de seguridad y hablando a través del intercomunicador. Desde el interior del edificio les fueron dando permiso para entrar uno a uno. Los reunieron junto con una veintena de candidatos. Les tomaron los nombres para verificarlos y les hicieron firmar en un registro de llegadas. Un monitor con un chaleco fluorescente, con el nombre y logo de la empresa reclutadora Resources Staff, los condujo a una sala de reuniones situada en la planta superior.

Una vez que todos tomaron asientos, el jefe instructor entró, se presentó y comenzó a divagar sobre los beneficios de los empleados, la importancia de aquel centro de logística, los valores de Tesco y las posibilidades de alcanzar puestos más relevantes y con mayor salario en un futuro próximo. Dedicación y puntualidad era lo mínimo que requería. Aquel hombre poseía las características típicas inglesas, una clara arrogancia de superioridad y un marcado acento como el de los presentadores de la BBC o como el de un profesor dando clase a sus alumnos.

—¿A quién le gusta jugar a la *play*?

Algunos, sonrientes, levantaron la mano.

—Pues aquí tenemos una sala especialmente dedicada para tal uso durante vuestros descansos. ¿A quién le gusta tonificarse el cuerpo en el gimnasio?

Otros cuantos entusiastas levantaron la mano.

—Pues aquí, en esta planta, tenemos un gimnasio con una maquinaria moderna para musculación —dijo con el mismo énfasis de antes, señalando con el pulgar un lugar situado tras él—. Eso sí, después de vuestro horario de trabajo.

No importaba si era del mismo Londres, Reading o de otra región británica, quería dejar bien claro su acento tan difícil de alcanzar fonéticamente para los extranjeros sentados frente a él. David se percató de la lengua materna de los candidatos, y excepto cinco británicos, el resto eran de países europeos, la mayoría del este.

El resto del día lo pasaron conociendo las instalaciones y el método de trabajo. Les explicaron que el uniforme que les darían costaba alrededor de trescientas libras esterlinas, dinero que sería invertido por la empresa reclutadora. Endeudándolos se aseguraban de que el candidato se quedaba trabajando al menos un mes para amortiguar ese coste. A algunos candidatos que seleccionaron en función de sus formularios de inscripción, según su origen, edad y vida laboral, les pidieron que se presentasen a un rutinario chequeo de sangre para evaluar el posible uso de estupefacientes o problemas de alcoholismo. Al rumano acompañante de los españoles, por su aspecto físico y procedencia, le llamaron para hacerse la prueba, que pasó satisfactoriamente.

Les enseñaron máquinas que aprenderían a conducir tras seguir un cursillo de una semana de duración. En el remolque debían colocar las cajas de productos que les ordenasen a través del dispositivo electrónico que llevarían a partir del día siguiente atado a un antebrazo. Ese dispositivo era de color negro y lo habían visto en los trabajadores sentados en el aparcamiento durante el receso. Era un sistema por el cual la máquina central del almacén mandaba a cada empleado información individualizada: para recorrer la nave industrial y recoger un determinado producto en determinado pasillo y determinada columna. El monitor les habló de que había objetivos que debían cumplir y que estos se verían reflejados en el aparato electrónico que portarían durante las ocho intensas horas laborales: el número de órdenes efectuadas y el tiempo que les había llevado se quedarían grabados, y así más tarde serían evaluados.

Les hicieron pruebas físicas. Cuando a Pedro López le dijeron que levantase una caja de doce latas de cervezas, él diligentemente se apresuró a mostrar a los monitores que se encontraba en perfecto estado. Sin embargo,

en el autobús de regreso, se quejó a David.

—Nunca he hecho trabajo físico.

—Entonces, ¿por qué aceptaste este empleo?

—Pues, como trampolín, de manera transitoria. Dentro de unos meses espero trabajar en una empresa de comercio exterior.

David se quedó pensando que el cordobés verdaderamente era muy ingenuo.

Una vez en la vivienda, David le instruyó sobre cómo debía coger y levantar cosas pesadas, limitando cualquier daño que pudiese producir en la espalda. Le explicó qué posturas debía realizar en el suelo el día que tuviese cualquier síntoma de dolor o pinchazo, por leve que fuera. El rumano, bebiendo cerveza, se reía de los consejos que le daba, aunque no entendía el idioma español.

Al día siguiente, por un empleado de la cantina, David supo de una chica española que trabajaba en Tesco; sin embargo, ella tenía un turno diferente y no podrían coincidir. Al final de su jornada se fue a la inmobiliaria y preguntó si conocían a una española que, como Pedro y él, trabajase en la misma empresa. Le dijeron que sí y le hablaron de una chica joven que residía en una casa de cinco habitaciones. Hacía poco que la habían visto allí, porque alquilaron dos de las habitaciones a dos búlgaros que trabajaban en el turno de noche. Le apuntaron la dirección y él se dirigió hacia la vivienda.

Cruzó un parque infantil sucio y deshabitado. Los columpios se balanceaban lentamente empujados por el viento. Caminó frente a unos bloques de pisos descuidados de protección oficial y dobló a la derecha, hasta que llegó a Basingstoke Road. Llamó a la puerta del número que le habían indicado.

Una chica morena de origen asiático abrió. El interior olía a carne a la plancha. Sin duda, la chica estaba preparando la cena.

—Hola, buenas tardes. Soy español, y quisiera saber si hay una persona de España viviendo aquí.

La joven le echó una mirada perspicaz de arriba abajo. David lo comprendió y, queriendo dar una explicación, añadió:

—Trabajo en Tesco y quisiera...

Ya no quiso saber más. Su lugar de trabajo evidenciaba su estatus económico y social. Se dio la vuelta, y frente a la puerta de un dormitorio justo al lado de la entrada, gritó desganadamente con un peculiar acento

inglés antes de regresar a la cocina:

—¡Marta, te llaman! ¡Hay un español que quiere hablar contigo!

Una mujer de unos treinta años, delgada y con el pelo negro largo y fino, vestida en pijama, salió de su habitación. Al ver a David, le invitó a entrar en el pequeño salón y sentarse en un sofá. David se presentó como Ricardo, originario de Madrid. Le dijo que la inmobiliaria Neil Wilkinson le había hablado de ella, y que como había comenzado a trabajar en Tesco, quería saber un poco más de la empresa y las oportunidades que pudiera haber para ascender de puesto. Sentada al lado de él en el sofá, mientras le escuchaba, Marta movió su pierna derecha para rozar deliberadamente la de David, pero él hizo como que no se había percatado y siguió hablando. Ella le dijo que ya no trabajaba en aquella empresa. Había dejado aquel puesto hacía un año, ya que no pudo con el trabajo físico. David supo que no era ninguna terrorista, sino una joven frustrada de Sevilla a quien su novio de la República Checa había dejado tras dos años de noviazgo. En la actualidad se encontraba trabajando en la cafetería de la universidad de Reading. Le comentó también que la comunidad española había organizado una cita en el *pub* de la esquina para el siguiente fin de semana y que sería buena ocasión para que se relacionase. Sin perder más el tiempo, David se excusó educadamente y se marchó, dejando caer que seguramente acudiría junto con otro español que también trabajaba en Tesco.

El cargamento de las armas se estaba retrasando. Los días pasaban, así como las semanas. La espera incrementaba la posibilidad de que cometieran algún fallo en cuanto a seguridad y que las autoridades británicas pudiesen detectar la presencia de Suleiman Khan. Ella sabía que, si tarde o temprano iba a morir, prefería que sucediese de forma violenta, ayudando a cometer el atentado antes que hacerlo fallando en el cometido. La misión era inmutable, y el objetivo, inalterable.

Estaba pelando una manzana apoyada en la encimera de la cocina. Acababa de ducharse y vestirse. Había dormido seis horas tras volver del turno de noche en el almacén de Tesco. Según estaba programado, un día antes de producirse el atentado ya no volvería a trabajar en los almacenes.

Suleiman se fijó en la forma en que manejaba el cuchillo, con rápidos cortes que hacían que las mondas cayeran eficazmente sobre su mano izquierda. Le dio la impresión de que estuviese nerviosa.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

—Estoy bien.

—No lo pareces.

—¿Por qué?

—Estás muy callada.

—Estoy bien.

—Si tienes algún problema necesito saberlo.

—Tengo que ir al supermercado —dijo ella concentrándose en su manzana.

Él frunció el ceño.

—Creía que habías abastecido la despensa antes de que yo llegara.

—Lo hice, pero nos falta jabón para la lavadora y leche. Además, quería hacer hoy arroz con carne y quiero comprarla fresca en la charcutería.

Suleiman miró por la ventana. Fuera, el cielo lanzaba plácidos rayos de sol. Daba la impresión de ser un buen día para salir y despejarse.

—Voy contigo —dijo él.

Si en la calle algún vecino o transeúnte los viese juntos, o fuesen captados por las cámaras de seguridad urbanas situadas en los exteriores de edificios públicos, en bancos o tiendas, para ella significaría su fin, ya que no tenía dónde encontrar refugio. Sin embargo, ansiaba el respeto de Suleiman más que nada en el mundo. Así pues, se limitó a decir al tiempo que mordía una rodaja de manzana:

—Está bien.

Siempre elegía el supermercado Sainsbury's de Friar Road porque en la calle de atrás, Garrard St., siempre encontraba sitio para aparcar. Pero, además, porque en el interior sabía cómo evitar su rostro ante las cámaras de seguridad, situadas en lugares tan evidentes que el propósito lógico de su instalación en aquellos ángulos era mostrar a los clientes en cuerpo entero caminando por los pasillos y detectar si escondían algún producto entre sus ropas.

Había adquirido el coche tras ver el anuncio en Facebook, en el que un español residente en Reading, que se mudaba a España, lo ofrecía a un precio muy asequible. El español tenía tanta prisa por deshacerse del vehículo que no sé llevó consigo ninguna copia de documentación de Jamila. Ni siquiera tuvo duda alguna de que la persona que lo adquiriría no fuese de verdad quien decía que era, la joven atractiva española con minifalda y top ajustado que le daba el dinero en metálico.

Tras aparcar y salir del vehículo, decidieron que ambos entrarían por separado y mantendrían la distancia el uno del otro.

—En cuanto me asegures que nadie te sigue, cambias tu bolso de la mano izquierda a la derecha. Si veo que no la has cambiado de manos me estás advirtiendo de un peligro.

Aquella mañana el supermercado no tenía mucha clientela, alguna señora mayor y un grupo de jóvenes británicos musulmanes que no dejaban de hablar en voz alta en urdu mientras caminaban por el pasillo llenando sus cestas de Coca-Cola, bolsas de patatas fritas y demás productos de comida rápida. Iban a la moda, con vaqueros y camisetas estrechas, barba poblada y cuidada, y pelo corto al cepillo rapado a ambos lados.

Suleiman, al verlos, frunció el ceño.

Después de efectuar la compra, Suleiman se colocó al lado de ella y caminaron juntos hacia el coche.

—Este es un país raro —comentó con la mirada fija hacia los jóvenes, que en ese instante colocaban toda su compra en el maletero de un deportivo

de gama alta—. Bastante diferente a como me lo imaginaba.

—No todos los sitios son así. Hay zonas donde el islam está más implicado en la vida de los musulmanes.

Ella sabía que el Sindicato Terrorista Islámico ya estaba trabajando en islamizar a los jóvenes británicos en áreas como el norte de Londres, donde ya estaban imponiendo en las calles incluso la *sharí*a.

—Si el país hace a las personas, como dijo un día el imán de nuestro pueblo, la culpa de que estos jóvenes no sigan la gran cultura santa del verdadero islam la tienen sus padres. Pronto la *sharí*a se irá imponiendo y expandiendo.

—*Insallah*.

Jamila colocó las bolsas en el maletero y fue a sentarse en el interior del coche.

Suleiman se quedó unos segundos con una mano en la cadera y la otra apoyada en el capó del vehículo, observando los tejados georgianos de los edificios de la calle de enfrente. La camisa la tenía parcialmente subida, haciendo visible su pistola, metida en el cinto. Cerca de él, una mujer regordeta con el pelo teñido de rubio quitaba publicidad del parabrisas de su Audi.

—¿Es que no tienen otro sitio donde poner todos estos papeles? —preguntó sonriendo a Suleiman, señalando las hojas publicitarias.

Este le devolvió la sonrisa forzada, pero al instante ella se fijó en la pistola entre los vaqueros y el estómago, para luego alzar su mirada al rostro moreno de Suleiman, que no aparentaba ser ningún policía de paisano británico, sino un gánster o terrorista. Asustada, dio unos pasos hacia atrás, abrió la puerta de su coche con rapidez, se sentó y arrancó. Con los nervios, la mujer se equivocó de marcha y el coche dio una sacudida, que hizo que Suleiman diese un salto a la acera y que golpease al vehículo de delante. El choque hizo que Jamila se sujetase con los brazos al volante mientras los cristales traseros acababan desmenuzados en el suelo.

—Mierda —dijo Jamila en castellano, saliendo con apremio.

Suleiman alzó la cabeza y miró a ambos lados de la calle. Excepto unos vehículos solitarios aparcados y un camión de transporte de carga, no se veía a nadie más. Dio la vuelta al Audi, abrió la puerta de sopetón, alzó la pistola, y antes de que Jamila pudiese intervenir y apretando el cañón en el cuello de la mujer, que no cesaba de gimotear, efectuó un disparo. Cerró la puerta de golpe.

—Larguémonos de aquí antes de que venga la policía —le ordenó a Jamila, que había quedado de pie, impassible ante la impactante escena.

Pisando el embrague, lanzó el Kia hacia delante.

Al cabo de unos minutos, inspirando hondo, ella se atrevió a decir con el mentón alzado, desafiante:

—Has arriesgado mi vida como agente, además de poner en peligro la operación de mañana.

—Aclaremos las cosas. Aquí se hace lo que yo diga, y es a mí a quien tienes que obedecer, no a ningún otro.

Ella iba a replicar, pero él la cortó antes de que hablase.

—Ya sé que estamos en Inglaterra y no en Cachemira o Islamabad, ¿de acuerdo? La operación no está en peligro. Además, matar a un infiel es renacer.

Ella, frente al volante, suspiró. Más relajada, añadió:

—De acuerdo, si la espera a cometer el atentado incrementa las posibilidades de cometer riesgos como este o incluso morir de forma violenta a manos de los servicios de seguridad ingleses, que así sea.

Ambos se miraron por un instante, como si estuvieran admirando el futuro que les deparaba: ya estaban muertos. Suleiman sabía que ella buscaba el reconocimiento; al fin y al cabo, era una combatiente como él.

—La eternidad nos espera —dijo él—. Pronto actuaremos, Jamila.

—Sí, pronto —repitió ella, inspirando hondo para controlar el residuo del miedo.

Por primera vez desde que pertenecía a la yihad tenía esa experiencia. Las imágenes de la bala percutiendo contra el cráneo de la mujer se le habían quedado impresas en la mente como fotogramas de una película. Si terminaban enfrentándose con la unidad antiterrorista inglesa, tendrían delante a los mejores. Pero ella había sido duramente entrenada. El combate cuerpo a cuerpo era su especialidad, y si esto ocurriera, las armas como el cuchillo se deslizaban con habilidad en sus manos. «No lo tendrán fácil conmigo», se sorprendió murmurando frente al volante.

—¿Qué dices?

Jamila apretó los labios y no respondió.

Él la observó mientras conducía.

—Te he preguntado algo.

—Estaba diciendo que ya es hora de librarnos de este coche.

—Tenemos que hacerlo desaparecer.

—Conozco un lugar adecuado.

Llevaba quince minutos conduciendo cuando salieron de Reading y accedieron a una carretera de una sola dirección, surcada de saucos y zarzas. Aquellos caminos los conocía muy bien. Antes de que llegase Suleiman, cuando tenía días libres en el trabajo o se sentía sola, cogía el coche y se adentraba en aquellos parajes.

—Inglaterra está llena de estos caminos —dijo ella señalando otra carretera de tierra paralela que acababa en una verde rotonda sobre una colina con varias bifurcaciones—. Incluso hay mínimas posibilidades de encontrarse con patrullas de la policía. Se conduce más lento, pero sin duda más discretamente.

Pasaron por una abertura en los setos, a través de las cuales se observaba un cruce de carreteras. Frente a ellos tenían un solitario sendero. A los pocos metros el camino estrecho se abrió en una granja vallada. El lugar daba la impresión de estar abandonado. A un lado había un tractor de color verde John Deere completamente herrumbroso. Había cajas de madera podridas, muchos neumáticos viejos y llantas oxidadas.

Comenzó a llover.

Tras rodear aquel silo, Jamila condujo muy despacio hasta quedar ocultos desde el camino principal.

—Aquí es —dijo señalando el afluente del río Támesis.

Debajo del asiento del copiloto, Jamila sacó de entre las piernas de Suleiman un grueso estuche lleno de destornilladores y herramientas. Salieron los dos del vehículo. Tras la calidez del interior, la lluvia resultó muy molesta sobre la piel. Con habilidad, quitó las placas de matrícula coche, las dobló y las escondió dentro de uno de los muchos bidones oxidados tirados en el suelo. Luego abrió el maletero, dejó en el interior el estuche de las herramientas y sacó las bolsas de Sainsbury's. Las dejó en el suelo y él la miró cuestionado tal acción.

—Desde luego, no voy a dejar la compra —dijo ella, volviendo al interior del vehículo, levantando el freno de mano y poniendo en punto muerto la marcha.

Las gotas se deslizaban por el rostro de Jamila y Suleiman mientras empujaban el vehículo.

El Kia cayó muy despacio al río. Dejó escapar un débil bufido hidráulico. Quedó a flote durante un tiempo, hasta que el agua comenzó a entrar por las ventanas que habían bajado para tal propósito. Poco a poco

comenzó a sumergirse.

Tan pronto como había comenzado a llover, paró.

Fueron caminando hasta que llegaron a una parada de autobús.

Era la hora punta cuando el autobús llegó al centro. Unos ejecutivos vestidos con pulcritud salían riendo y conversando en grupo de los imponentes edificios de oficinas; gente joven, y no tan joven, entraba a aquella hora en los *pubs*. Observando el paisaje urbano, edificios feos y grises para la española, la posibilidad real de ser capturados estaba convirtiendo su miedo y desesperación en algo parecido al sosiego. No había tenido aquella experiencia desde el pasado atentado en Madrid. Sentada en el autobús junto a Suleiman creía sentirse segura, reconfortada.

En aquel momento la policía estaba acordonando el área del aparcamiento próximo al supermercado Sainsbury's y esperando a la ambulancia para trasladar el cuerpo de la mujer fallecida.

Pronto comenzaría la caza.

En el Cervantes, Varun estaba sentado junto a Goyo explicándole las diversas formas en las que una agencia de inteligencia extranjera podría intentar hackear su ordenador y cómo prevenirlo. El español le escuchaba verdaderamente impresionado.

Mientras, en la sala de operaciones y en tiempo real, Laura recibía cualquier tipo de noticia que sucedía en Reading. Llegaban desde registros de denuncias dispares a incidencias documentadas en la comisaría de policía situada en Castle Street. El asesinato en el aparcamiento de Garrard St., cercano al supermercado Sainbury's, salió mencionado en letras rojas. Según la policía, la señora había sido víctima de un robo, y quizá por haberse defendido, el ladrón había fallado en su propósito. Las pertenencias se encontraban intactas en el interior del coche. Pero como medida administrativa, y siguiendo el protocolo, habían llamado a la comisaría de Oxford, que prometió enviarles un especialista en balística, dos peritos criminalistas y un fotógrafo policial. Con aquello pensaban cerrar el caso.

Laura no estaba convencida e intuyó que podría ser algo más. El porcentaje de asesinatos en aquella localidad era prácticamente nulo. Según estudió en las estadísticas de Reading, los casos criminales de gravedad se producían en su mayoría por accidentes de coche, por negligencia, consumo de alcohol e incluso por jóvenes imprudentes haciendo carreras a altas horas de la noche, y en contadas ocasiones, el conductor dándose a la fuga. Había droga, alcoholismo, algún caso de violación, hurtos y robos a mano armada, pero este no era el caso. Comprobó vía satélite el lugar del suceso y la hora aproximada en que se había producido el asesinato. Llamó a Goyo, que llegó corriendo a su lado sin perder un instante.

—¿Hay cámaras de seguridad urbana? —preguntó él.

—Eso es lo que estoy averiguando. —Tras un instante visualizando la calle, dijo—: Sí, ahí hay dos. Llamemos a Varun para hackear el sistema de seguridad. Vamos a ponerle a prueba. A ver si es capaz de hacerlo él solo.

Goyo levantó el brazo hacia el ventanal de su despacho, llamando la

atención del indio, que se apresuró a entrar en la sala, encontrándose con la mirada plana y sin expresión de Laura.

—Necesitamos que des con las imágenes captadas por esas cámaras — dijo ella señalando a la pantalla.

Varun sonrió ante la tecnología tan moderna que tenía a su alcance.

—Todo esto es una maravilla.

Laura le echó una mirada asesina.

—Quiero ver las imágenes, ¡ya! —insistió.

—Sí, sí —corroboró haciendo una mueca ante el aspecto tan serio de Laura.

Comenzó a teclear sin parar, y a los pocos minutos, tras haber hackeado la central de la empresa de seguridad privada y obtener los códigos necesarios, las imágenes grabadas surgieron en la pantalla gigante.

Laura leyó el informe policial y dijo:

—Pon las imágenes grabadas entre las 10:00 y las 11:00.

Vieron varios coches yendo y viniendo del aparcamiento, a gente saliendo, cogiendo un carro de la hilera situada en un extremo lateral de la entrada, y varios clientes saliendo del edificio cargados con bolsas de la compra.

—Ahí está —dijo Laura señalando a una mujer saliendo de un vehículo aparcado en un extremo del aparcamiento, casi solitario.

Varun amplió la imagen del rostro.

—Aunque se haya cambiado de aspecto, es ella —comentó de nuevo Laura—. Su rostro es diferente. Se ha hecho algo en la nariz y los pómulos están más marcados. Es ella, sin duda; en la treintena, cabello castaño teñido y recogido con una goma, de aspecto atlético, en buena forma, expresión neutra y vestida con ropa cuidadosamente escogida. Invisible en cualquier calle concurrida.

—¿Y Suleiman? —preguntó Goyo.

—Hay alguien en el interior del vehículo —comentó Varun.

—Oye, ¿sabes que tienes un acento inglés bastante pijo? —dijo Laura.

—Recibí una excelente educación en la Universidad de Cambridge.

—Ya, menos mal que no llegaste a ser un buen ejemplo.

Goyo llamó a Julián a través del móvil, este entró rápidamente y se situó junto a ellos.

Las imágenes fueron transcurriendo. Ahora se les veía saliendo del supermercado, dirigiéndose al aparcamiento. Vieron cómo Laura se sentaba

en el asiento del conductor y Suleiman se quedaba de pie observando los edificios de enfrente. Acto seguido la conversación de la señora, y cómo ella, alarmada, entró en su vehículo, lo puso en marcha y dio un golpe al Kia en la parte de atrás, y cómo Suleiman metía el brazo en el interior del coche para disparar.

—La matrícula —dijo Laura cuando el Kia se puso en marcha.

—Por supuesto —susurró Varun, congelando la imagen del número.

—Ya los tenemos —comentó Laura.

—Prácticamente los tenemos —añadió Goyo—. Recuerda nuestra experiencia con los coches. Has de tener mucha suerte. Se encuentran cuando se abandonan y estos son profesionales. Así pues, no creo que lo aparquen donde viven.

Laura se quedó pensando un instante.

—La chica ha cometido una equivocación —dijo ella poniéndose de pie y observando la imagen de la española en una de las pantallas gigantes—. Ha cometido una imprudencia yendo en coche con Suleiman, y ahora mismo lo debe de estar lamentando. Creyó que no iba a suceder nada. Habría hecho esporádicamente ese recorrido cuando tenía una necesidad inmediata de comprar algo para la casa a última hora. Nada había ocurrido hasta entonces, pero hoy sí.

—La veo creciendo en Madrid con un íntimo complejo de inferioridad —comentó Goyo observando la imagen maximizada digitalmente—. Puede ser por la presión o expectativas académicas por parte de sus padres, o el rechazo o mala experiencia de un primer amor durante su adolescencia. Los acontecimientos, las circunstancias, la necesidad de expresar su personalidad, todo ello debió de acabar subyugándola.

—Sabemos mucho por una parte, pero por otra no sabemos nada acerca de ella. —dijo Julián limitándose a inclinar con gravedad la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Su vida como islamista, cómo, quién y dónde encontró la cerilla que prendió el reguero de pólvora. No su conversión al islamismo, sino al yihadismo. Sobre su estancia en Pakistán y en Cachemira. Por lo que has dicho, quizá cuando alguien en su entorno familiar quiso a última hora inculcarle un poco de sentido común, ya era demasiado tarde. En un comienzo ellos se habían conformado en el principio de ojos que no ven, corazón que no siente. No habían querido intervenir en la islamización de la chica, buscando consejos fuera del círculo familiar. Miraron hacia otro lado.

Y en su etapa más radical se encontraron en una situación insostenible. Quizá hubo peleas y agrias discusiones en la casa familiar, y finalmente se rindieron, la dejaron romper el vínculo, aun asumiendo que se estaba buscando su propia desgracia.

—Yo la veo actualmente como una joven en lucha abierta contra un sentimiento de injusticia —intervino Laura.

—Manda la fotografía de perfil de la chica a David —ordenó Julián a Laura—, para que la identifique en Tesco con ese nuevo rostro tan distinto del que nos mostraba en el tren.

En ese mismo instante, Varun levantó el brazo llamando la atención a Laura. La policía inglesa había emitido una alerta interna. En aquel instante una patrulla se encontraba en una granja abandonada a orillas del río. Habían encontrado el vehículo. Laura se sentó junto a Varun y puso las imágenes del satélite en pantalla grande. Había varios coches con distintivos policiales. Según las comunicaciones por radio, la policía había sido alertada cuando un cazador de patos pudo ver desde lo lejos el capó de un coche hundiéndose en las aguas. En los monitores se veía a policías con impermeables fluorescentes inspeccionando el área. De entre un montón de juncos, una grúa con desgana fuerza alzó el Kia hasta situarlo sobre tierra firme.

—Ahora sabrán que fue el vehículo huido tras el asesinato en el aparcamiento, fácilmente identificable por los cristales traseros rotos —dijo Goyo—. Indagarán en todas las imágenes captadas por las cámaras de seguridad urbana de la ciudad y comenzarán la búsqueda.

—Después de esto, mandarán perros, soldados, helicópteros... —comentó Julián.

—Esto ya ha tomado otro cariz —añadió Laura.

—Y con David Ribas en esa ciudad, la misión cada vez se está volviendo más delicada —dijo Goyo.

—Sin embargo, estoy segura de que la policía de Reading tardará en unir los dos casos: el del asesinato de la señora en el aparcamiento con el coche siniestrado. Solo podrán manejar hipótesis hasta que lleguen los peritos que han solicitado. Pero de momento ellos no harán nada. Los terroristas quitaron las matrículas del coche para ganar tiempo. Eso nos da un margen de dos días como máximo, quizás uno, hasta que un equipo de antiterrorismo irrumpa fuertemente armado en la dirección mencionada en el registro de ese vehículo.

—Eso quiere decir que son conscientes del peligro que corren y

planearán el ataque terrorista en cuestión de horas —aseveró Goyo.

Mientras hablaban, Varun había cotejado el número de matrícula. En los archivos municipales no obtuvo la dirección del dueño. Sin duda lo habían eliminado en los ficheros electrónicos. Sin embargo, con ese mismo número de matrícula se mencionaba en el registro del municipio de Reading un resguardo del pago del impuesto de circulación, en el que figuraba una dirección. Sin ese certificado, cualquier conductor se expondría a ser penalizado por la policía inglesa, por lo tanto, debieron adquirirlo para pasar desapercibidos. Pero para que ese pago fuera efectivo, no podían mencionar una dirección falsa, sino una verdadera que el ayuntamiento a su vez corroboraría al enviar una carta certificada.

—Ya los he encontrado —dijo ufanamente Varún—. Están en Pitchcroft Road, número 47.

—Quiero que vayas hoy mismo, Laura —ordenó Julián con la mirada puesta en las pantallas—. Que David se reúna contigo.

—Eso está hecho —susurró.

A la mañana siguiente, Suleiman esperó a que sonara el pitido del microondas para sacar su taza de té en bolsa. Entonces, dando pequeños sorbos, se sentó frente al televisor.

Jamila bajó las escaleras enmoquetadas, sus pasos sobre los escalones produjo el inconfundible ruido del crujido de las maderas. Suleiman alzó la vista y no pudo evitar ver sus piernas desnudas, largas y finas. Llevaba una camisa larga hasta las rodillas, en una mano tenía un bote de champú y sobre los hombros una toalla. Ella notó cómo la miraba. Tras bajar el último escalón y dirigirse por detrás del sofá hacia el baño, Suleiman prestó de nuevo atención a la pantalla plana de cuarenta pulgadas.

Emitían las noticias internacionales de la BBC. Habían surgido protestas en Oriente Medio. Hacía unos días la organización terrorista Hamás había declarado a los medios de comunicación extranjeros que emprendería una marcha pacífica hacia la valla que los separaba de Israel, sin mención alguna a que utilizaría mujeres, niños, discapacitados y ancianos palestinos. Lejos estaba de ser lo que proclamaban a oídos de las organizaciones extranjeras. Habían estado atacando la frontera de Israel con bombas y cócteles molotov, y el ejército israelí había conseguido neutralizar a once jóvenes intentando infiltrarse por la valla de seguridad para cometer atentados contra la población civil.

Apagó el televisor y cogió de la mesa uno de los planos del interior del centro de logística Tesco. Comenzó a repasar la estrategia de ataque junto con varias fotografías tomadas con el teléfono móvil. Aquel trabajo lo había estado realizando minuciosamente Jamila durante sus días como empleada. Había conseguido incluso una tarjeta electrónica de acceso por la entrada exclusiva para empleados de la empresa privada de seguridad. Si por cualquier motivo no pudiese entrar, la alternativa era llamar al intercomunicador y preguntar por Imram Amla, personal de recepción y colaborador del Estado Islámico en Inglaterra; si esto también fallaba, la tercera vía para acceder a las instalaciones era decir que venía de parte de

Resources Staff para una entrevista de trabajo ya concertada con Mike Collins.

Ella salió del baño y el vapor del interior llamó la atención a Suleiman. Se giró y prestó atención a Jamila, envuelta en una toalla, secándose el pelo con otra más corta en el fregadero de la cocina. Suleiman se levantó y caminó hacia ella sin expresión, mirándola fijamente a los ojos. Uno frente al otro, Jamila se desprendió de la toalla que la envolvía. Sus rostros se encontraron. Por un instante él evitó mirar su cuerpo desnudo, pero después permaneció un instante contemplándola.

—Dime otra vez tu nombre islámico —le ordenó en urdu.

—Jamila Maalouf —respondió ella.

Suleiman podía oler el champú que había utilizado y su entrecortada respiración.

—Jamila, que significa aquella que es hermosa y bella —dijo él, y levantando su mano tomó un mechón suelto de su cabello y lo pasó despacio y con cuidado por detrás de la oreja.

El corazón de ella palpitaba. En cambio, el de él, no.

—Nuestra misión está a punto de comenzar —le anunció.

Algo en su mirada la congeló y sintió cómo se le erizaba la piel.

Suleiman dio media vuelta lentamente. Justo en ese instante tocaron al timbre, y él se apresuró a mirar por la ventana.

—Ya está aquí —anunció mirando a Jamila con entusiasmo.

Abrió la puerta y un joven británico de piel blanca como la leche, y cabello y barba pelirrojos, entró llevando consigo una pesada bolsa negra de tela.

Se llamaba Shehzad Kadir, ferviente devoto del islam más radical y miembro de una célula del Estado Islámico. Había sido atraído al yihadismo gracias a las soflamas del imán salafista londinense Anjem Choudary, abogado de formación, que se convirtió en predicador del odio y que campó impunemente por las mezquitas del este de Londres debido al vacío legal y los complejos del buenismo multiculturalista.

Tras el saludo preliminar musulmán, dejó la bolsa en el suelo. Miró a Suleiman fijamente a los ojos. Ambos se abrazaron efusivamente. Sin más dilación, el joven veinteañero salió a la calle. De su anorak deportivo sacó una pegatina de color amarillo y letras negras y rojas. La pegó en una farola: «Usted está entrando en un área bajo control de la Sharía. No se permite música ni conciertos, alcohol, drogas, tacones altos ni ropa corta para las

mujeres». Acto seguido, se fue en la furgoneta que había aparcado frente al edificio; en los laterales se podía leer que era de una empresa de reparaciones de carpintería y sistemas eléctricos.

Tras inspeccionar el interior de la bolsa, Suleiman se cambió de ropa y realizó unas oraciones sobre la alfombrilla de rezos en el salón. Al cabo de media hora estaba listo para emprender la misión.

—Ve recogiendo todo y desprendiéndote de lo que no sea necesario. Lo indispensable lo mueves ahora a una nueva dirección. No te demores, porque dentro de unas horas habrá policías por todo Reading. Por unos días aléjate de las calles principales. Si algo sale mal, tú debes seguir la lucha sin mí.

Dio unos pasos hacia adelante y la agarró por las muñecas con fuerza.

—Tú debes vivir —añadió—. Deberás asistir a nuevos mártires.

—*Insallah* —respondió ella.

Suleiman cogió la mochila. Iba a salir por la puerta, cuando se giró hacia ella y dijo con una mirada sin expresión:

—Mis hermanos supieron elegir bien.

Cuando se hubo ido, Jamila se dejó caer sobre el sofá. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y no pudo evitar recordar su vida en España. Su corazón palpitaba aceleradamente. «Esa vida ha muerto», se decía a sí misma. Sentía un agudo dolor en el pecho. Ese síntoma que siempre tenía cuando era consciente de que no hacía las cosas como debiera. En su subconsciente sabía que estaba equivocada siguiendo aquel camino de la yihad, pero la realidad le decía que ya no había marcha atrás. Le vinieron a la mente varias imágenes de sus padres riendo en la cocina y varias escenas jugando con sus compañeras en el instituto. Recordó cómo de pequeña disfrutaba con su padre viendo los partidos de fútbol de la selección española. Furiosa, se dio una sonora palmada en un muslo. Se levantó de un salto.

—¡Basta! —dijo en voz alta.

Fue a lavarse la cara con fruición en el grifo de la cocina. Hecho esto, se sintió más tranquila. Oyó un ruido seco en el jardín. Sonrió pensando que de nuevo al niño de los vecinos se le habría colado la pelota. Abrió la puerta trasera cuando alguien le atizó un certero golpe en el rostro que le hizo caer hacia atrás. Jamila se levantó con rapidez para coger algo punzante en la cocina. Su nariz sangraba.

—Será mejor que no intentas nada, Marina —dijo Laura García caminando por el interior, atenta a cualquier ruido en la vivienda en caso de

que Suleiman se encontrase dentro.

Jamila se estremeció al escuchar su propio nombre de nacimiento y por la presencia de aquella mujer hablando en español. Agarró el cuchillo que utilizaba con tanta precisión para cortar la fruta, y al embestirlo contra Laura, ella le agarró la muñeca con rapidez, lo invirtió de dirección y se lo clavó en el estómago con fuerza. Jamila intentó golpear a Laura con una pierna y con el codo del brazo izquierdo, pero esta le hizo una llave, golpeándole la otra pierna al tiempo que bloqueaba su brazo, tumbándola de golpe en el suelo, lo que hizo que penetrase aún más el cuchillo en su cuerpo, hasta la empuñadura.

—Dime dónde está Suleiman —murmuró Laura entre dientes a pocos centímetros de su rostro.

Jamila la miró con sorpresa. Jamás habría pensado que pudiera escuchar aquel nombre de boca de una desconocida.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar en tono más amenazante.

Ella respiró lentamente hasta calmarse, no obstante, seguía temblando. Dijo:

—De camino a Tesco. En una hora tiene previsto...

Su respiración entrecortada se hacía cada vez más corta, pero intensa. Se daba cuenta de que perdía ya la vida. Sintió remordimiento. «Aún no estoy preparada», se dijo a sí misma. Su rostro desencajado cayó hacia un lado.

Laura se levantó. Sacó de un bolsillo del pantalón el teléfono móvil y escribió a David: «¿Dónde estás? Te estoy esperando en Pitchcroft Road #47». Desde que aterrizó había estado intentando dar con él, pero su teléfono parecía estar apagado y sus mensajes no llegaban. Ahora había visto que su móvil lo tenía encendido, ya que las dos líneas azules indicaban que había leído sus mensajes. «Estoy llegando», respondió él.

Como Julián le había advertido, no debía descartar que los terroristas poseyeran armas biológicas o químicas en la casa. Tenía que saberlo de inmediato. Si esto fuera así, tendrían que informar a las fuerzas de seguridad británicas para proteger a los habitantes de aquella zona. Sacó un pequeño instrumento electrónico para detectar tales productos peligrosos y fue pasándolo rápidamente frente a puertas, cajones y armarios. No hubo señales de que hubiese en la vivienda tal peligro. Se guardó el aparato y comenzó a abrir cajones, empezando por la cocina. Volvió a subir corriendo por las escaleras. En un dormitorio amplio encontró debajo de la cama una bolsa de deporte, en cuyo interior había tres pistolas Glock 17 y un fusil MP-5. Lo

fotografió todo con el teléfono móvil. Cogió una pistola, le puso el cargador y se la guardó en la cintura. Entró en otra habitación. Solo había un somier individual y un colchón sin sábanas, además de un ropero excesivamente ancho para un dormitorio tan pequeño. En su interior había dos trajes de combate ignífugos, un fusil de francotirador y mucha munición.

Esto quería decir, como dedujo Laura, que Suleiman se encontraba en aquel instante muy bien armado.

Escuchó un leve ruido procedente de la entrada. Alguien había forzado la cerradura con extremada habilidad y se encontraba en el salón. Laura sacó la pistola. Salió de la habitación con cautela. Pero no pudo evitar que sus pasos se dejaran oír debido al suelo de madera enmoquetado.

—¡David! —exclamó sorprendida al verle por primera vez en persona.

Él se percató de un vistazo de que no revestía peligro y de que era el operativo que trabajaba para Julián. Tan solo le saludó con la mano alzada y fue a ver el cuerpo tendido de Jamila.

—¿Cómo no has venido antes? —preguntó Laura con tono de reprobación mientras bajaba las escaleras.

David se aproximó al cuerpo tendido de Jamila.

—Cogí el turno de noche en Tesco y esta mañana estuve haciendo horas extras con la intención de dar con ella —contestó observando de cerca el rostro de Jamila; le tomó el pulso—. No había cobertura en el almacén. Tan pronto leí tus mensajes vine aquí con la bicicleta de un empleado que encontré en el aparcamiento. Cogí un atajo, guiado por el GPS del móvil. ¿Qué hay de Suleiman?

—Tenemos que irnos —le contestó enseguida—. Me dijo que está de camino a Tesco.

Tras salir por la puerta, por un instante David se quedó de pie en la acera. Miró a ambos lados de la calle, para luego caminar de forma rápida y decidida para dirigirse a un coche Mini estacionado a pocos metros. Era una versión antigua. Fue el coche que le pareció más fácil de robar. Aunque daba la impresión de ser una pieza de nostálgicos ochenteros, estaba muy bien conservado. David sabía que debido a su antigüedad tendría la ventaja de no ceñirse a los mecanismos de seguridad más modernos, como el bloqueo del volante. No había tiempo de mostrarse discreto; se quitó la chaqueta, se la envolvió en el brazo y de un puñetazo rompió el cristal de la ventana, pasó la mano y abrió la puerta, sacudió los cristales rotos del asiento, se sentó y abrió la puerta del copiloto a Laura. Pegó un golpe seco al panel situado debajo del

volante. De ahí sacó el metal blanco del contacto. Laura miraba alrededor para asegurarse de que ningún vecino se había alterado por el ruido. David sacó los cables del fondo de un tambor, y sujetando dos cables de distinto color junto con el blanco, los fue tocando en rápida sucesión, consiguiendo arrancar el vehículo. Ningún propietario salió a la calle. Metió marcha atrás, provocando un gruñido de protesta en el Mini, y mientras cambiaba a primera fue acelerando a gran velocidad hasta salir de aquella calle.

Mientras conducía el coche con total destreza, observó de soslayo a su acompañante.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No —respondió él—. Simplemente que me resulta raro.

Laura arqueó una ceja.

—¿El qué?

—Que Julián tenga a una mujer como operativo.

—Vaya... ¿tienes algo en contra?

—En absoluto. Te veo muy capaz. Es solo que no estoy acostumbrado.

—Es a mí a quien le resulta rara esta situación.

—¿Qué quieres decir?

—Que conduzca un muerto.

—La vida es complicada.

—Sí, no me lo cuentes.

Laura recibió una serie de mensajes de voz en el móvil. Era Julián informando de que estaban realizando el seguimiento de la operación y que habían recibido toda la información que ella les había enviado con respecto a las armas encontradas, el trágico final de Jamila y la noticia de que los terroristas no tenían armas químicas de ningún tipo. Le ordenó dejar el cuerpo de Marina Gómez como estaba, ya que él pensaba que su muerte debía alertar a las autoridades españolas, tras ser informadas por las británicas, para prevenir ese tipo de lavado de cerebro e islamización radical en España. Laura le escribió que estaba con David de camino a Tesco. Él contestó que iba a llamar y que activase el altavoz para poder ser oído.

—Quiero que sepáis que tenéis la orden de liquidar a Suleiman lo antes posible. Si resulta que cae herido o termina en un arresto por las fuerzas de seguridad británicas, el abogado defensor saltará de júbilo al probar que nos hemos saltado la ley. ¿Me oís?

—Entendido —contestó David muy seriamente pendiente de la carretera.

—Suerte a los dos —se oyó decir antes de que Laura desconectara el teléfono y se lo guardara en el bolsillo.

En el Cervantes, Varun alzó el brazo para llamar la atención a Julián y a Goyo al tiempo que seguía escuchando la información que recibía a través de sus auriculares.

Ambos se apresuraron a acercarse junto a él.

Varun se quitó los finos auriculares e informó:

—El jefe de la policía de Reading ha solicitado una unidad de Operaciones Especiales antiterroristas. Además, ha pedido helicópteros y una unidad táctica está ya de camino. Por lo visto, encontraron las huellas dactilares de un tal Suleiman Khan en el Audi de la mujer asesinada.

—Tienen que dar con él antes de que cause más dolor innecesario —susurró Julián observando las pantallas gigantes que mostraban los alrededores de Tesco.

David alzó el brazo y señaló a un hombre caminando por el lado contrario de la carretera. Iba vestido con ropa oscura y sobre sus hombros llevaba una bolsa grande. Era Suleiman Khan, que una vez que se hubo bajado del autobús caminaba por Imperial Way hacia Basingstoke Road para llegar al centro logístico de Tesco.

Por el carril contrario David le sobrepasó unos metros y frenó el vehículo al borde de la calzada, manteniéndolo en ralentí. Cuando Suleiman los vio salir corriendo hacia su dirección, dejó la pesada bolsa sobre el suelo, abrió la cremallera y con rapidez sacó su fusil de asalto HK-416, lo montó, se puso en postura de disparo, culata sobre el hombro derecho, y comenzó a disparar una ráfaga sobre Laura y David, parapetados en la mediana de la carretera. A escasos metros, un vehículo frenó en seco, y un camión que iba detrás hizo lo mismo. Laura se puso en pie, sacó la pistola y disparó, pero se encontraban demasiado lejos, necesitaba acercarse. Suleiman se encontró con la duda de continuar o dar marcha atrás. Laura se levantó e hizo amago de aproximarse al tiempo que disparaba cada vez con más puntería. Suleiman cogió varios cargadores, se los metió entre el pantalón y en el bolsillo interior de la chaqueta y echó a correr en dirección contraria.

—Vamos, ven —gritó David a Laura.

Se metieron corriendo de vuelta en el Mini. David cambió estruendosamente de marcha, aceleró, saltó la mediana, esquivó un coche que circulaba en sentido contrario, y enfiló hacia la rotonda donde Suleiman ya se encontraba cruzando en dirección al vecino supermercado Lidl.

Cuando llegó corriendo al centro comercial, Suleiman alzó el fusil y comenzó a disparar sobre los cristales de entrada del supermercado. La gente se tiró al suelo. Cruzó la entrada y nada más ver al hombre de seguridad que se dirigía hacia él, le perforó el pecho de un disparo; una vez en el suelo, lo remató. Las señoras de la caja salieron corriendo al exterior, los demás clientes, gritando encolerizados, las siguieron.

Entrando en el aparcamiento a gran velocidad, Julián tiró del cinturón de seguridad de Laura.

—Mantenlo lo más tenso posible —gritó.

Suleiman disparó en el interior. Se dio la vuelta para matar por la espalda a la gente que había huido hacia el aparcamiento, cuando en ese instante vio que el Mini se le echaba encima, enfilando contra la enorme cristalera y penetrando en el interior del supermercado. Toda la vidriera central del edificio cayó sobre Suleiman.

Por suerte, el Mini no había golpeado ninguna caja registradora, sino que frenó en el pasillo central del local. Tras patinar por la superficie, y destrozar varias estanterías, David dio marcha atrás con gran velocidad hacia la entrada, hasta frenar en seco. Salieron del vehículo. Antes de que ella pudiera dar unos primeros pasos con la pistola en la mano lista para disparar, recibió una ráfaga en el pecho. Pero Suleiman no vio a David, que se abalanzaba sobre él; le arrebató el arma de un tirón, le asestó un golpe en el abdomen y acto seguido le dio otro golpe de refilón con la culata en la cara, que le hizo caer al suelo. David dio unos pasos y puso de pie sobre Suleiman, que le observaba desde abajo con una cínica sonrisa. Ambos se miraron fijamente. El español conocía esa mirada, no era ni de súplica ni de miedo, era de exaltación por entrar en las desconocidas y deseadas puertas del paraíso: «Conviérteme en mártir», parecía que le estuviese suplicando. No esperó más, alzó el fusil y apretando rápidamente el gatillo el arma escupió dos balas contra la frente del terrorista. Era consciente de que con él no se acabaría el terror islamista, pero sí que evitaría más muertes.

David corrió hacia Laura. Ella hizo una mueca, señalándole el interior de su camisa: no había perforado su fino chaleco antibalas.

—Vámonos de aquí cuanto antes —dijo ella.

Se sentaron en el Mini. Por un instante se negaba a arrancar, pero siguió frotando los cables hasta que por fin se encendió el motor y salieron por el lateral contrario del aparcamiento. Tras entrar en la carretera, muchos vehículos quedaron aparcados en los bordes para ver qué había sucedido. Mientras unos conductores y sus pasajeros se acercaban grabando con sus móviles, otros llamaban a las autoridades alertando de lo ocurrido.

Laura cogió el móvil y mandó un mensaje de voz a Julián confirmándole que Suleiman había sido abatido. Además, le pidió que Varun hackease el sistema de seguridad del supermercado Lidl para eliminar las grabaciones que habrían captado las cámaras en el interior.

En el Cervantes estaban todos expectantes por saber qué había sucedido. Tras meterse en el ordenador central de la empresa de seguridad, Varun levantó el brazo y señaló hacia la pantalla gigante que dominaba la sala de operaciones. Todos pudieron ver qué había ocurrido unos momentos antes.

A los pocos minutos llegaron al centro de la ciudad, David estacionó cerca de las inmediaciones de la estación de tren de Reading. Tras abandonar el vehículo, prosiguieron andando en silencio.

En el Cervantes, Julián se apresuró a llamar a Laura con la intención de traer de vuelta a David.

—Con suerte cogerás el próximo tren a Londres, que sale en veinte minutos —dijo David, parándose en la acera y ver la hora en su reloj de pulsera.

—Ven conmigo.

David la miró un instante.

—No.

—¿Y por qué no? Sería un gran cambio.

David meneó despacio la cabeza.

Ella le miró muy seria.

—Venga, David. Sé exactamente cómo te sientes. A veces los cambios son buenas decisiones...

Antes de que ella pudiera decir algo más, él ya se había dado la vuelta y caminaba con rapidez. Se volvió en una ocasión para mirar hacia atrás y vio que ella desde lejos le seguía con la mirada mientras hablaba con alguien por el móvil al tiempo que negaba con la cabeza. Enseguida cruzó la calle,

perdiéndose de su vista.

Había una parada de autobús frente a él, a escasos metros. Estaba llena de gente y desde la distancia oía gritos. Al acercarse vio que cuatro jóvenes estaban insultando a una pareja de turistas sentados en el banco de la parada. Por su indumentaria, aspecto, y etiquetas de las maletas junto a ellos, David supo que eran españoles. Los jóvenes británicos les reprochaban que llegaran a su país a robarles puestos de trabajo y gritaban de forma enardecida proclamas contra los extranjeros y a favor de un Reino Unido fuerte e independiente. Ninguna otra persona de las que esperaban al autobús decía o hacía nada por defenderlos. Comenzaron con insultos más obscenos hacia la chica. Su pareja hizo amago de levantarse, pero David lo detuvo con la mano.

—Guarda la calma, amigo —le dijo—. Este es un país bonito en varios aspectos, y con grandes oportunidades, pero en el que desgraciadamente ocurren estos incidentes. Solo os pido que esta experiencia no ensombrezca vuestra estancia.

Uno de los jóvenes británicos, al oírle hablar en español, comenzó a proferirle insultos entre las risas de sus amigos. Otro, con los dos índices de las manos sobre su cabeza imitó a un toro entre sonoros bufidos; David lo agarró del pelo, le hizo una palanca en un brazo y lo lanzó contra la marquesina de publicidad de la parada del autobús. Ante la estupefacción de todos, el golpe fue tan fuerte que el cristal se partió y el joven cayó de espaldas al suelo.

—¿Alguien más quiere mostrarme una cordial bienvenida a este país? —dijo muy seriamente observando a cada uno. Nadie contestó, y añadió—: Pues será mejor que os lo llevéis de aquí antes de que me hagáis perder más la paciencia.

Los atemorizados jóvenes levantaron del suelo al herido y se lo llevaron a rastras calle abajo entre gemidos e incongruencias.

El autobús llegó y todos comenzaron a entrar. La pareja de españoles se quedó en fila, sujetando sus maletas y mirando alrededor. Antes de que pudieran decir algo, el desconocido compatriota ya se había ido.

A David Ribas el corazón le latía apresuradamente. Una viscosa mezcla de sensaciones hervía en su interior, pero estaba seguro de que era la rabia y la ira. Inspiró hondo y expiró con la intención de recuperar el control en sí mismo, y ya más calmado, continuó su camino.

Comenzó a llover copiosamente, y con el cielo gris e impermeable, daba la sensación de que ya estuviera oscureciendo.

Sobre el autor



Braganza es autor de la novela histórica *Amrita: la apasionante historia de la Frida Kahlo de India* (Suma de Letras-México), *La princesa Noor* (Ediciones B-México); thriller ambientado en la Segunda Guerra Mundial con prólogo del célebre periodista y escritor César Vidal, y de las novelas *Nadia sin miedo*, *Ganga bruta*, *Niño, Tigre y Soldado*, y *Matar a Dawood*. Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Durante muchos años ha vivido en la India. Actualmente prepara su siguiente novela.

<http://www.alfredodebraganza.com>

Otras obras del autor

MATAR A DAWOOD
NIÑO, TIGRE Y SOLDADO

AMRITA

GANGA BRUTA: EL IMPERIO DEL CRIMEN

NADIA SIN MIEDO

LA PRINCESA NOOR